

LIBRO SEGUNDO

CAUSAS SOCIALES Y TIPOS SOCIALES

CAPITULO I

METODO PARA DETERMINARLOS

Los resultados del libro precedente no son puramente negativos. Hemos determinado en él que para cada grupo social existe una tendencia específica al suicidio, que ni se explica por la constitución orgánico-psíquica de los individuos ni por la naturaleza del ambiente físico. Por eliminación resulta que el suicidio debe depender necesariamente de causas sociales y constituir por esto un fenómeno colectivo. Ciertos hechos examinados, especialmente las variaciones geográficas y por estaciones del suicidio, nos habían llevado de un modo expreso a esta conclusión. Dicha tendencia es la que ahora debemos estudiar de cerca.

I

Para llegar a este fin sería lo mejor, a lo que parece, investigar, en primer término, si es simple y no puede descomponerse, o si consiste, por el contrario, en una generalidad de tendencias diferentes, que puede aislar el análisis y que conviene estudiar por separado. En el segundo caso deberíamos proce-

der en esta forma: como, sea única o no, sólo se la puede observar a través de los suicidios individuales que la caracterizan, es preciso partir de ellos. Debe observarse y describirse mayor número posible, dejando aparte los que revelan alienación mental. Si encontramos en todos los mismos caracteres esenciales, se los refundiría en uno solo y de la misma clase; e la hipótesis contraria, mucho más verosímil puesto que son demasiado diversos para no comprender distintas variedades, se constituiría un cierto número de especies, según sus semejanzas y diferencias. Por cada tipo distinto que se reconociese, se admitiría una correspondiente corriente suicidógena, cuya causa e importancia respectiva se trataría en seguida de determinar. Este es el método que hemos seguido en el examen sumario del suicidio vesánico.

Desgraciadamente, una clasificación de los suicidios razonados, según sus formas o caracteres morfológicos, es impracticable, puesto que los documentos necesarios para ella faltan casi por completo. En efecto, para poder intentarla sería preciso contar con buenas descripciones de un gran número de casos particulares. Sería también preciso saber en qué estado psíquico se encontraba el suicida en el momento de la resolución, cómo preparó la realización de ella, cómo la ejecutó, si estaba agitado o deprimido, en calma o entusiasmado, irritado o ansioso. . . Apenas contamos con datos de este género más que para algunos casos de suicidios vesánicos, y gracias a las observaciones recogidas por los alienistas es por lo que ha sido posible constituir los principales tipos de suicidio determinados por la locura. Para los demás nos encontramos casi privados de toda información. Solamente Brierre de Boismont ha ensayado este trabajo descriptivo en 1 328 casos, en que el suicida ha dejado cartas o notas, que el autor resume en su libro. Pero por lo pronto este resumen es en extremo sumario. Además, las confidencias que el sujeto nos hace como consecuencia de su estado son con frecuencia insuficientes, cuando no sospecho-

sas. Está demasiado propenso a equivocarse sobre él mismo y sobre la naturaleza de sus aptitudes, como por ejemplo si se imagina obrar con sangre fría cuando se encuentra en la cumbre de la sobreexcitación. Aparte de que estas observaciones no son bastante objetivas, se refieren a un corto número de casos, para que puedan deducirse de ellas conclusiones precisas. Se perciben bien algunas líneas muy vagas de demarcación y sabremos utilizar con provecho las indicaciones que se derivan de ellas, pero son demasiado poco definidas para servir de base a una clasificación regular. Por lo demás, teniendo en cuenta la manera de producirse la mayor parte de los suicidios, resulta que las observaciones exactas son casi imposibles.

Por otro camino, sin embargo, podemos llegar al fin propuesto. Bastará con invertir el orden de nuestras investigaciones. En efecto, sólo puede haber tipos diferentes de suicidios en cuanto sean diferentes las causas de que dependan. Para que cada uno tenga una naturaleza propia, se precisan condiciones de existencia peculiares de él. Un mismo antecedente o un mismo grupo de antecedentes no puede producir ahora una consecuencia y luego otra, porque entonces la diferencia que distinguiera la segunda de la primera, carecería ella misma de causa, constituyendo una negación del principio de causalidad. Toda distinción específica, comprobada en las causas, implica, pues, una distinción semejante entre los efectos. En consecuencia, podemos constituir los tipos sociales del suicidio clasificándolos no directamente y según sus caracteres previamente descritos, sino ordenando las causas que los producen. Sin que nos preocupemos por saber a qué se debe la diferencia de los unos y de los otros, investigaremos en seguida cuáles son las condiciones sociales de que dependen y agruparemos después esas condiciones, según sus semejanzas y diferencias, en un cierto número de clases separadas, y entonces podremos tener la seguridad de que a cada una de estas clases habrá de corresponder un tipo determinado de suicidios. En una palabra,

nuestra clasificación en lugar de ser morfológica será, a primera vista, etiológica. Esto no constituye una inferioridad, pues se penetra mucho mejor la naturaleza de un fenómeno cuando se sabe su causa, que cuando se conocen sus caracteres, aun los más esenciales.

Es cierto que este método tiene el defecto de pretender diversificar los tipos sin concretarlos directamente. Puede establecer su naturaleza y su número, pero no sus caracteres distintivos. Este inconveniente puede obviarse, en cierta medida al menos. Una vez que nos sea conocida la naturaleza de las causas, podemos ensayar la deducción de ellas de la naturaleza de los efectos, que por este medio se encontrarán caracterizados y clasificados de golpe, puesto que bastará con el hecho de referirlos a sus respectivos orígenes. Es verdad que si esta deducción no fuese guiada por los hechos, correría el riesgo de perderse en combinaciones de pura fantasía. Podemos, sin embargo, esclarecerla con la ayuda de algunos datos de que disponemos sobre la morfología de los suicidios. Estas informaciones, por sí solas, resultan demasiado incompletas y demasiado inciertas para que puedan ofrecernos un principio de clasificación, pero podrán utilizarse una vez que se establezcan los cuadros de esta clasificación. Nos mostrarán, además, el sentido en que deba dirigirse la deducción, y, por los ejemplos que nos proporcionen, podremos estar seguros de que las especies así constituidas no son imaginarias. De este modo, de las causas descenderemos a los efectos, y nuestra clasificación etiológica será completada con una clasificación morfológica que servirá para comprobar la primera, y viceversa.

Desde todos los puntos de vista, este método invertido es el único conveniente para la resolución del problema que nos hemos planteado. No hay que olvidar que lo que nosotros estudiamos es la cifra social de los suicidios. Los únicos tipos que deben interesarnos son los que contribuyen a formarla y hacerla variar. Ahora bien, no está probado que todas las modalida-

des de las muertes voluntarias tengan esta propiedad. Hay algunas que, aun poseyendo cierto grado de generalidad, no están relacionadas con el temperamento moral de la sociedad o no lo están lo bastante para entrar en calidad de elemento característico en la formación de la especial fisonomía que cada pueblo presenta desde el punto de vista del suicidio. Así, ya hemos observado que el alcoholismo no es un factor del que dependa la actitud peculiar de cada sociedad, y, sin embargo, es evidente que hay suicidios alcohólicos y en gran número. No es, por lo tanto, una descripción de casos particulares, por bien hecha que esté, la que podrá enseñarnos cuáles son aquellos que tienen un carácter sociológico. Si se quiere saber de qué distintas confluencias resulta el suicidio, considerado como fenómeno social, es en su forma colectiva, es decir, a través de los datos estadísticos como hay, que considerarlo desde el primer momento. Es preciso tomar como objeto directo del análisis la cifra social, e ir del todo a las partes. Claro es que sólo puede esta cifra ser analizada en relación con las diferentes causas de que depende, puesto que las unidades por cuya adición se ha formado son en sí mismas homogéneas y no se distinguen cualitativamente. Es necesario que nos dediquemos sin tardanza a la determinación de esas causas, para investigar en seguida su forma de repercusión en los individuos.

II

¿Estas causas cómo podrán investigarse?

En las diligencias judiciales que se practican cada vez que se comete un suicidio, se anota el motivo (disgustos de familia, dolor físico o de otra clase, remordimientos o embriaguez, etcétera) que parece haber sido la causa determinante, y en los resúmenes estadísticos de casi todos los países se halla un cuadro especial en que los resultados de estas informaciones se

consignan bajo este título: «Motivos presuntos de los suicidios.» Parece lógico que, aprovechando este trabajo ya hecho, comencemos nuestra investigación comparando tales documentos. Ellos nos indican, al parecer, los antecedentes inmediatos de los distintos suicidios. Para comprender el fenómeno que estudiamos, no es un buen método el de remontarnos, por lo pronto, a sus causas más próximas, sino a condición de ascender más en la serie de los fenómenos, cuando la necesidad de ello se haga sentir.

Como indicaba Wagner hace ya tiempo, la que se llama estadística de los motivos del suicidio es, en realidad, la estadística de las opiniones que se forman de estos motivos los agentes, frecuentemente subalternos, encargados del servicio de información. Se sabe que, por desgracia, las comprobaciones oficiales son a menudo defectuosas, aun cuando se refieran a hechos materiales y ostensibles que todo observador consciente puede sorprender, y que no dejan lugar alguno a la interpretación; por eso deben mirarse con suspicacia cuando se proponen como objeto no el de registrar sencillamente un hecho ocurrido, sino el de interpretarlo y explicarlo. Siempre es un problema difícil el de determinar la causa de un fenómeno, y necesita el sabio de toda clase de observaciones y experiencias para resolver uno solo de estos problemas. De todos los fenómenos, las voliciones humanas son los más complejos, y por ello es fácil concebir lo que pueden valer estos juicios improvisados que con unos cuantos datos, apresuradamente recogidos, pretenden asignar a cada caso particular un origen definido. En seguida que se cree descubrir entre los antecedentes de la víctima alguno de estos hechos, que se piensa que conducen con frecuencia a la desesperación, se juzga inútil investigar más, y según se sepa que el sujeto ha sufrido recientemente pérdida de dinero, o ha experimentado desgracias de familia, o es algo aficionado a la bebida, se imputa el suicidio a su embriaguez, a sus dolores domésticos o a sus decepciones económicas. Infor-

maciones tan sospechosas no deben servir como base de la explicación de los suicidios. Pero hay más; aun cuando fueran más dignas de crédito, no podrían prestarnos grandes servicios, pues los móviles que por este procedimiento se atribuyen a los suicidas, con razón o sin ella, no son la causa verdadera de su muerte. Prueba esto el hecho de que los números proporcionales de casos imputados por las estadísticas a cada una de esas presuntas causas resultan casi iguales, mientras los números absolutos presentan, por el contrario, las variaciones más considerables. En Francia de 1856 a 1878, el suicidio aumenta en un 40 por ciento, aproximadamente; y en más de un 100 por 100 en Sajonia durante el periodo 1854-1880 (1 171 casos en lugar de 547). Y sin embargo en los dos países, cada categoría de motivos conserva, de una a otra época, la misma respectiva importancia. Así nos lo prueba el cuadro XVII. (V. página siguiente.)

Si se considera que las cifras recogidas en él no son ni pueden ser más que groseras aproximaciones y, en consecuencia, no se da demasiada importancia a ligeras diferencias, hay que reconocer que estas cifras deben permanecer constantes. Para que la parte numérica asignada a cada motivo presunto permanezca proporcionalmente la misma, cuando el suicidio sea dos veces mayor, es preciso admitir que cada uno de ellos ha adquirido una eficacia doble. No puede proceder de un encuentro fortuito el que sean todos, al mismo tiempo, doblemente suicidas. Y se llega forzosamente a concluir que todas están colocadas como dependiendo de un estado más general, del que, en mayor o menor grado, son reflejos más o menos fieles. Ese estado, que las hace ser más o menos productoras de suicidios y que en consecuencia resulta la verdadera causa determinante de los mismos, es el que se precisa conocer, sin perder el tiempo con el estudio de los reflejos lejanos que pueda hallar en las conciencias particulares.

CUADRO XVII

FRANCIA (1)

Proporción de cada categoría de motivos sobre 100 suicidios anuales de cada sexo.

	HOMBRES		MUJERES	
	1856-60	1874-78	1856-60	1874-78
Misericordia y reveses de fortuna	13,30	11,79	5,38	5,77
Desgracias de familia . .	11,68	12,53	12,79	16
Amor, celos, prostitución, mala conducta .	15,48	16,98	13,16	12,20
Desgracias diversas . . .	23,70	23,43	17,16	20,22
Enfermedades mentales	25,67	27,09	45,75	41,81
Remordimientos, temor a la condena siguiente al delito	0,84	>	0,19	>
Otras causas y causas desconocidas	9,33	8,18	5,51	4
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00

	HOMBRES		MUJERES	
	1854-78	1880	1854-78	1880
Dolores físicos	5,64	5,86	7,43	7,98
Pesares domésticos . . .	2,39	3,30	3,18	1,72
Reveses de fortuna y miseria	9,52	11,28	2,80	4,42
Prostitución, juego . . .	11,15	10,74	1,59	0,44
Remordimientos, temor de persecuciones . . .	10,41	8,51	10,44	6,21
Amores desgraciados . .	1,79	1,50	3,74	6,20
Perturbaciones mentales, locura religiosa .	27,94	30,27	50,64	54,43
Cólera	2	3,29	3,04	3,09
Disgusto de la vida . . .	9,58	6,67	5,37	5,76
Causas desconocidas . .	19,58	18,58	11,77	9,75
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00

¹ Tomado de Legoyt, p. 342.

² Tomado de Oettingen, *Moralstatistik*, cuadros anexos, p. 110.

Otro hecho que tomamos de Legoyt³ demuestra mejor aún a qué queda reducida la acción causal de estos diferentes motivos. No hay dos profesiones más distintas que la agricultura y las profesiones liberales. La vida de un artista, de un sabio, de un abogado, de un militar, de un magistrado, no se parece en nada a la de un agricultor. Puede, pues, afirmarse como cierto que las causas sociales del suicidio no son las mismas para los unos y para los otros. Sin embargo, no sólo se han atribuido a las mismas razones los suicidios de estas dos categorías de sujetos, sino que la importancia respectiva de esas diferentes razones es casi la misma en la una y en la otra. Véase a continuación cuáles han sido en Francia, durante los años 1874-1878, las relaciones centesimales de los principales motivos del suicidio en ambas profesiones.

Salvo la embriaguez y el alcoholismo, las cifras, sobre todo las de mayor importancia numérica, difieren muy poco de una columna a otra. Así, ateniéndose a la sola consideración de los móviles, se pudiera creer que las causas suicidógenas no son, sin duda, de la misma intensidad, pero sí de igual naturaleza en los dos casos. En realidad son fuerzas muy diferentes las que lanzan al suicidio al labrador y al hombre refinado de las ciudades. Y es que las razones que se dan del suicidio o que el suicida se da a sí mismo para explicarse su acto, no son por lo general más que las causas aparentes. No sólo son las repercusiones individuales de un estado general, sino que lo expresan con gran infidelidad, puesto que permanecen las mismas, aun cuando aquél sea otro. Marcan, pudiera decirse, los puntos débiles del individuo, aquellos por los que se insinúa con más facilidad en él la corriente que viene del exterior, incitándole a destruirse. No forman parte de esta corriente y no pueden, en consecuencia, ayudarnos a comprenderla. Por esto vemos sin pesar que ciertos países, como Inglaterra y Austria, renuncian a

³ *Op. cit.*, p. 358.

	Agricultura	Profesiones liberales
Pérdida de empleo, reveses de fortuna, miseria.....	8,15	8,87
Desgracias de familia.....	14,45	13,14
Amor contrariado y celos.....	1,48	2,01
Alcoholismo y embriaguez.....	13,25	6,41
Suicidios de autores de crímenes o delitos.....	4,09	4,73
Sufrimientos físicos.....	15,91	19,89
Enfermedades mentales.....	35,80	34,04
Disgusto de la vida, contrariedades diversas.....	2,93	4,94
Causas desconocidas.....	3,96	5,97
	100,00	100,00

registrar estas supuestas causas del suicidio. Los esfuerzos de la estadística deben encaminarse en otra dirección. En lugar de tratar de resolver estos problemas insolubles de casuística moral, deben dedicarse a anotar con más cuidado las concomitancias sociales del suicidio. En todo caso, por lo que a nosotros respecta, nos imponemos la regla de no utilizar en nuestras investigaciones datos tan dudosos como débilmente instructivos, ya que los suicidógrafos no han logrado nunca sacar de ellos ninguna ley interesante. No acudiremos a ellos más que accidentalmente, cuando nos parezca que tienen una significación especial y presentan particulares garantías. Sin preocuparnos de saber bajo qué forma pueden traducirse en los sujetos particulares las causas productoras del suicidio, vamos directamente a tratar de determinar estas causas. Para ello, dejando a un lado, por decirlo así, al individuo en cuanto tal, a sus motivos, a sus ideas, nos preguntaremos inmediatamente cuáles son los estados de los diferentes medios sociales (confesiones religiosas, familia, sociedad, política, grupos profesionales, etcétera) que determinan las variaciones del suicidio. Sólo después de

esto, volviendo a los sujetos, investigaremos cómo esas causas generales se individualizan para producir los efectos homicidas que implican.

CAPITULO II EL SUICIDIO EGOISTA

Observemos, en primer término, la manera como influyen sobre el suicidio las diversas confesiones religiosas.

I

Si dirigimos una mirada al mapa de los suicidios europeos, reconoceremos a primera vista que en los países puramente católicos, como España, Portugal e Italia, el suicidio está muy poco desarrollado, mientras que llega a su máximum en los países protestantes: Prusia, Sajonia, Dinamarca. Las medias siguientes, calculadas por Morselli, confirman este primer resultado:

	Medias de suicidios por un millón de habitantes
Estados protestantes.....	190
Idem mixtos (protestantes y católicos).	96
Idem católicos.....	58
Idem católicos griegos.....	40

La inferioridad de los católicos griegos no puede atribuirse seguramente a la religión. Como su civilización es muy diferente de la de otras naciones europeas, esta desigualdad de cultura puede ser la causa de su menor aptitud. No ocurre lo mismo en la mayor parte de las sociedades católicas y protestantes. Sin

duda que no están todas al mismo nivel material y moral. Sin embargo, las semejanzas son lo suficientemente esenciales para que se tenga algún fundamento al atribuir a la diferencia de cultos el contraste tan marcado que presentan desde el punto de vista del suicidio.

Esta primera comparación resulta aún demasiado sumaria. A pesar de incontestables semejanzas, los medios sociales en que viven los habitantes de esos diferentes países no son idénticos. La civilización de España y la de Portugal están muy por debajo de la de Alemania, y pudiera ocurrir que tal inferioridad sea la razón de lo que acabamos de comprobar en el desenvolvimiento del suicidio. Si nos queremos sustraer a esta causa de error, y determinar con más precisión la influencia del catolicismo y la del protestantismo sobre la tendencia al suicidio, es preciso que comparemos ambas religiones en el seno de una misma sociedad.

De todos los grandes estados de Alemania, el que cuenta, y con mucho, el mínimum de suicidios es Baviera. No hay en él anualmente nada más que 90 por millón de habitantes desde 1874, mientras que Prusia tiene 133 (1871-1875), el ducado de Baden, 156; Wurtemberg, 162; Sajonia, 300. Y es también allí donde los católicos son más numerosos: existen 713.02 por millón de habitantes. Si, por otra parte, se comparan las diferentes provincias de este reino, se encuentra que los suicidios están en ellas en razón directa del número de protestantes y en razón inversa del de católicos (véase cuadro siguiente). No son sólo las medias, en sus relaciones, las que confirman la ley, sino que todos los números de la primera columna son superiores a los de la segunda y los de la segunda a los de la tercera, sin que exista ninguna irregularidad.

Lo mismo ocurre en Prusia. En el detalle sobre las catorce provincias comparadas no hay más que dos ligeras irregularidades: la de la Silesia, que por el número relativamente importan-

Provincias bávaras (1867-75) (1)

PROVINCIAS de minoría católica (menos de 50 %)	Suicidios por millón de habitantes	PROVINCIAS de mayoría católica (50 a 90 %)	Suicidios por millón de habitantes	PROVINCIAS en que hay más de un 90 % de católicos	Suicidios por millón de habitantes
Palatinado del Rin.....	167	Baja Franconia.....	157	Alto Palatinado	64
Franconia Central.....	207	Suavia.....	118	Alta Baviera...	114
Alta Franconia.	204			Baja Baviera...	49
Media.....	192	Media.....	135	Media.....	75

te de sus suicidios debería pertenecer a la segunda categoría y se encuentra sólo en la tercera, mientras que Pomerania, por el contrario, ocuparía mejor su lugar en la segunda columna que en la primera.

Provincias de Prusia (1883-90)

PROVINCIAS en que hay más de un 90 % de protestantes	Suicidios por millón de habitantes	PROVINCIAS en que hay de un 80 a un 68 % de protestantes	Suicidios por millón de habitantes	PROVINCIAS en que hay de un 40 a un 50 % de protestantes	Suicidios por millón de habitantes	PROVINCIAS en que hay de un 32 a un 28 % de protestantes	Suicidios por millón de habitantes
Sajonia..	309,4	Hannover.	212,3	Prusia Occidental.	123,9	Posen...	96,4
Schleswig	312,9	Hesse....	200,3	Silesia....	260,2	País del Rin...	100,3
Pomerania...	171,5	Braunburgo y Berlin..	296,3	Westfalia.	107,5	Hohenzollern...	90,1
		Prusia Oriental	171,3				
Media...	264,6	Media...	220,0	Media...	163,6	Media...	95,6

Suiza es de muy interesante estudio desde este mismo punto de vista, pues como se encuentran en ella poblaciones fran-

¹ La población menor de quince años ha sido suprimida.

cesas y alemanas, se puede observar separadamente la influencia del culto sobre cada una de las dos razas, y esta influencia es la misma en una y en otra. Los cantones católicos producen cuatro o cinco veces menos suicidios que los de protestantes, cualquiera que sea su nacionalidad.

CANTONES FRANCESES		CANTONES ALEMANES		CONJUNTO DE CANTONES DE TODAS LAS NACIONALIDADES	
Católicos...	83 suicidios por millón de habitantes.	Católicos...	87 suicidios.	Católicos...	86,7 suicidios
Protestantes.	453 suicidios por millón de habitantes.	Protestantes.	293 suicidios.	Mixtos..	212,0 suicidios
				Protestantes.	326,3 suicidios

La acción del culto es tan poderosa, que domina a las demás.

Por otra parte, en un gran número de casos se ha podido determinar directamente el número de suicidios por millón de habitantes de cada población confesional; he aquí las cifras encontradas por diferentes observadores:

CUADRO XVIII

Suicidios en los diferentes países por un millón de sujetos de cada confesión.

	Protestantes	Católicos	Judíos	Nombres de los observadores
Austria (1852-59).....	79,5	51,3	20,7	Wagner.
Prusia (1849-55).....	159,9	49,6	46,4	Idem.
» (1869-72).....	187	69	96	Morselli.
» (1890).....	240	100	180	Prinzing.
Baden (1852-62).....	139	117	87	Legoyt.
» (1870-74).....	171	136,7	124	Morselli.
» (1878-88).....	242	170	210	Prinzing.
Baviera (1844-56).....	135,4	49,1	105,9	Morselli.
» (1884-91).....	224	94	193	Prinzing.
Wurtemberg (1846-60)...	113,5	79,9	65,6	Wagner.
» (1873-76)...	190	120	60	Durkheim.
» (1881-90)...	170	119	142	Idem.

Así, por todas partes, sin excepción alguna,² los protestantes producen mayor número de suicidios que los fieles de otros cultos. La diferencia oscila entre un mínimo de 20 a 30 por ciento y un máximo de 300 por ciento. Contra semejante unanimidad de hechos concordantes resulta innecesario invocar, como lo hace Mayr,³ el caso único de Noruega y Suecia que, aunque protestantes, no tienen más que una cifra media de suicidios. En primer lugar, como hacíamos notar al principio de este capítulo, esas comparaciones internacionales no tienen valor demostrativo, a menos que no se refieran a un gran número de países, y aun en ese caso no son concluyentes. Hay diferencias muy grandes entre las poblaciones de las provincias escandinavas y la Europa central, para que se pueda admitir que el protestantismo no produzca exactamente los mismos efectos sobre las unas y sobre las otras. Además, si tomada en sí misma la cifra de los suicidios no es muy considerable en estos dos países, aparece relativamente elevada si se tiene en cuenta el rango modesto que ocupan entre los pueblos civilizados de Europa. No hay razón para creer que hayan llegado a un nivel intelectual superior al de Italia, a lo que parece, y sin embargo se matan allí dos o tres veces más (90 a 100 suicidios por millón de habitantes, en lugar de 40). ¿El protestantismo no será la causa de esta agravación relativa? Así, no solamente el hecho no enerva la ley que acabamos de establecer sobre un gran número de observaciones, sino que más bien tiende a confirmarla.⁴

²Carecemos de datos sobre la influencia de los cultos en Francia. He aquí lo que dice Leroy en su estudio sobre el Sena y Marne: En las comunas de Quincy, Nanteuil-les-Meaux, Mareuil, los protestantes dan un suicidio por 310 habitantes; los católicos uno por 678 (opúsculo cit., p. 203).

³*Handwoerterbuch der Staatswissenschaften*, Suplemento t. I, p. 702.

⁴Queda el caso de Inglaterra, país no católico, y en el que no abunda el suicidio. Se explicará después por qué.

Por lo que respecta a los judíos, su actitud para el suicidio es siempre menor que la de los protestantes, y generalmente es también inferior, aunque en una menor proporción, a la de los católicos. Sin embargo, ocurre que esta última relación está invertida y es especialmente en los tiempos presentes en los que se encuentran estos casos de inversión. Hasta mediados del siglo los judíos se matan menos que los católicos en todos los países, excepto en Baviera,⁵ y es hacia 1870 cuando comienzan a perder su antiguo privilegio. Aún ahora es muy raro que superen mucho la cifra de los católicos. No debe perderse de vista, por otra parte, que los judíos viven en las ciudades y se dedican a profesiones intelectuales de un modo más extenso que los otros grupos confesionales. Por esta razón tienen una inclinación al suicidio más fuerte que los miembros de los otros cultos, y por causas extrañas a la religión que practican. Si a pesar de esta influencia agravante, la cifra del judaísmo es tan débil, se puede creer que en igualdad de condiciones es de todas las religiones aquella en que se matan menos.

Los hechos que acabamos de concretar, ¿cómo se explican?

II

Si se piensa que los judíos están en todas partes en número ínfimo y que en la mayoría de las sociedades en que se han hecho las observaciones precedentes los católicos están en minoría, se llegará a ver en este hecho la causa que explica la rareza relativa de las muertes voluntarias en estos dos cultos.⁶

⁵ Baviera es todavía la única excepción; los judíos se matan allí dos veces más que los católicos. ¿La situación del judaísmo en este país tiene algo de excepcional? No podemos decirlo.

⁶ Legoyt, *op. cit.*, p. 205; Oettingen: *Moralstatistik*, p. 654.

Se concibe, en efecto, que las confesiones menos numerosas, teniendo que luchar contra la hostilidad de las poblaciones que la rodean, se vean obligadas a ejercer sobre ellas mismas una vigilancia severa y a adscribirse a una disciplina particularmente rigurosa. Para justificar la tolerancia, siempre precaria, que se les concede, están obligadas a una mayor moralidad. Fuera de estas consideraciones, ciertos hechos parecen realmente explicar que este factor especial no carece de alguna influencia. En Prusia el estado de minoría en que se encuentran los católicos es muy acentuado, puesto que no representan más que el tercio de la población total, y se matan tres veces menos que los protestantes. La diferencia disminuye en Baviera, en que los dos tercios de los habitantes son católicos; las muertes voluntarias de estos últimos están con las de los protestantes en una relación de 100 a 275, o de 100 a 238, según los periodos. Finalmente, en el imperio de Austria, que es casi enteramente católico, no hay más que 155 suicidios protestantes sobre 100 católicos. Parece que cuando el protestantismo se convierte en minoría, su tendencia al suicidio disminuye.

El suicidio es objeto de una excesiva indulgencia para que el temor al vituperio, tan ligero, con que se le recibe pueda obrar con tal potencia aún sobre aquellas minorías, a las que su situación obliga a preocuparse particularmente de los sentimientos públicos. Como es un acto que no lesiona a nadie, no se lanza un gran deshonor sobre aquellos grupos que se inclinan a él más que otros, y no se corre el riesgo de que se aumente más el alejamiento que inspiran, como ocurriría ciertamente en el caso de una frecuencia mayor de los crímenes y de los delitos. Por otra parte, la intolerancia religiosa, cuando es muy fuerte, produce a menudo un efecto contrario: en lugar de impulsar a los disidentes a respetar más la opinión, les habitúa a desinteresarse de ella. Cuando se siente alrededor una hostilidad irremediable, se renuncia a desarmarla y se tiene una obstinación insistente en las costumbres más reprobadas. Esto es lo que ha

ocurrido con frecuencia a los judíos y, como consecuencia, es muy dudoso que su excepcional inmunidad no tenga otra causa.

Pero en todo caso esta explicación no será suficiente para darnos cuenta de la situación respectiva de los protestantes y de los católicos. Si en Austria y en Baviera, en que el catolicismo tiene la mayoría, la influencia preservadora que ejerce es menor, resulta todavía muy considerable, y no es solamente a su estado de minoría a lo que se debe. Generalmente cualquiera que sea la parte proporcional de estas dos creencias en el conjunto de la población, en todas las partes en que se les ha podido comparar desde el punto de vista del suicidio, se ha comprobado que los protestantes se matan mucho más que los católicos. Hay países como el Alto Palatinado, la Alta Baviera, en que la población es casi por entero católica (92 y 96 por ciento) y en los que sin embargo hay 300 y 432 suicidios protestantes por cada 100 católicos. La cifra se eleva hasta 528 por ciento en la Baja Baviera, en que la religión reformada no cuenta ni un fiel por cada 100 habitantes. Y aun cuando la prudencia obligatoria de las minorías influya en algo en la diferencia tan considerable que presentan estas dos religiones, la mayor parte de ella se debe ciertamente a otras causas.

La encontraremos en la naturaleza de estos dos sistemas religiosos. Sin embargo, los dos prohíben el suicidio con la misma precisión; no solamente lo castigan con penas morales de una extrema severidad, sino que el uno y el otro enseñan igualmente que más allá de la tumba comienza una vida nueva, en la que se castigará a los hombres por sus malas acciones, y en el número de estas últimas incluye el suicidio al protestantismo lo mismo que al catolicismo. Finalmente, en uno y otro culto estas prohibiciones tienen un carácter divino; no se presentan como la conclusión lógica de un razonamiento bien hecho; su autoridad es la de Dios mismo; si el protestantismo favorece el desenvolvimiento del suicidio no es por su diferencia de trata-

miento con el catolicismo. Pero si en este punto particular las dos religiones tienen los mismos preceptos, su desigual acción sobre el suicidio debe tener por causa alguno de los caracteres de orden general que las diferencian.

La única diferencia esencial que hay entre el catolicismo y el protestantismo consiste en que el segundo admite el libre examen con mayor extensión que el primero. Sin duda el catolicismo, por aquello de que es una religión idealista, concede al pensamiento y a la reflexión un mayor espacio que el politeísmo grecolatino o que el monoteísmo judío. No se contenta con maniobras maquinales, sino que aspira a reinar sobre las conciencias. A ellas se dirige y hasta cuando pide a la razón una ciega sumisión lo hace hablándole en el lenguaje de la razón. No es menos verdad que el católico lo recibe todo hecho, sin examen, y no puede someterlo siquiera a la comprobación histórica, porque en los textos originales en que se apoya le está prohibido. Todo un sistema jerárquico de autoridades se halla organizado con un arte maravilloso, para hacer la tradición invariable. Todo lo que constituye variación causa horror al pensamiento católico. El protestante es más el autor de su creencia. La Biblia se deja en sus manos y ninguna interpretación de ella se le impone. La estructura misma del culto reformado hace más sensible este estado de individualismo religioso. En ninguna parte, excepto en Inglaterra, está constituido el clero protestante en jerarquías: el sacerdote no depende más que de él mismo y de su conciencia, al igual que el fiel. Es un guía más instruido que la masa general de los creyentes, aunque sin autoridad especial para fijar el dogma. Pero lo que atestigua mejor que esta libertad de examen, proclamada por los fundadores de la reforma, no ha permanecido en estado de afirmación platónica, es la multiplicidad creciente de sectas de todas clases, que tan enérgicamente contrastan con la unidad indivisible de la iglesia católica.

Llegamos a un primer resultado: la inclinación del protestan-

tismo por el suicidio debe estar en relación con el espíritu de libre examen que anima esta religión. Tratemos de comprender bien esta conexión. El libre examen no es en sí más que el efecto de otra causa. Cuando hace su aparición, cuando los hombres, después de haber recibido su fe de la tradición durante largo tiempo, reclaman el derecho de formársela ellos mismos, no es como consecuencia de los atractivos intrínsecos de ese libre examen, es porque lleva consigo tantos dolores como alegrías. Pero si tienen necesidad en adelante de esta libertad y esta necesidad no es más que por una causa: la decadencia de las creencias tradicionales. Si se impusieran siempre con igual energía no se pensaría nunca en someterlas a la crítica. Si tuviesen siempre la misma autoridad no se trataría de comprobar su origen. La reflexión no se desenvuelve más que cuando le es necesario hacerlo, es decir, cuando un cierto número de ideas y de sentimientos irreflexivos, que hasta entonces bastaban para dirigir la conducta, han perdido su eficacia. Entonces interviene para colmar el vacío que se ha verificado y no por obra suya. Por la misma razón que se agota a medida que el pensamiento y la acción se aceptan en forma de hábitos automáticos, no se despierta sino a medida que los hábitos ya formados se desorganizan. No reivindica sus derechos contra la opinión común sino cuando no tiene la misma fuerza que aquella, es decir, cuando no está en el mismo grado de extensión. Y si estas reivindicaciones no se producen solamente durante un intervalo de tiempo y bajo la forma de crisis pasajeras, sino que llegan a ser crónicas, si las conciencias individuales afirman de una manera constante su autonomía, es porque continúan dispersándose en sentidos divergentes, porque una nueva opinión se ha producido para reemplazar la que no existe. Si se hubiese reconstruido un nuevo sistema de creencias que pareciese a todo el mundo tan indiscutible como el antiguo, no se pensaría en debatirlo más, no sería permitido ponerlo en discusión, pues las ideas que comparte toda una sociedad

obtienen de este asentimiento una autoridad que las hace sacrosantas y que las coloca por encima de toda comprobación. Para que sean más tolerantes es preciso que obtengan una adhesión menos general y menos completa, que las controversias previas las hayan debilitado.

Si se dice una verdad al afirmar que el libre examen, una vez proclamado, multiplica los cismas, es preciso añadir que supone la existencia de aquéllos y que de ellos deriva; ya que no ha sido restituido y reclamado como un principio más que para permitir a los cismas, latentes o existentes a medias, desenvolverse con más libertad. En consecuencia, si el protestantismo da una mayor eficacia al pensamiento individual que el catolicismo, es porque cuenta con menos creencias y prácticas comunes. Una sociedad religiosa no existe sin un credo colectivo y es tanto más única y tanto más fuerte cuanto más extendido está ese credo. No une a los hombres por el cambio y reciprocidad de los servicios, vínculo temporal que supone y lleva consigo diferencias, y que es impotente para anular. No los socializa más que adhiriéndoles a todos a un mismo cuerpo de doctrinas, y los socializa mejor cuanto más vasto y más sólidamente constituido está ese cuerpo de doctrina. Cuantas más maneras hay de obrar y de pensar marcadas de un carácter religioso y sustraídas en consecuencia al libre examen, más presente está la idea de Dios en todos los estados de la existencia y más hace converger hacia un solo e igual fin las voluntades individuales. En sentido inverso, cuanto más se abandona un grupo confesional al juicio del público, más ausente está de la vida de aquél y menos cohesión y consistencia tiene. Concluimos por lo tanto que la superioridad del protestantismo, desde el punto de vista del suicidio, proviene de que se trata de una iglesia integrada con menor fuerza que la iglesia católica.

Con el mismo argumento puede explicarse la situación del judaísmo. En efecto, la reprobación con que les ha perseguido durante largo tiempo el cristianismo, ha creado entre los judíos

sentimientos de solidaridad de una particular energía. La necesidad de luchar contra una animosidad general, la misma imposibilidad de comunicarse libremente con el resto de la población, les ha obligado a relacionarse estrechamente. En consecuencia, cada comunidad es una pequeña sociedad compacta y coherente que tiene un sentimiento muy vivo de ella misma y de su unidad. Todo el mundo piensa y vive en ella de la misma manera: las divergencias individuales son casi imposibles a causa de la comunidad de la existencia y de la estrecha e incesante vigilancia ejercida por todos sobre cada uno. Por esto la iglesia judía resulta ser más fuertemente concentrada que ninguna otra, recogida, como está, en sí misma por la intolerancia de que es objeto. En consecuencia, y por analogía con lo que acabamos de observar a propósito del protestantismo, es a esta misma causa a la que debe atribuirse la débil inclinación de los judíos por el suicidio, a despecho de las circunstancias de toda clase que deberían, por el contrario, inclinarlos a él. Sin duda en cierto sentido es a la hostilidad que les rodea a la que deben este privilegio. Pero si tiene esta influencia no es porque les impone una moralidad más alta, sino porque les obliga a vivir estrechamente unidos. Están hasta ese punto preservados porque la sociedad religiosa a que pertenecen tiene sólidos cimientos. Por otra parte, el ostracismo no es más que una de las causas que producen este resultado: la naturaleza misma de las creencias judías debe contribuir a él en una larga parte. El judaísmo, en efecto, como todas las religiones inferiores, consiste esencialmente en un cuerpo de doctrinas que reglamenta de un modo minucioso todos los detalles de la existencia y deja muy poco lugar al juicio del individuo.

III

Muchos hechos confirman esta explicación.

En primer lugar, Inglaterra es de todos los grandes países protestantes aquel en que el suicidio se ha desenvuelto más débilmente. No se cuentan allí, en efecto, más que 80 suicidios, aproximadamente, por millón de habitantes, cuando las sociedades reformadas de Alemania tienen de 140 a 400 y sin embargo el movimiento general de ideas y de negocios no parece ser allí menos intenso que en la otra parte.⁷ Nos encontramos al mismo tiempo con que la iglesia anglicana está integrada de una manera más fuerte que las otras iglesias protestantes. Hemos tomado el hábito de ver en Inglaterra la tierra clásica de la libertad individual, pero en la realidad muchos hechos demuestran que el número de creencias o de prácticas comunes y obligatorias, sustraídas en consecuencia al libre examen de los individuos, es allí más considerable que en Alemania. Por de pronto la ley sanciona muchas prescripciones religiosas, tales como la observancia del domingo, la prohibición de sacar a la escena los personajes de las Santas Escrituras y la que recientemente exige en todo diputado una especie de acto de fe religiosa, etcétera. Sabemos, por otra parte, cuán general y fuerte es en Inglaterra el respeto de las tradiciones, y parece imposible que no se extienda, como a las demás cosas, a las de la religión. El tradicionalismo muy desenvuelto excluye siempre, más o menos, los movimientos propios del individuo. Finalmente, de todo el clero protestante, el anglicano es el único que está jerarquizado. Esta organización exterior traduce evidentemente una unidad interna que no es compatible con el individualismo religioso muy pronunciado. Por otra parte, Inglaterra es también el país protestante en que las cifras de creyentes, por cada representante del clero, son menos crecidas. En 1876

⁷ Es verdad que la estadística de los suicidios ingleses no es de gran exactitud. A causa de las penas establecidas para el suicidio, muchos casos se presentan como muertes accidentales. Sin embargo, estas inexactitudes no son suficientes para explicar la diferencia tan considerable entre este país y Alemania.

existía allí una media de 908 fieles para cada ministro del culto, en lugar de 932 que había en Hungría, 1 100 en Holanda, 1 300 en Dinamarca, 1 440 en Suiza y 1 600 en Alemania.⁸ El número de sacerdotes no es un detalle insignificante, ni un carácter superficial sin relación con la naturaleza intrínseca de las religiones. Prueba de ello es que en todas partes el clero católico es mucho más considerable que el clero reformado. En Italia hay un sacerdote por cada 267 católicos, en España por cada 419, en Portugal por cada 536, en Suiza por cada 540, en Francia por cada 832 y en Bélgica por cada 1 000; y es que el sacerdote es el órgano natural de la fe y de la tradición, y en esto como en lo demás el órgano se desenvuelve necesariamente en la misma medida que la función. Cuanto más intensa es la vida religiosa, más hombres son precisos para dirigirla. Cuantos más dogmas y preceptos hay, cuya interpretación no se abandona a las conciencias individuales, son necesarias más autoridades competentes para definir el sentido de ellos. Por otra parte, cuando más numerosas son esas autoridades, mejor conocen al individuo y le refrenan mejor. Así el caso de Inglaterra, en vez de enervar nuestra teoría, es una confirmación de ella. Si el protestantismo no produce allí los mismos efectos que en el continente, es porque la sociedad religiosa está más fuertemente constituida, y por ello se asemeja a la iglesia católica.

Es esta una prueba confirmativa de una mayor generalidad.

El gusto del libre examen no puede despertarse sin ir acompañado del gusto por la instrucción. La ciencia, en efecto, es el único medio de que la libre reflexión dispone para realizar sus fines. Cuando las creencias o las prácticas irrazonadas han perdido su autoridad, es preciso, para encontrar otras, hacer una llamada a la conciencia esclarecida, de la que la ciencia no es sino la forma más elevada: en el fondo estas dos tendencias

⁸Oettingen: *Moralstatistik*, p. 626.

se funden en una y resultan de la misma causa. Los hombres, en general, sólo aspiran a instruirse en la medida en que están libres del yugo de la tradición, pues mientras que ésta es dueña de la inteligencia es suficiente para todo y no tolera fácilmente el poder rival. Inversamente, sólo se busca la luz desde que la costumbre oscura no responde ya a las necesidades nuevas. Y he aquí por qué la filosofía, esta forma primaria y sintética de la ciencia, aparece desde que la religión ha perdido su imperio, y en este momento únicamente, y se la ve en seguida dar nacimiento progresivo a la multitud de ciencias particulares, a medida que la necesidad que la suscitaba va desenvolviéndose. Si no nos despreciamos a nosotros mismos, si la debilitación progresiva de los prejuicios colectivos y consuetudinarios inclina al suicidio, y si es de ahí de donde viene la predisposición especial del protestantismo, debemos comprobar los dos hechos siguientes: primero, el gusto de la instrucción debe ser más vivo en los protestantes que en los católicos; segundo, en tanto denota una decadencia de las creencias comunes, debe, de una manera general, variar como el suicidio. ¿Confirman los hechos esta doble hipótesis?

Si se compara Francia católica con Alemania protestante únicamente por las cumbres, es decir, si se parangonan solamente las clases más elevadas de las dos naciones, parece que la comparación puede sostenerse con éxito. En los grandes centros de nuestro país la ciencia no es menor ni menos extendida que en nuestros vecinos, y aún resulta cierto que desde este punto de vista estamos sobre muchos países protestantes. Pero si en las partes eminentes de estas dos sociedades la necesidad de instruirse se siente por igual, no ocurre lo mismo con las clases menos elevadas, y si en los dos países se obtiene la misma intensidad máxima, la intensidad mínima es menor en nosotros. Otro tanto puede decirse del conjunto de naciones católicas comparadas con las protestantes: al suponer que, por lo que se refiere a la más alta cultura, las primeras no ceden a

las segundas, no puede sostenerse lo mismo por lo que se refiere a la instrucción popular. Mientras que en los pueblos protestantes (Sajonia, Noruega, Suecia, Baden, Dinamarca y Prusia) por cada 1 000 niños en edad escolar, es decir, de seis a doce años, había una media de 957 que frecuentaban la escuela durante los años 1877-1878, los pueblos católicos (Francia, Austria-Hungría, España e Italia) sólo contaban 667, o sea un 30 por ciento menos. Las comparaciones son iguales en los periodos 1874-1875 y 1860-1861.⁹ El país protestante en que esta cifra es menos elevada, Prusia, resulta muy por encima de Francia, que figura a la cabeza de los países católicos; la primera cuenta con 897 alumnos por cada 1 000 habitantes, la segunda con 766 solamente.¹⁰ De toda Alemania, Baviera es la que tiene el mayor número de católicos, y es también la que posee más iletrados. Entre las provincias el Alto Palatinado es una de las más profundamente católicas, y es también aquella en que se encuentran más reclutas que no saben leer ni escribir (15 por ciento en 1871). La misma coincidencia se da en Prusia para el ducado de Posen y la provincia de Prusia.¹¹ Finalmente, en la totalidad del reino, en 1871, se contaban 66 iletrados por cada 1 000 protestantes, y 152 por cada 1 000 católicos. La relación es la misma para las mujeres de los dos puntos.¹²

Se objetará sin duda que la instrucción primaria no puede servir para medir el estado de la instrucción general. Se dice con frecuencia que no basta que un pueblo cuente con más o menos iletrados para que sea más o menos instruido. Aceptemos esta reserva aunque, a decir verdad, los diversos grados de la instrucción son quizás más solidarios de lo que parecen, y le

⁹Oettingen: *Moralstatistik*, p. 586.

¹⁰En uno de estos periodos (1877-1878), Baviera sobrepasa ligeramente a Prusia, pero el hecho no se produce más que esta única vez.

¹¹Oettingen: *Ibid.*, p. 582.

¹²Morselli, *op. cit.*, p. 223.

es muy difícil a uno de ellos desenvolverse sin que los otros lo hagan al mismo tiempo.¹³ En todo caso el nivel de la cultura primaria no refleja más que imperfectamente el de la cultura científica con cierta exactitud, y en qué medida un pueblo, tomado en conjunto, experimenta la necesidad de saber. Es preciso que sienta en su más alto grado esa necesidad para que se esfuerce en extender sus elementos hasta las últimas clases. Para poner así al alcance de todo el mundo los medios de instruirse, para llegar hasta proscribir legalmente la ignorancia, es preciso que encuentre indispensable para su propia existencia el extender y esclarecer las conciencias. De hecho si las naciones protestantes han concebido tanta importancia a la instrucción elemental, es porque han juzgado necesario que cada individuo fuese capaz de interpretar la Biblia. Lo que nosotros creemos concretar en este momento es la intensidad media de esta necesidad, el valor que cada pueblo reconoce a la ciencia, no el mérito de sus sabios y de los descubrimientos de éstos.

Desde este punto de vista especial, el estado de la alta enseñanza y de la producción propiamente científica sería un mal criterio, pues nos revelaría únicamente lo que pasaba en una porción restringida de la sociedad. La enseñanza popular y general es un índice más seguro.

Demostrada en esta forma la primera proporción, queda por probar la segunda. ¿Es verdad que la necesidad de la instrucción, en la medida que corresponde a una disminución de la fe común, se desenvuelve con el suicidio? Ya es una primera presunción el hecho de que los protestantes son más instruidos que los católicos y se matan más. La ley no se comprueba solamente cuando se compara uno de estos cultos con el otro. Se observa igualmente en el interior de cada confesión religiosa.

Italia es toda ella católica. La instrucción popular y el suici-

¹³Por otra parte, se verá después que la enseñanza superior está igualmente más desenvuelta en los protestantes que en los católicos.

dio están distribuidas en ella exactamente y del mismo modo (véase cuadro 19).

CUADRO XIX (14)

Provincias italianas comparadas en la relación del suicidio con la instrucción

Primer grupo de provincias	Número de matrimonios en que los dos esposos tienen instrucción		Segundo grupo de provincias	Esposos con instrucción		Tercer grupo de provincias	Esposos con instrucción	
	Numero de matrimonios en que los dos esposos tienen instrucción	Suicidios por millón de habitantes		Suicidios	Suicidios			
Piamonte..	53,09	35,6	Venecia...	19,56	32,0	Sicilia.....	8,98	18,5
Lombardía.	44,29	40,4	Emilia...	19,31	62,9	Abruzzos...	6,35	15,7
Liguria....	41,15	47,3	Umbria...	15,46	30,7	Publia....	6,81	16,3
Roma.....	32,61	41,7	Marcia....	14,46	34,6	Calabria...	4,67	8,1
Toscana...	24,33	40,6	Campania.	12,45	21,6	Basilicata..	4,35	15,0
			Cerdeña...	10,14	13,3			
Medias....	39,09	41,1	Medias....	15,23	35,5	Medias....	6,23	14,7

No solamente las medias se corresponden con exactitud, sino que la concordancia se encuentra hasta en los detalles. No hay más que una excepción, la de la Emilia, en que por influencia de causas locales los suicidios no guardan relación con el grado de instrucción. Las mismas observaciones pueden hacerse en Francia. Los departamentos en que hay más esposos analfabetos (por encima del 20 por ciento) son Correfe, Córcega, las costas del norte. Dordogne, Finisterre, Las Landas, Morbihan, Alta Viena. Todos están relativamente indemnes de suicidios. Entre los departamentos en que hay más de un 10 por ciento de esposos que no saben leer ni escribir, no existe uno solo que pertenezca a esta región del noreste, que es la tierra clásica de los suicidios franceses.¹⁵

¹⁴ Las cifras relativas a los casados con instrucción están tomadas de Oettingen, *Moralstatistik*, anexos, cuadro 85. Se refiere a los años 1872-1878, y los suicidios al periodo 1874-1876.

¹⁵ *Annuaire statistique de la France*, 1892-1894, pp. 50 y 51.

Si se comparan los países protestantes entre sí se encuentra el mismo paralelismo. Se matan más en Sajonia que en Prusia, y Prusia tiene más analfabetos que Sajonia (5.62 por ciento en lugar de 1.3, en 1865). Sajonia presenta la particularidad de que la población escolar es superior en ella a la cifra legalmente obligatoria. Por cada 1 000 niños de edad escolar se contaban allí en 1877-1878, 1 031 que frecuentaban las clases, es decir, que muchos continuaban sus estudios después del tiempo prescrito. El hecho no se halla en ningún otro país.¹⁶ Finalmente, de todos los países protestantes Inglaterra es, como sabemos, aquel en que se mata menos gente y es también aquel que por la instrucción se aproxima más a los países católicos. En 1865 tenía todavía un 23 por ciento de soldados de la marina que no sabían leer, y 27 por ciento que no sabían escribir.

Otros hechos pueden aún relacionarse con los precedentes y servir para confirmarlos.

Las profesiones liberales y con más generalidad las clases elevadas, son aquellas en que el gusto y la ciencia se siente con más intensidad y en que se vive una vida más intelectual. Aunque la estadística del suicidio por profesiones y por clases no pueda determinarse siempre con precisión suficiente, es incontestable que es excepcionalmente frecuente en las clases más elevadas de la sociedad. En Francia, de 1826 a 1880, las profesiones liberales ocupan el primer lugar, y dan 550 suicidios por millón de habitantes del mismo grupo profesional, mientras que las domésticas, que ocupan el lugar inmediato posterior, no dan más que 290.¹⁷ En Italia, Morselli ha podido aislar las carreras exclusivamente destinadas al estudio, y ha encontrado que sobrepasaban en buena parte, por la importancia de su aportación al suicidio, a todas las demás. Valúa esta aportación, para el periodo 1868-1876, en 482.6 por millón de

¹⁶ Oettingen: *Moralstatistik*, p. 586.

¹⁷ *Compte général de la justice criminelle de 1882*, p. CXV.

habitantes de la misma profesión; viene en seguida el ejército con 404.1, y la media general del país no es más que de 32. En Prusia (años 1883-1890) el cuerpo de funcionarios públicos, que se recluta con gran cuidado y que constituye una aristocracia intelectual, flota sobre todas las demás profesiones con 832 suicidios; los servicios sanitarios y la enseñanza aun teniendo una cifra más baja, la poseen todavía muy elevada (439 y 301). Lo mismo ocurre en Baviera. Si se deja a un lado al ejército, cuya situación desde el punto de vista del suicidio es excepcional, por razones que expondremos después, los funcionarios públicos ocupan el segundo lugar, con 454 suicidios, y casi rozan el primero; el comercio sólo les supera un poco, pues su cifra es de 465; las artes, la literatura y la prensa les siguen de cerca, con 416.¹⁸ Es verdad que en Bélgica y en Wurtemberg las clases instruidas parecen menos diezmadas; pero la nomenclatura profesional es, en esos países, muy poco precisa, y no se puede atribuir mucha importancia a estas dos irregularidades.

En segundo lugar, hemos visto que en todos los países del mundo la mujer se suicida menos que el hombre. Es verdad que es también mucho menos instruida. Esencialmente tradicionalista, acomoda su conducta a las creencias establecidas y no tiene grandes necesidades intelectuales. En Italia, durante los años 1898-1899, por cada 10 000 esposos había 4 808 que no podían firmar su contrato de matrimonio, y por cada 10 000 esposas había 7 029.¹⁹ En Francia la relación era, en 1879, de 199 esposos y de 310 esposas por cada 1 000 matrimonios. En Prusia se encuentra la misma diferencia entre los dos sexos, tanto en los protestantes como en los católicos.²⁰

¹⁸V. Prinzing, *op. cit.*, pp. 28-31. Es curioso que en Prusia la prensa y las artes den una cifra bastante común (279 suicidios).

¹⁹Oettingen: *Moralstatistik*, anexos, cuadro 83.

²⁰Morselli, p. 223.

En Inglaterra es bastante menor que en los demás países de Europa. En 1879 había 138 maridos iletrados por cada 1 000, contra 183 mujeres, y desde 1851 la proporción es la misma.²¹ Pero Inglaterra es también el país en que la mujer se aproxima más al hombre por el suicidio. Por cada 1 000 suicidios femeninos había 2 546 masculinos en 1858-1860, 2 745 en 1863-1867, 2 861 en 1872-1876, cuando por todas partes²² la mujer se mata cuatro o cinco veces menos que el hombre. Finalmente, en los Estados Unidos las condiciones de la experiencia resultan casi cambiadas, lo que la hace particularmente instructiva.

Las mujeres negras tienen, a lo que parece, una instrucción igual y aun superior a las de sus maridos; por esto muchos observadores la relacionan²³ con que tengan también una predisposición muy fuerte al suicidio, que llegaría a veces hasta superar la de las mujeres blancas. La proporción llega en ciertos lugares hasta un 350 por ciento.

Hay un caso, sin embargo, en que pudiera parecer que nuestra ley no se comprueba.

De todas las confesiones religiosas, el judaísmo es aquella en que hay menos suicidios, y no hay otra en que la instrucción esté más extendida. En relación a los conocimientos elementales, los judíos están por lo menos al mismo nivel que los protestantes. En efecto, en Prusia (1871), por cada 100 judíos de cada sexo, había 66 hombres iletrados y 125 mujeres; por parte de los protestantes los números eran casi idénticos, 66 de una parte y 114 de otra. Es sobre todo en la enseñanza secundaria y superior en la que los judíos participan proporcional-

²¹Oettingen: *Ibid.*, p. 577.

²²A excepción de España. Aparte de que la exactitud de la estadística española nos deja escépticos, España no es comparable a las grandes naciones de la Europa central y septentrional.

²³Baly y Boudin. Citamos tomándolos de Morselli, p. 225.

mente más que los miembros de los otros cultos, y así lo prueban las cifras siguientes que tomamos de la estadística prusiana (años 1875-1876):²⁴

	Católicos	Protestantes	Judíos
Parte general de cada culto por 100 habitantes.....	33,8	64,9	1,3
Parte de cada culto por 100 alumnos de la enseñanza secundaria.....	17,3	73,1	9,6

Teniendo en cuenta las diferencias de población, los judíos frecuentan Gimnasios, Realschulen, etcétera, catorce veces más que los católicos y siete veces más que los protestantes. Lo mismo ocurre en la enseñanza superior. Por cada 100 jóvenes católicos que concurren a los establecimientos escolares de todos los grados, sólo hay 1.3 en la universidad; por cada 1 000 protestantes no hay más que 2.5; para los judíos la proporción se eleva a 16.²⁵

Pero si el judío encuentra medios de ser a la vez más instruido y muy débilmente inclinado al suicidio, es porque la curiosidad de que da pruebas tiene un origen muy especial. Es ley general que las minorías religiosas para poder defenderse con más seguridad contra los odios de que son objeto, o sencillamente por una especie de emulación, se esfuerzan en ser superiores en saber a las poblaciones que las rodean. Por esto es por lo que los protestantes mismos muestran mayor gusto por la ciencia cuando constituyen la menor parte de la población

²⁴Según Alwin Petersilie, *Zur Statistik der Höheren Lehranstalten in Preussen*. En *Zeitschr. d. preus. stat. Bureau*, 1877, p. 109 y ss.

²⁵*Zeitschr. d. pr. stat. Bureau*, 1889, p. XX.

general.²⁶ El judío trata de instruirse no para reemplazar por nociones reflexivas sus prejuicios colectivos, sino sencillamente para quedar mejor en la lucha. Es para él un medio de compensar la situación desventajosa en que lo coloca la opinión y algunas veces la ley. Y como por sí misma la ciencia no puede nada contra la tradición que ha conservado todo su vigor, superpone esta vida intelectual a su actividad acostumbrada, sin que la primera destruya la segunda. De aquí viene la complejidad de su fisonomía. Primitivo por ciertos lados, es por otros un cerebral y un refinado. Une así las ventajas de la fuerte disciplina que caracteriza los pequeños grupos de otros tiempos, con los beneficios de la cultura intensa de que tienen el privilegio nuestras sociedades actuales. Tiene toda la inteligencia de los modernos sin participar de su desesperanza.

²⁶Véase de qué manera más desigual los protestantes frecuentan los establecimientos de enseñanza secundaria en las diferentes provincias de Prusia:

GRUPOS	RELACION DE LA POBLACION PROTESTANTE CON LA POBLACION TOTAL	Relación media de los alumnos protestantes con el total de los escolares	Diferencia entre la segunda relación y la primera
Primero..	De 98,7 a 87,2 por 100.—Media, 94,6..	90,8	— 3,8
Segundo..	De 80 a 50 por 100.— » 70,3..	75,3	+ 5
Tercero..	De 50 a 40 por 100.— » 46,3..	56	+ 10,4
Cuarto...	Por debajo.— » 29,2..	61	+ 31,8

Así, allí donde el protestantismo se da en gran mayoría, su población escolar no está en relación con su población general. Desde que la minoría católica acrece la diferencia entre las dos poblaciones, en vez de negativa resulta positiva, y esta diferencia positiva es mayor a medida que los protestantes son menos numerosos. El culto católico también muestra mayor curiosidad intelectual allí donde está en minoría. (Véase Oettingen, *Moralstatistik*, p. 650.)

Si en este caso el desenvolvimiento intelectual no está en relación con el número de muertes voluntarias, es porque no tiene el mismo origen ni la misma significación que de ordinario. La excepción sólo es aparente y no hace más que confirmar la regla. Prueba, en efecto, que si en los medios instruidos la inclinación al suicidio está agravada, esta agravación se debe, como ya hemos dicho, a la debilitación de las creencias tradicionales y al estado de individualismo moral que de ella resulta, y desaparece cuando la instrucción tiene otra causa y responde a otras necesidades.

IV

De este capítulo se deducen dos conclusiones importantes. En primer lugar vemos en él, de una manera general, por qué el suicidio progresa con la ciencia. No es ella la que determina este progreso. Ella es inocente y nada hay más injusto que acusarla; el ejemplo del judío sobre este punto es demostrativo. Estos dos hechos son productos simultáneos de un mismo estado general que traducen bajo formas diferentes; el hombre trata de instruirse, y se mata porque la sociedad religiosa, de que forma parte, ha perdido su cohesión, pero no se mata porque sea instruido. Tampoco desorganiza la religión la instrucción que él adquiere; la necesidad de la instrucción se produce en él porque la religión se desorganiza. Esta instrucción no la busca como un medio para destruir las opiniones recibidas, sino porque la destrucción ha comenzado ya. Una vez que la ciencia existe, puede, sin duda alguna, combatir en nombre propio y por su cuenta y colocarse en posición antagónica con los sentimientos tradicionales. Pero sus ataques quedarían sin efecto si esos sentimientos estuviesen aún vivos, o más bien no podrían producirse. La fe no se desarraiga con demostraciones dialécticas; es necesario que esté ya desarraiga-

da por otras causas, para que no pueda resistir al choque de los argumentos.

La ciencia no sólo está muy lejos de ser la fuente del mal, sino que es el único y solo remedio de que disponemos. Una vez que las creencias establecidas han sido arrastradas por el curso de las cosas, no es posible restablecerlas artificialmente, y sólo puede ayudarnos a conducirnos en la vida la reflexión. Una vez que el instinto social se ha embotado, la inteligencia es la única guía que nos queda y sólo por ella es posible rehacerse una conciencia. Por peligrosa que sea la empresa, la duda no es permitida, porque carecemos de posibilidad de elección. Que aquellos que asisten no ciertamente sin inquietud y sin tristeza a la ruina de las viejas creencias y que sienten todas las dificultades de estos periodos críticos, no achaquen a la ciencia un mal del que ella no es la causa, sino que por el contrario trata de curar. ¡Que se guarden de considerarla como enemiga! No tiene la influencia disolvente que se le atribuye y es la única arma que nos permite luchar contra la disolución, de que ella misma es resultado. Proscribirla no es una solución. Imponerle silencio no es el medio de devolver su autoridad a las tradiciones desaparecidas; con ello no conseguiremos más que hacernos más impotentes para reemplazarla. Es verdad que es preciso cuidarse de ver en la instrucción un fin que se basta a sí mismo, cuando no es más que un medio. Si no es encadenando artificialmente los espíritus como se les hará perder el gusto de la independencia, no es bastante el liberarlos para devolverles su equilibrio. Es preciso que se emplee esta libertad como se deba. En segundo lugar vemos por qué de un modo general la religión ejerce una acción profiláctica sobre el suicidio; no ocurre esto, como se ha dicho con frecuencia, porque lo condene con menos vacilación que la moral laica, ni porque la idea de Dios comunique a sus preceptos una autoridad excepcional que hace que se plieguen a ellos las voluntades, ni porque la perspectiva de una vida futura y de penas terribles que allí

esperan a los culpables, den a sus prohibiciones una sanción más eficaz que aquellas de que disponen las legislaciones humanas. El protestante no cree menos que el católico en Dios y en la inmortalidad del alma. Hay más; la religión que menos inclinación muestra por el suicidio, es decir, el judaísmo, es precisamente la única que no lo proscribe formalmente y es también aquella en que la idea de la inmortalidad juega el menor papel. La Biblia, en efecto, no contiene disposición alguna que prohíba al hombre matarse,²⁷ y por otra parte las creencias relativas a otra vida son en ellas muy indecisas. No cabe duda que sobre uno y otro punto, la enseñanza rabínica ha llenado poco a poco las lagunas del libro sagrado; pero no tiene autoridad. La influencia bienhechora de la religión no se debe a la naturaleza especial de las concepciones religiosas. Si protege al hombre contra el deseo de destruirse, no es porque le prescriba con argumentos *sui generis* el respeto de su persona; es porque constituye una sociedad. Y lo que constituye esta sociedad es la existencia de un cierto número de creencias y de prácticas comunes a todos los fieles, tradicionales y en consecuencia obligatorias. Cuanto más numerosos y fuertes son estos estados colectivos, más fuertemente integrada está la comunidad religiosa y más virtud preservativa tiene. El detalle de los dogmas y de los ritos es secundario; lo esencial es que sirvan, por su naturaleza, para alimentar una vida colectiva de una suficiente intensidad. Y si la iglesia protestante no tiene el mismo grado de consistencia que las otras, es porque no ejerce sobre el suicidio la misma acción moderadora.

²⁷ La única prescripción penal que conocemos es aquella de que nos habla Fabio Josefo, en su *Histoire de la guerre des juifs contre les romains* (III, 25), y allí se dice sencillamente que « los cuerpos de aquellos que se dan voluntariamente la muerte, permanecen insepultos hasta después de la puesta del sol, aunque sea permitido enterrar antes a los que han sido muertos en la guerra ». Se puede preguntar si esto es una medida penal.

CAPITULO III

EL SUICIDIO EGOISTA (CONTINUACION)

Si la religión no preserva del suicidio, sino en cuanto es una sociedad y en la medida en que lo es, es probable que otras sociedades produzcan el mismo efecto. Vamos a observar desde este punto de vista la familia y la sociedad política.

I

Si sólo consultamos las cifras absolutas parece que los célibes se matan menos que los casados. Así en Francia, durante el periodo 1873-1878, hubo 16 264 suicidios de casados y 11 709 de solteros. El primero de estos números está en relación con el segundo en una proporción de 132 a 100. Como la misma proporción se observa en otros periodos y en otros países, ciertos autores han afirmado en otras épocas que el matrimonio y la vida de familia multiplican las probabilidades del suicidio. Es cierto que, siguiendo la concepción corriente, se ve ante todo en el suicidio un acto de desesperación determinado por las dificultades de la existencia; esta opinión tiene una gran verosimilitud. Para el soltero la vida es más fácil que para el casado. ¿No lleva consigo el matrimonio toda clase de cargas y de responsabilidades? ¿No es preciso para asegurar el presente y el porvenir de una familia imponerse más privaciones y penalidades que para subvenir a las necesidades de un hombre aislado? ¹ Sin embargo, por evidente que parezca este

¹ V. Wagner: *Die Gesetzmässigkeit*, etc., p. 177.

razonamiento *a priori*, es enteramente falso y los hechos le dan una apariencia de razón más porque han sido mal analizados. Esto fue lo que Bertillon padre determinó mediante un ingenioso cálculo, que vamos a reproducir.²

En efecto, para apreciar bien las cifras precedentemente citadas, es preciso tener en cuenta que un gran número de solteros tienen menos de diez y seis años, mientras que todos los casados son de más edad. Hasta los diez y seis años la tendencia al suicidio es muy débil, por el solo hecho de la edad. En Francia sólo se producen en este periodo de la vida uno o dos suicidios por millón de habitantes; en el periodo que sigue hay ya veinte veces más. La presencia de un gran número de muchachos por debajo de los diez y seis años entre los solteros, hace descender indudablemente la aptitud media de estos últimos; pero esta atenuación es debida a la edad y no al celibato. Si estos proporcionan en apariencia un menor contingente al suicidio no es porque no se han casado, sino porque muchos de ellos no han salido todavía de la infancia; si se quiere comparar estas dos poblaciones de modo que se desprenda cuál es la influencia del estado civil y solamente ésta, es preciso desembarazarse de aquel elemento perturbador y no relacionar los casados más que con los célibes mayores de diez y seis años, eliminando los demás. Hecha esta substracción hallamos que durante los años 1863-1868 ha habido una media por millón de célibes mayores de diez y seis años, de 173 suicidios, y por un millón de casados de 154.5. El primero de estos números está con el segundo en una relación de 112 a 100.

²V. artículo "Mariage" en *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 24^a serie, V, p. 30 y ss. Confróntese sobre esta misma cuestión, J. Bertillon, hijo: "Les célibataires, les veufs et les divorcés au point de vue du mariage", en *Revue scientifique*, febrero 1879. Del mismo autor, un artículo en el *Bulletin de la société d'anthropologie*, 1880, p. 280 y ss. Durkheim: "Suicide et natalité", en *Revue philosophique*, noviembre, 1888.

Hay, pues, una agravación que afecta al celibato, y es bastante más considerable de lo que indican las cifras precedentes. Hemos razonado, en efecto, como si todos los solteros mayores de diez y seis años y todos los casados tuviesen la misma media de edad, y no hay nada de esto. En Francia la mayoría de los solteros, exactamente las 58 centésimas, está comprendida entre quince y veinte años; la mayoría de las solteras, exactamente las 57 centésimas, tienen menos de veinticinco años. La edad media de los primeros es de 26,8, de las segundas de 28,4. Por el contrario, la edad media de los casados se encuentra entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Por otra parte, véase cómo el suicidio progresa, siguiendo la edad, para los dos sexos reunidos:

De 16 a 21 años.	45,9 suicidios por millón de habitantes.
De 21 a 30 años.	97,9 suicidios por millón de habitantes.
De 31 a 40 años.	114,5 suicidios por millón de habitantes.
De 41 a 50 años.	164,4 suicidios por millón de habitantes.

Estas cifras se refieren a los años 1848-1857. Si sólo la edad es la que la produce, la aptitud de los solteros para el suicidio no puede ser superior a 97,9, y la de los casados estará comprendida entre 114,5 y 164,4, es decir alrededor de 140. Los suicidios de los casados estarán con los de los célibes en razón de 100 a 69. Los segundos no representarán más que los dos tercios de los primeros, y sin embargo sabemos que de hecho son superiores a aquéllos. La vida de familia tiene también como resultado el de alterar la relación. Si la asociación familiar no hiciese sentir su influencia, los casados deberían en virtud de su edad matarse una mitad más que los solteros y sin embargo se matan menos; se puede decir, en consecuencia, que el estado del matrimonio disminuye aproximadamente en una mitad el peligro del suicidio, o para hablar con más precisión, resulta del celibato una agravación que se expresa por la rela-

ción $\frac{112}{69} = 1.6$. Si se conviene en representar por la unidad la

tendencia de los casados al suicidio, se deberá figurar por 1.6 la de los célibes de una misma media de edad.

Las relaciones son las mismas en Italia. Como consecuencia de su edad, los casados (años 1873-1877) dan 102 suicidios por un millón, y los solteros, mayores de diez y seis años, 77; el primero de estos números guarda con el segundo una relación de 175.³ De hecho, sin embargo, los casados se matan menos: no dan más que 71 casos por 86 que proporcionan los solteros, o sea 100 por 121. La aptitud de los solteros está con la de los casados en la relación de 121 a 75, o sea un 1.6 como en Francia. Análogas comprobaciones se podrían hacer en diferentes países. Por todas partes la cifra de los casados es más o menos inferior a la de los célibes,⁴ cuando por razón de edad debería ser más elevada. En Wurtemberg, de 1846 a 1860, estos números guardan entre sí la relación de 100 a 143; en Prusia, de 1873 a 1875, de 100 a 111.

Pero si en el estado actual de las informaciones, este método de cálculo es, en casi todos los casos, el único aplicable cuando es necesario emplearlo para establecer la generalidad del hecho, los resultados que da no pueden ser más que rudimentariamente aproximados. Basta sin duda para demostrar que el celibato agrava la tendencia al suicidio, pero no da más que una idea imperfecta en exactitud de la importancia de esta agravación. En efecto, para separar la influencia de la edad y la del estado civil, hemos tomado como punto de referencia la relación entre las cifras de suicidas de treinta años y de cuarenta y cinco. Desgraciadamente la influencia del estado civil ha

³Suponemos que la media de edad de los grupos es la misma que en Francia. El error que puede resultar de esta suposición es muy ligero.

⁴A condición de considerar los dos sexos reunidos. Después se verá la importancia de esta observación (libro II, capítulo V, párrafo tercero).

marcado ya con su huella esta misma relación, pues el contingente propio de cada una de estas dos edades ha sido calculado considerando unidos a los solteros y a los casados. Sin duda que si la proporción de los esposos y de los solteros, así como la de las solteras y la de las casadas fuera la misma en los dos periodos, habría compensación y la acción de la edad resaltaría sola. Pero ocurre de manera muy distinta. Mientras que a los treinta años los solteros son un poco más numerosos que los casados (746 111 de una parte y 714 278 de otra, según el conjunto de 1891), a los cuarenta y cinco años, por el contrario, sólo constituye una pequeña minoría (333 033 por 1 864 401 casados); lo mismo ocurre en el otro sexo. Como consecuencia de esta desigual distribución, su gran aptitud para el suicidio no produce en los dos casos los mismos efectos. Eleva mucho más la primera cifra que la segunda. Esta es relativamente muy débil y la cantidad en que debería superar a la otra, si la edad influyese por sí sola, resulta artificialmente disminuida. Dicho de otro modo, la diferencia que hay en relación con el suicidio, y por el solo hecho de la edad, entre la población de veinticinco a treinta años y la de cuarenta a cuarenta y cinco, es ciertamente mayor de lo que la muestra esta manera de calcularla. Así, es la economía de esta diferencia la que constituye casi toda la inmunidad de que se aprovechan los casados. Esta diferencia aparece menor de lo que es realidad.

Este método ha dado lugar a los más graves errores. Así, para determinar la influencia de la viudez sobre el suicidio se han contentado algunos con comparar la cifra propia de los viudos con las de los individuos de algún otro estado civil que tenían una misma media de edad, o sea alrededor de sesenta y cinco años. De esta manera un millón de viudos produjo, de 1863 a 1868, 628 suicidios y un millón de hombres de sesenta y cinco años de los demás estados civiles alrededor de 461. De estas cifras se puede sacar la conclusión de que los viudos de

una misma edad se matan más que cualquiera otra clase de la población. Y de esta forma ha tomado crédito el prejuicio que hace de la viudez la más desgraciada de todas las condiciones, desde el punto de vista del suicidio.⁵ En realidad, si la población de sesenta y cinco años no da más suicidios es porque casi toda está compuesta de casados (997 198 por 134 238 solteros). Si esta aproximación basta para probar que los viudos se matan más que los casados de la misma edad, nada puede inferirse de ella en lo que concierne a la comparación entre su tendencia al suicidio y la de los célibes.

Finalmente, cuando no se comparan más que las medias, sólo se pueden percibir en conjunto los hechos y sus relaciones. Puede muy bien ocurrir que en general los casados se maten menos que los solteros y que a ciertas edades esta relación excepcionalmente se invierta; ya veremos que en efecto el caso se da. Estas excepciones, que pueden ser instructivas para la explicación del fenómeno, no pueden ser puestas de relieve por el método precedente. Es posible, también, que de una edad a otra ocurran cambios, que sin llevar a la inversión completa tengan sin embargo su importancia y que, por consecuencia, será muy útil poner de relieve.

El único medio de escapar de estos inconvenientes consiste en determinar separadamente la cifra de cada grupo por cada edad de la vida. En estas condiciones podrán compararse, por ejemplo, los solteros de veinticinco a treinta años con los casados y los viudos de la misma edad e igualmente los de otros periodos. Así, la influencia del estado civil será separada de cualquiera otra y las variaciones de cualquier clase porque pueda pasar, serán puestas de relieve. Este es por otra parte el método que Bertillon ha aplicado, el primero, a la mortalidad y a la nupcialidad. Las publicaciones oficiales por desgracia no

⁵V. Bertillon, artículo «*Mariage*», en *Dict. encycl.*, segunda serie, p. 52. Morselli, p. 348. Corre, *Crime et suicide*, p. 472.

nos proporcionan los elementos necesarios para esta comparación.⁶ Estas nos hacen conocer, en efecto, la edad de los suicidas con independencia de su estado civil. El único lugar que conocemos que ha seguido esta práctica es el Gran Ducado de Oldemburgo (comprendidos en él los principados de Lubeck y de Birkenfeld).⁷

Para los años 1871-1885 nos da la distribución de los suicidios por edad para cada categoría del estado civil, considerada aisladamente. Pero esta pequeña estadística no ha contado durante esos quince años más que 1 369 suicidios. Como de un número de casos tan pequeño no se puede concluir nada con certeza, hemos emprendido la confección del trabajo para nuestro país con la ayuda de documentos inéditos que posee el Ministerio de Justicia. Nuestra investigación se ha extendido a los años 1889, 1890 y 1891 y hemos clasificado alrededor de 25 000 suicidios.

A pesar de que por sí misma tal cifra tiene la suficiente importancia para servir de base a una indicación, nos hemos asegurado que no era necesario extender nuestras observaciones a un periodo más largo. En efecto, de un año a otro el contingente de cada edad permanece sensiblemente el mismo en cada grupo. No hay lugar, pues, a establecer las medias según un mayor número de años.

⁶El trabajo necesario para reunir estas informaciones, considerable si hubiera de emprenderse por un particular, se podría efectuar, sin grandes molestias, por los centros oficiales de estadística. Se nos dan toda clase de datos sin interés y se nos calla el único que nos permitiría apreciar, como se verá después, el estado en que se encuentra la familia en las diferentes sociedades de Europa.

⁷Hay también una estadística sueca, reproducida en el *Bulletin de démographie internationale*, año 1878, p. 195, que proporciona los mismos datos. Resulta inútil. Por lo pronto, los viudos están confundidos en ella con los solteros, lo que hace la comparación poco significativa.

Los cuadros XX y XXI contienen estos diferentes resultados. Para hacer su significación más ostensible, hemos puesto para cada edad el total de los viudos y de los esposos, al lado de la cifra que representa lo que nosotros llamamos el *coeficiente de preservación*, sea de los segundos con relación a los primeros, sea de los unos y de los otros con relación a los solte-

puesto que condiciones tan diferentes exigen que se les distinga. Por lo demás, la creemos errónea. Véanse a continuación las cifras que en ella se encuentran:

Suicidios por cada 100.000 habitantes de distintos sexos, del mismo estado civil y de la misma edad.

	16 a 25 años	26 a 35 años	36 a 45 años	46 a 55 años	56 a 65 años	66 a 75 años	En adelante
HOMBRES							
Casados.....	10,51	10,58	18,77	24,08	26,29	20,76	9,48
No casados (viudos y solteros).....	5,69	25,73	66,95	90,72	150,08	229,27	333,35
MUJERES							
Casadas.....	2,63	2,76	4,15	5,55	7,09	4,67	7,64
No casadas.....	2,99	6,14	13,23	17,05	25,98	51,93	34,69

¿Cuántos suicidios se dan en los casados y en los no casados del mismo sexo y de la misma edad?

	16 a 25 años	26 a 35 años	36 a 45 años	46 a 55 años	56 a 65 años	66 a 75 años	En adelante
Hombres.....	0,5	2,4	3,5	3,7	5,7	11	37
Mujeres.....	1,13	21,22	3,18	3,04	3,66	11,12	4,5

Estos resultados nos han parecido sospechosos desde el primer momento en lo concerniente al enorme grado de preservación de que gozarían los casados de las edades avanzadas; tanto se se diferencian de

ros. Con esta palabra designamos el número que indica cuántas veces menos se matan en un grupo que en otro, considerados

todos los hechos que nosotros conocemos. Para proceder a una comprobación que juzgamos indispensable, hemos indagado los números absolutos de suicidios cometidos por cada grupo de edad, en el mismo país y durante el mismo periodo. Son los siguientes, para el sexo masculino:

	16-25 años	26-35 años	36-45 años	46-55 años	56-65 años	66-75 años	Por encima
Casados.....	16	220	567	640	383	140	15
No casados.....	283	519	410	269	217	156	56

Relacionando estas cifras con los números proporcionales que se consiguen más arriba, podemos convencernos de que se ha cometido un error. En efecto, de sesenta y seis a setenta y cinco años, los casados y los no casados dan casi el mismo número absoluto de suicidios, cuando por cada 100 000 habitantes los primeros se matan once veces menos que los segundos. Para esto sería preciso que a esta edad hubiese alrededor de diez veces (exactamente 9.2 veces) más de casados que de no casados, es decir, que de viudos y de solteros reunidos. Por la misma razón, por encima de setenta y cinco años, la población casada debería ser exactamente diez veces más considerable que la otra, y esto es imposible. A estas edades avanzadas los viudos son muy numerosos y, juntamente con los solteros, son iguales y aun superiores en número a los casados; y así nos explicamos por qué aquel error se ha cometido, probablemente. Se han debido adicionar los suicidios de los solteros y de los viudos y no dividir el total así obtenido más que por la cifra que representa la población celibataria solamente; en cambio, los suicidios de los esposos han sido divididos por una cifra que representa la población viuda y la población casada reunidas. Lo que tiende a hacernos creer que se ha debido proceder así, es que el grado de preservación de que pudieran gozar los casados no es extraordinario, sino hacia las edades avanzadas, es decir, cuando el número de viudos llega a ser lo bastante importante para falsear gravemente los resultados del cálculo. La inverosimilitud llega a su máximo después de los setenta y cinco años, es decir, cuando los viudos son numerosísimos.

en la misma edad. Cuando decimos que el coeficiente de preservación de los casados de veinticinco años en relación con los solteros es tres, será preciso entender que si se representa por uno la tendencia al suicidio de los esposos en este momento de la vida, deberá representarse por tres la de los solteros en el mismo periodo. Naturalmente que cuando el coeficiente de preservación desciende por debajo de la unidad, se transforma en realidad en un coeficiente de agravación.

CUADRO XX
GRAN DUCADO DE OLDENBURGO

Suicidios cometidos por cada sexo sobre 10.000 habitantes de cada grupo de edad y de estado civil, durante el periodo 1871-85 (8)

EIDADES	Solteros	Casados	Viudos	COEFICIENTES DE PRESERVACIÓN DE LOS		
				CASADOS		VIUDOS
				En relación a los solteros	En relación a los viudos	En relación a los solteros
HOMBRES						
De 0 a 20.	7,2	769,2	>	1,09	>	>
20 a 30.	40,6	49,0	285,7	1,40	5,08	0,24
30 a 40.	130,4	93,6	76,9	1,77	1,04	1,69
40 a 50.	188,8	95,0	285,7	1,97	3,01	0,66
50 a 60.	263,6	137,8	271,4	1,90	1,90	0,97
60 a 70.	242,8	148,3	304,7	1,63	2,05	0,79
Por encima.	266,6	114,2	259,0	2,30	2,26	1,02
MUJERES						
De 0 a 20.	3,9	95,2	>	0,04	>	>
20 a 30.	39,0	19,4	>	2,24	>	>
30 a 40.	32,3	16,8	30,0	1,92	1,68	1,07
40 a 50.	52,9	18,6	68,1	2,85	3,66	0,77
50 a 60.	66,6	31,1	50,0	2,14	1,60	1,33
60 a 70.	62,5	37,2	55,8	1,68	1,50	1,12
Por encima.	>	120	91,4	>	1,31	>

⁸ Las cifras se refieren no a la media anual, sino al total de suicidios cometidos durante quince años.

Las leyes que se desprenden de estos cuadros pueden formularse así:

1^a Los matrimonios muy precoces ejercen una influencia agravante en el suicidio, sobre todo en lo que se refiere a los hombres. Es verdad que estando calculado este resultado, según un número pequeño de casos, tiene necesidad de confirmarse; en Francia, de los quince a los veinte años, la media anual de los suicidios de casados es exactamente 1.33. Sin

CUADRO XXI
FRANCIA (1889-91)

Suicidios cometidos por cada 1.000.000 de habitantes de cada grupo de edad y de estado civil (media anual).

EIDADES	Solteros	Casados	Viudos	COEFICIENTES DE PRESENTACIÓN DE LOS		
				CASADOS		VIUDOS
				en relación a los solteros	en relación a los viudos	en relación a los solteros
HOMBRES						
15-20.....	113	500	>	0,22	>	>
20-25.....	237	97	142	2,40	1,45	1,66
25-30.....	394	122	412	3,20	3,37	0,95
30-40.....	627	226	560	2,77	2,47	1,12
40-50.....	975	340	721	2,86	2,12	1,35
50-60.....	1.434	520	979	2,75	1,88	1,46
60-70.....	1.768	635	1.166	2,78	1,83	1,51
70-80.....	1.983	704	1.288	2,81	1,82	1,54
Por encima.	1.571	770	1.154	2,04	1,49	1,36
MUJERES						
15-20.....	79,4	33	333	2,39	10,00	0,23
20-25.....	106	53	66	2,00	1,05	1,60
25-30.....	151	68	178	2,22	1,61	0,84
30-40.....	126	82	205	1,53	2,50	0,61
40-50.....	171	106	168	1,61	1,58	1,01
50-60.....	204	151	199	1,35	1,31	1,02
60-70.....	189	158	257	1,19	1,62	0,77
70-80.....	206	209	248	0,98	1,18	0,83
Por encima.	176	110	240	1,60	2,18	0,79

embargo, como el hecho se observa igualmente en el Gran Ducado de Oldemburgo, aun con referencia a las mujeres, es poco verosímil que sea fortuito.⁹ La misma estadística sueca que hemos reproducido antes, manifiesta igual agravación, por lo menos para el sexo masculino. Así, si por las razones que hemos expuesto creemos esta estadística inexacta para las edades avanzadas, no tenemos motivo alguno para ponerla en duda en relación con los primeros periodos de la existencia, puesto que en ellos no existen viudos todavía. Se sabe, por otra parte, que la mortalidad de los casados y de las casadas muy jóvenes, supera bastante la de los solteros y solteras de la misma edad. Mil célibes masculinos entre quince y veinte años dan cada año 8,9 defunciones y mil hombres casados de la misma edad 51, o sea el 473 por ciento más. La diferencia es menor en el otro sexo, 9,9 para las casadas, 8,3 para las solteras; el primero de estos números guarda con el segundo una relación de 119 a 100.¹⁰ Esta mayor mortalidad de los matrimonios jóvenes se debe evidentemente a razones sociales, porque si tuviera como causa principal la insuficiente madurez del organismo, sería más marcada en el sexo femenino, como consecuencia de los peligros propios de la maternidad. Todo tiende, pues, a probar que los matrimonios prematuros determinan un estado moral cuya acción es nociva, sobre todo en los hombres.

2^a. *A partir de los veinte años, los casados de ambos sexos se benefician con un coeficiente de preservación con relación a los solteros.* Es superior al que había calculado Bertillon. La

⁹V. p. 180. Pudiera creerse que esta situación desfavorable de los esposos de quince a veinte años proviene de que su media de edad es superior a la de los solteros del mismo periodo. Pero lo que prueba que hay agravación efectiva es que la cifra de los esposos de la edad siguiente (veinte a veinticinco años) es cinco veces menor.

¹⁰V. Bertillon, artículo «Mariage», p. 43 y ss.

cifra de 1.6 indicada por este observador es más bien una mínima que una media.¹¹

Este coeficiente evoluciona siguiendo a la edad. Llega rápidamente a un máximo que tiene lugar entre los veinte y los veinticinco años en Francia, y entre los treinta y los cuarenta en Oldemburgo; a partir de este momento decrece hasta el último periodo de la vida, en que se produce algunas veces una ligera elevación.

3^a. *El coeficiente de preservación de los casados en relación con los solteros varía según los hechos.* En Francia son los hombres los favoritos, y la diferencia entre los dos sexos es considerable; para los esposos la media es de 2.73, mientras que para las esposas no es más que de 1.56, o sea el 43 por ciento menos. En Oldemburgo, en sentido inverso, la media es para las mujeres 2.16 y para los hombres 1.83 solamente. Es de notar que al mismo tiempo la desproporción es menor; el segundo de estos números sólo es inferior al primero en un 16 por ciento. Diremos pues que *el sexo más favorecido en el estado matrimonial varía según la sociedad; y el valor de la diferencia entre la cifra de los dos sexos varía, asimismo, según la naturaleza del sexo más favorecido.* Hallaremos más adelante hechos que confirmarán esta ley.

4^a. *La viudez disminuye el coeficiente de los esposos de ambos sexos, pero frecuentemente no lo suprime por completo.* Los viudos se matan más que los casados, pero por lo general menos que los solteros. Su coeficiente se eleva en ciertos casos hasta 1.60 y 1.66. Cambia con la edad, como el de los

¹¹No hay más que una excepción, que son las mujeres de setenta a ochenta años, cuyo coeficiente desciende ligeramente por debajo de la unidad. Lo que determina esta fluctuación es la influencia del departamento del Sena. En los otros departamentos (v. cuadro XXII) el coeficiente de mujeres de esta edad es superior a la unidad; sin embargo, es de notar que, aun en provincias, es inferior al de otras edades.

casados, pero siguiendo una evolución irregular, cuya ley es imposible determinar.

Lo mismo que el de los casados, *el coeficiente de preservación de los viudos con relación a los solteros varía según los sexos*. En Francia los hombres resultan favorecidos; su coeficiente medio es de 1.32, mientras que para las viudas desciende por debajo de la unidad, 0.84, o sea el 37 por ciento menos. En Oldemburgo son las mujeres las que tienen las ventajas, como para el matrimonio; dan un coeficiente medio de 1.07, mientras que el de los viudos está por debajo de la unidad 0.89, o sea el 17 por ciento menos. Como en el estado de matrimonio la mujer es la que se halla más preservada, la diferencia de los dos sexos es menor que cuando el hombre tiene la ventaja. Podemos decir pues, en los mismos términos, que *el sexo más favorecido en estado de viudez varía según las sociedades; y el valor de la diferencia entre la cifra de los dos sexos varía, asimismo, según la naturaleza del sexo más favorecido*.

Es preciso que tratemos de explicar los hechos establecidos en esta forma.

II

La inmunidad de que gozan los casados sólo puede atribuirse a una de las dos causas siguientes:

O se debe a la influencia del medio doméstico y entonces sería la familia la que, por su acción, neutralizaría la tendencia al suicidio o le impediría hacer su explosión; o se debe a lo que se puede llamar la selección matrimonial. El matrimonio, en efecto, en el conjunto de la población, opera mecánicamente una especie de selección. No se casa el que quiere; hay pocas probabilidades de lograr fundar una familia cuando no se reúnen determinadas cualidades de salud, de fortuna y de moralidad. Los que no las tienen, a menos de un concurso excepcio-

nal de circunstancias favorables, resultan, de buen o de mal grado, incluidos en la clase de los solterones que por este medio comprende todo el desecho humano del país. Entre ellos es donde se encuentran los enfermos, los incurables, la gente demasiado pobre o con taras notorias. Por consiguiente, si esta parte de la población es desde este punto de vista inferior a la otra, resulta natural que testimonie su inferioridad por una mortalidad más elevada, por una criminalidad más considerable, en fin, por una mayor aptitud para el suicidio. En esta hipótesis no sería la familia la que preservaría del suicidio, del crimen o de la enfermedad; el privilegio de los casados procedería simplemente de que sólo son admitidos a la vida de familia los que ofrecen seria garantía de salud física y moral.

Bertillon parece haber dudado entre estas dos explicaciones y haberlas admitido en concurrencia. Después M. Letourneau en su *Evolution du mariage et de la famille*,¹² ha optado categóricamente por la segunda. Se resiste a ver en la superioridad incontestable de la población casada, una consecuencia y una prueba de la superioridad del estado matrimonial. Si no hubiese observado los hechos sumariamente, su juicio no sería tan precipitado.

Sin duda es un hecho casi incontestable que los casados tienen en general una constitución física y moral mucho mejor que la de los célibes. Es un hecho que la selección matrimonial sólo deja llegar al matrimonio lo mejor de la población, pero es dudoso que la gente sin fortuna y sin posición se case menos que la otra. Se ha hecho notar¹³ que tienen generalmente más hijos que las clases acomodadas. Si el espíritu de previsión no es un obstáculo para que acrezcan sus familias más allá de todo límite prudente, ¿por qué les ha de impedir fundar una? Por otra parte, hechos repetidos probarán más adelante que la

¹²París, 1888, p. 436.

¹³J. Bertillon (hijo), artículo citado de la *Revue scientifique*.

miseria no es uno de los factores de que depende la cifra social de los suicidios. Por lo que se refiere a los enfermos, aparte de que varias razones con frecuencia les hacen prescindir de sus enfermedades, no está probado del todo que sea entre ellos donde se recluten con preferencia los suicidas. El temperamento orgánico-psíquico que más predispone al hombre a matarse es la neurastenia, bajo todas sus formas. Y hoy la neurastenia se considera más como una muestra de distinción que como una tara. En nuestras sociedades refinadas, llenas de pasión por las cosas de la inteligencia, los nervios constituyen casi una nobleza. Solamente los locos caracterizados están expuestos a que se les impida el acceso al matrimonio. Esta eliminación restringida no basta para explicar la importante inmunidad de los casados.¹⁴

Fuera de estas consideraciones, un poco apriorísticas, numerosos hechos demuestran que la situación respectiva de los casados y de los solteros se debe a causas muy distintas.

Si fuese un efecto de la selección matrimonial, debería acusarse desde que la selección comienza a obrar, es decir, a partir de la edad en que los jóvenes empiezan a casarse. En este momento se debería comprobar una diferencia que iría creciendo poco a poco, a medida que los matrimonios aumentan, es decir, a medida que las gentes casables se casan y cesan de ser confundidas con esta turba que está predestinada, por su naturaleza, a formar la clase de los solteros irreductibles. Finalmente, el máximum debería alcanzarse a la edad en que el buen grano está completamente separado del malo y en que toda la población admisible al matrimonio ha sido realmente

¹⁴Para rechazar la hipótesis según la cual la situación privilegiada de los casados sería debida a la selección matrimonial, se ha alegado algunas veces la pretendida agravación que resultaría de la viudez. Acabamos de ver que esta agravación no existe en relación con los solteros. Los viudos se matan menos que los individuos no casados. El argumento no va más allá.

admitida, y sólo quedan entre los solteros aquellos irremisiblemente condenados a esta condición por su inferioridad física o moral. Este momento debe colocarse entre los treinta y los cuarenta años; más allá de esta edad no hay matrimonios.

De hecho, el coeficiente de previsión evoluciona siguiendo otra ley. En su punto de partida es reemplazado con frecuencia por un coeficiente de agravación. Los casados muy jóvenes están más inclinados al suicidio que los solteros; no ocurriría así si llevaran consigo y desde su nacimiento la inmunidad. En segundo lugar, el máximum se realiza casi en conjunto. Desde la primera edad, en que la condición privilegiada de los casados comienza a afirmarse (entre los veinte y los veinticinco años), el coeficiente alcanza una cifra que apenas supera después. En este periodo no hay¹⁵ más que 148 000 casados, por 1 430 000 solteros, y 626 000 casadas contra 1 049 000 solteras (número redondo). Los solteros comprenden entonces entre ellos, la mayor parte de esta *élite*, que se dice que por sus condiciones congénitas está llamada más tarde a formar la aristocracia de los casados; la diferencia entre las dos clases, desde el punto de vista del suicidio, cuando éste es tan considerable, debería en consecuencia ser débil. Igualmente en la edad que sigue (entre veinticinco y treinta años), por cada dos millones de casados que deben aparecer entre los treinta y los cuarenta años, hay más de un millón que no se han casado aún, a pesar de que el celibato debe beneficiar con su presencia a esas categorías, y es entonces cuando hace la peor figura. En ningún momento, por lo que hace referencia al suicidio, estas dos partes de la población se encuentran tan distantes la una de la otra. Por el contrario, entre los treinta y los cuarenta años, cuando la separación se precisa, cuando la clase de los casados tiene sus cuadros casi completos, el coeficiente de preservación, en lugar de llegar a su apogeo y de expresar así que la

¹⁵Estas cifras se refieren a Francia y a la estadística de 1891.

selección conyugal ha alcanzado su término, sufre un descenso brusco e importante. Pasa para los hombres de 3.20 a 2.77; para las mujeres la regresión es todavía más acentuada, 1.53 en lugar de 2.22, o sea una disminución de un 32 por ciento.

Por otra parte, esta selección, sea cualquiera la manera como se efectúe, debe hacerse por igual para las mujeres que para los hombres, pues las esposas no se reclutan de manera distinta que los esposos. Si la superioridad moral de las gentes casadas es simplemente un producto de la selección, debe ser igual para los dos sexos, y en consecuencia resultar idéntica la inmunidad contra el suicidio. En realidad, los casados están en Francia más protegidos que las casadas. Para los primeros el coeficiente de preservación se eleva hasta 3.20, no desciende más que una sola vez por debajo de 2.04 y oscila generalmente alrededor de 2.80; mientras que para las segundas el máximo no supera a 2.22 (o lo más 2.39),¹⁶ y el mínimo es inferior a la unidad (0.98). Así, resulta que es en el estado matrimonial en el que la mujer se aproxima más al hombre, por lo que respecta al suicidio entre nosotros.

He aquí cuál ha sido la estadística, durante los años

AÑOS	PARTE DE CADA SEXO			
	sobre 100 suicidios de célibes de cada edad		sobre 100 suicidios de casados de cada edad	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
De 20 a 25.....	70	30	65	35
De 25 a 30.....	73	27	65	35
De 30 a 40.....	84	16	74	26
De 40 a 50.....	86	14	77	23
De 50 a 60.....	88	12	78	22
De 60 a 70.....	91	9	81	19
De 70 a 80.....	91	9	78	22
En adelante.....	90	10	88	12

¹⁶ Hacemos esta reserva porque el coeficiente de 2.39 se refiere al

1887-1891, de los suicidios en ambos sexos y según su correspondiente estado civil:

Así, en esta edad,¹⁷ la parte de las mujeres en los suicidios de los casados es muy superior a la misma parte en los suicidios de los solteros. No es seguramente porque las solteras estén menos expuestas que las casadas; los cuadros 20 y 21 prueban lo contrario. Sin embargo, si la mujer no pierde con casarse, gana con ello menos que el marido. Si la inmunidad es igual en este punto, se debe a que a la vida de familia afecta de un modo diferente la constitución moral de ambos sexos. Lo que prueba, de un modo perentorio por lo menos, que esta desigualdad no tiene otro origen, que el de verla nacer y crecer

periodo de los quince a los veinte años, y como los suicidios de casados son muy raros en esta edad, el pequeño número de casos que ha servido de base al cálculo hace su exactitud un poco dudosa.

¹⁷ Con frecuencia, cuando se compara en esta forma la situación respectiva de los sexos en dos condiciones diferentes del estado civil, no se tiene el cuidado de eliminar la influencia de la edad y se obtienen resultados inexactos. Así, según el método ordinario, encontraríamos que en 1887-1891 hubo veintidós suicidios de mujeres casadas por setenta y nueve de casados, y diecinueve de solteras por cien de solteros, de todas las edades. Estas cifras dan una idea falsa de la realidad. El cuadro que precede demuestra que la diferencia entre la cuota de las casadas y la de las solteras es en todas las edades mucho mayor. La razón de esto es que la diferencia entre los sexos varía con la edad en ambas situaciones. Entre los setenta y ochenta años es casi doble de lo que resultaba a los veinte. Además, la población de los célibes resulta casi íntegramente compuesta de individuos menores de treinta años. Si no se tiene en cuenta la edad, la diferencia que se obtiene es en realidad la que separa a los solteros y solteras hacia los treinta años. Pero entonces, comparándola a la que separa a los casados, sin distinción de edad, como estos últimos están en una media de edad igual a cincuenta años, es con relación a los casados de esta media como queda hecha la comparación. Así obtenida resulta falseada y el error se agrava por el hecho de que la distancia entre los sexos no varía de igual manera entre los dos grupos por la acción de la edad. Crece más en los solteros que en los casados.

bajo la acción del medio doméstico. El cuadro XXI demuestra, en efecto, que en el punto de partida el coeficiente de preservación es muy poco diferente para los dos sexos (2.93 o 2 de una parte, y 2.40 de la otra). Después la diferencia se acentúa poco a poco; primero porque el coeficiente de las casadas crece menos que el de los casados hasta la edad en que alcanza el máximo, y después porque el decrecimiento es más rápido y más importante.¹⁸

Si evoluciona así, a medida que la influencia de la familia se prolonga, es porque depende de la edad.

Tiene un valor demostrativo mayor todavía, el hecho de que la situación relativa de los sexos, en cuanto al grado de preservación de que gozan los casados, no es la misma en todos los países. En el Gran Ducado de Oldemburgo son las mujeres las más favorecidas y ya hallaremos después otro caso de la misma inversión. Sin embargo, en conjunto, la selección conyugal se acentúa por todas partes de la misma manera. Es imposible que ella sea el factor esencial de la inmunidad matrimonial, porque entonces ¿cómo produciría resultados opuestos en los diferentes países? Por el contrario, es muy posible que la familia esté en dos sociedades distintas, constituida de manera que obre de un modo diferente sobre los dos sexos. En la constitución del grupo familiar es donde debe encontrarse, por lo tanto, la causa principal del fenómeno que estudiamos.

Por interesante que sea este resultado, necesita precisarse, ya que el medio doméstico está formado por elementos diferentes. Por cada esposo, la familia comprende: primero, otro esposo; segundo, los hijos. La acción saludable que ejerce la familia sobre la tendencia al suicidio, ¿se debe al primero o a

¹⁸ Igualmente puede verse en el cuadro que precede que la parte proporcional de las casadas en los suicidios de las personas de este estado, supera cada vez más la cuota de las solteras en los suicidios de los célibes a medida que la edad avanza.

los segundos? En otros términos, la familia se compone de dos asociaciones diferentes: el grupo conyugal de una parte, y de otra el grupo familiar propiamente dicho. Estas dos sociedades no tienen los mismos orígenes ni igual naturaleza, ni en consecuencia deben tener los mismos efectos. La una deriva de un contrato y de la afinidad electiva; la otra de un fenómeno natural, la consanguinidad; la primera liga entre ellos a dos miembros de una misma generación; la segunda una generación a la siguiente; ésta es tan vieja como la humanidad, aquélla no se ha organizado hasta una época relativamente tardía. Puesto que difieren desde este punto de vista, no puede ser cierto, *a priori*, que concurren las dos a producir el hecho que tratamos de explicar. En todo caso si una y otra contribuyen a él, no será de la misma manera ni probablemente en igual medida. Importa por lo tanto averiguar si una y otra tienen parte en él, y en caso afirmativo cuál es la parte de cada una.

Tenemos ya una prueba de eficacia mediocre del matrimonio en el hecho de que la nupcialidad ha cambiado poco desde comienzos del siglo, cuando el suicidio se ha triplicado. De 1821 a 1830 hubo 7-8 matrimonios anuales por cada 1 000 habitantes; 8 de 1831 a 1850; 7-9 de 1851-1860; 7-8 de 1861 a 1870; 8 de 1871 a 1880. Durante este tiempo la cifra de los suicidios por millón de habitantes se eleva de 54 a 180. De 1880 a 1888, la nupcialidad ha descendido ligeramente (1-4 en lugar de 8), pero este decrecimiento no tiene relación con el enorme aumento de los suicidas que, de 1880 a 1887, han aumentado más de un 16 por ciento.¹⁹ Por otra parte, durante

¹⁹ Legoyt (*op. cit.*, p. 175) y Corre (*Crime et suicide*, p. 475), han creído poder establecer, sin embargo, una relación entre el movimiento de los suicidios y el de la nupcialidad. Pero ese error proviene, en primer lugar, de que no han considerado más que un periodo demasiado corto, además de que han comparado los años más recientes a un año anormal, 1872, en que la nupcialidad francesa ha alcanzado una cifra excepcional desconocida desde 1813, porque era necesario llenar los vacíos causados

el periodo 1865-1888, la nupcialidad media de Francia (7.7) es casi igual a la de Dinamarca (7.8) y de Italia (7.6); sin embargo estos dos países son completamente desemejantes en cuanto al suicidio.²⁰

Tenemos un medio mucho más decisivo de medir exactamente la influencia propia de la asociación conyugal sobre el suicidio y es el de observarla allí donde está reducida a sus solas fuerzas, es decir, a los hogares sin hijos.

Durante los años 1887-1891, un millón de esposos sin hijos ha dado por año 644 suicidios.²¹ Para saber en qué medida el estado matrimonial preserva del suicidio por sí solo, abstracción hecha de la familia, no hay más que comparar esta cifra a la que dan los solteros de la misma media de edad. Dicha comparación es la que nos va a permitir formar nuestro cuadro XXI y no es este el menor servicio que ha de rendirnos. La media de edad de los hombres casados era entonces como hoy, de cuarenta y seis años ocho meses $1/3$. Un millón de solteros de esta edad produce aproximadamente 975 suicidios. Así, 655 es a 975, como 100 es a 150, es decir, que los esposos estériles tienen un coeficiente de preservación de 1.5 solamente; no se matan sino en un tercio menos que los solteros de igual edad. Otra cosa muy contraria ocurre cuando se tienen

por la guerra de 1870 en la población casada; no se pueden medir los movimientos de la nupcialidad en relación con tal punto de vista. La misma observación se aplica a Alemania y aun a casi todos los países de Europa. Parece que en esta época la nupcialidad ha sufrido como un latigazo. Notamos un aumento importante y brusco que se continúa muchas veces hasta 1873 en Italia, Suiza, Bélgica, Inglaterra y Holanda. Se diría que toda Europa ha contribuido a reparar las pérdidas experimentadas por la guerra en los dos países. Naturalmente, al cabo de algún tiempo ha resultado un enorme descenso que no tiene la significación que se le da (v. Oettingen, *Moralstatistik*, anexos, cuadros 1, 2 y 3).

²⁰ Según Levasseur, *Population française*, t. II, p. 208.

²¹ Según el censo de 1886, p. 123 del *Dénombrement*.

hijos. Un millón de casados con hijos producía anualmente, durante este mismo periodo, tan sólo 336 suicidios. Este número es a 975 como 100 es a 290; es decir, que cuando el matrimonio es fecundo el coeficiente de preservación casi se dobla (2.90 en lugar de 1.5).

La sociedad conyugal sólo tiene una débil parte en la inmunidad de los hombres casados. Todavía en el cálculo precedente hemos hecho esta parte un poco mayor de lo que es en realidad. Hemos supuesto, en efecto, que los esposos sin hijos tienen la misma media de edad que los casados en general, cuando precisamente son más jóvenes. Entre su categoría se encuentran todos los esposos jóvenes que no tienen hijos, no porque sean irremediamente estériles, sino porque casados muy recientemente no han tenido tiempo todavía de tenerlos. Es solamente hacia los treinta y cuatro años, por término medio, cuando el hombre tiene su primer hijo,²² y hacia los veintiocho y veintinueve años cuando se casa. La parte de población casada de veintiocho a treinta y cuatro años, se encuentra casi por entero comprendida en la categoría de los casados sin hijos, con lo que hace disminuir la media de edad de estos últimos; por consecuencia, ampliándola hasta cuarenta y seis años, ciertamente, la hemos exagerado. Pero entonces, los solteros, a los que hubiese sido preciso compararlos, no son los de cuarenta y seis años, sino los más jóvenes, que se matan menos que los precedentes. Debe, pues, considerarse un poco elevado el coeficiente de 1.5; si conociésemos exactamente la media de edad de los casados sin hijos, veríamos que su aptitud al suicidio se aproxima a la de los célibes, todavía más de lo que indican las cifras precedentes.

Por otra parte, lo que prueba bien la influencia restringida del matrimonio es que los viudos con hijos están en mejor situación que los casados sin ellos. Los primeros, en efecto, dan

²² v. *Annuaire statistique de la France*, vol. XV, p. 43.

937 suicidios por millón y tienen una media de edad de sesenta y un años ocho meses y $1/3$. La cifra de solteros de la misma edad (v. cuadro XXI) está comprendida entre 1 434 y 1 768, o sea alrededor de 1 504. Este número es a 937 como 160 es a 100. Los viudos, cuando tienen hijos, poseen un coeficiente de preservación por lo menos de 1.6, superior en consecuencia al de los casados sin hijos. Y todavía calculándolo de esta manera, más bien lo hemos atenuado que exagerado. Los viudos que tienen familia son de una edad más elevada que los viudos en general. En efecto, entre estos últimos hay que comprender a todos aquellos cuyo matrimonio ha resultado estéril por haberse disuelto prematuramente; es decir, los más jóvenes. Los viudos con hijos deberían ser comparados a los solteros mayores de sesenta y dos años (que en virtud de su edad tienen una mayor tendencia al suicidio). Claro que de esta comparación, su inmunidad resultaría reforzada.²³

Es verdad que este coeficiente de 1.6 es sensiblemente inferior al de los casados con hijos, 2.9; la diferencia es de 45 por ciento por lo menos. Pudiera creerse que por sí sola la sociedad matrimonial tiene mayor acción de la que le hemos reconocido, puesto que al llegar a su fin disminuye desde este punto de vista la inmunidad del esposo sobreviviente. Pero esta pérdida no es inmutable más que en una débil parte a la disolución del matrimonio. Prueba de ello es que allí donde no hay hijos, la viudez produce efectos mucho menores. Un millón de viudos sin hijos da 1 258 suicidios; número que es a 1 504, contingente de los célibes de sesenta y dos años, como 100 es a 119. El coeficiente de preservación es todavía de 1.2 aproximadamente, un poco por debajo del de los esposos igualmente sin hijos que es 1.5. El número de los primeros sólo es inferior en un 20

²³Por la misma razón, la edad de los casados con hijos es superior a la de los casados en general y, en consecuencia, el coeficiente de preservación 2.9, debe ser considerado como por debajo de la realidad.

por ciento al de los segundos. Cuando la muerte de un esposo no produce otro resultado que la disolución del vínculo conyugal, no tiene fuertes repercusiones sobre la tendencia al suicidio del viudo. Es preciso que el matrimonio en tanto que exista, contribuya sólo débilmente a contener esta tendencia, puesto que no crece sino cuando aquél cesa de existir.

En cuanto a la causa que hace a la viudez relativamente más desgraciada cuando el matrimonio ha sido fecundo, es preciso ir a buscarla en la presencia de los hijos. En un sentido, los hijos, sin duda, sujetan al viudo a la vida, pero al mismo tiempo hacen más aguda la crisis por que atraviesa. Las relaciones conyugales no son las únicas que se resienten precisamente, sino que también se obstaculiza el funcionamiento de la sociedad doméstica. Falta una rueda esencial y todo el mecanismo se desconcierta. Para restablecer el equilibrio turbado, sería preciso que el hombre cumpliera la doble tarea y se encargara de funciones para las que no ha sido hecho. He aquí por qué pierde todas las ventajas de que gozaba mientras duró el matrimonio. No se trata de que no esté ya casado, sino de que la familia de la que es jefe está desorganizada. No es la desaparición de la esposa, sino la de la madre la que causa este desarreglo.

Es sobre todo a propósito de la mujer como se manifiesta con relieve la débil eficacia del matrimonio, cuando no halla en los hijos su complemento natural. Un millón de casados sin hijos da 221 suicidios; un millón de solteras de la misma edad (entre los cuarenta y dos y cuarenta y tres años) 150 solamente. El primero de estos números es al segundo como 100 es a 67; el coeficiente de preservación está por debajo de la unidad. Es igual a 0.67, es decir, que, en realidad, hay agravación. *Así en Francia las mujeres casadas sin hijos se matan una mitad más que las solteras del mismo sexo y de la misma edad.* Ya habíamos comprobado que de una manera general la vida de familia preserva menos a la mujer que al marido. Ahora vemos

cuál es la causa de ello, y es que por sí misma, la sociedad conyugal resulta nociva a la mujer y agrava su tendencia al suicidio.

Si por lo menos la generalidad de las casadas nos ha parecido que gozan de un coeficiente de preservación, es porque los hogares estériles son la excepción y porque en consecuencia la presencia de los hijos corrige y atenúa la mala acción del matrimonio en la mayoría de los casos. Pero sólo resulta adecuado. Un millón de mujeres con hijos da 79 suicidios; si se relaciona esta cifra con la que expresa la correspondiente a las solteras de cuarenta y dos años, es decir, con 150, encontraremos que la casada, también en los casos en que es madre, no se beneficia más que con un coeficiente de preservación de 1.89, inferior en 35 por ciento al de las casadas que se hallan en igual condición.²⁴ Por lo que se refiere al suicidio, no se podría suscribir esta proposición de Bertillon: « cuando la mujer entra en la vida conyugal, gana más que el hombre con esa asociación, pero cuando se sale de ella, pierde, decae, necesariamente más que el hombre ».²⁵

III

La inmunidad que presentan los casados en general se debe en un sexo por entero, y en el otro, en la mayor parte, a la

²⁴ Una diferencia análoga se encuentra entre el coeficiente de los casados sin hijos y de las casadas sin hijos, y a veces es mucho más considerable. El segundo (0.67) es inferior al primero (0.5) en un 66 por ciento. La presencia de los hijos hace ganar a la mujer la mitad del terreno que pierde casándose, es decir, que si se beneficia menos que el hombre en el matrimonio, le aprovecha, por el contrario, mucho más que a él la familia, o sean los hijos. Es más sensible que él a su bienhechora influencia.

²⁵ Artículo « Mariage », *Dict. encycl.*, segunda serie, t. V, p. 36..

acción no de la sociedad conyugal, sino de la sociedad familiar. Sin embargo, hemos visto que aún en el caso de que no tengan hijos, los hombres resultan protegidos, cuando menos, en la relación de 1 a 1.5. Una economía de 50 suicidios por 150, o de 33 por ciento, si bien está por debajo de la que se produce cuando la familia se halla completa, no es ni mucho menos una cantidad despreciable e importa averiguar a qué causa se debe. ¿Procede de los especiales beneficios que el matrimonio rinde al sexo masculino, o es más bien un efecto de la selección matrimonial? Si hemos podido demostrar que esta última no desempeña el papel capital que se le atribuye, no se ha probado, sin embargo, que carezca en absoluto de influencia.

Un hecho parece a primera vista fundamentar esta hipótesis. Sabemos que el coeficiente de preservación de los casados sin hijos sobrevive en parte al matrimonio; decae solamente de 1.5 a 1.2. Esta inmunidad de los viudos sin hijos, que sólo por sí misma puede imputarse a la viudez, no es de naturaleza bastante para disminuir la inclinación al suicidio, sino que puede, por el contrario, reforzarla. Resulta de una causa anterior que por lo tanto no parece ser el matrimonio, puesto que continúa obrando aun después que aquél se ha disuelto por la muerte de la mujer. Pero en este caso, ¿no consistirá esta causa en alguna cualidad nativa de los esposos, que la selección conyugal se limitaría a hacer aparecer y no a crear? Como existiría con anterioridad al matrimonio y sería independiente de él, resulta natural que dure más que aquél. Si la población de los casados es una *élite*, lo mismo ocurre con la de los viudos. Es verdad que esta superioridad congénita produce menores efectos en los últimos, porque están protegidos en menor grado contra el suicidio. Pero se concibe que la conmoción de la viudez pueda neutralizar en parte esta influencia preventiva y le impida producir todos sus resultados.

Para que esta explicación pueda aceptarse, sería preciso que tuviera aplicación en los dos sexos. Y así se debería encontrar

en las mujeres casadas algunas huellas, cuando menos, de esta predisposición natural, que en igualdad de condiciones las preservaría del suicidio, más que a las solteras. El hecho de que en los casos de falta de hijos se maten más que las solteras de la misma edad, es muy poco conciliable con la hipótesis que las supone dotadas, desde su nacimiento, de un coeficiente personal de preservación. Sin embargo, pudiera admitirse que este coeficiente existe, tanto para la mujer como para el hombre, pero que se anula por completo por la acción funesta que el matrimonio ejerce sobre la constitución moral de la esposa mientras dura éste. Pero si los efectos no estuviesen más que contenidos y enmascarados por la especie de decadencia moral que sufre la mujer al entrar en la sociedad conyugal, debería reaparecer cuando ésta se disuelve, es decir, en la viudez. Debería verse entonces a la mujer, desembarazada del yugo matrimonial que la deprimía, recuperar todas sus ventajas y afirmar, en fin, su superioridad nativa sobre la de sus congéneres que no pudieron contraer matrimonio. En otros términos, la viuda sin hijos, en relación con las solteras, debería tener un coeficiente de preservación que se aproximase por lo menos a aquel de que goza el viudo sin hijos. No ocurre así precisamente. Un millón de viudas sin hijos produce anualmente 322 suicidios; un millón de solteras de sesenta años (media de edad de las viudas) produce un número comprendido entre 189 y 204, o sea alrededor de 196. El primero de estos números es al segundo como 100 es a 60. Las viudas sin hijos tienen, pues, un coeficiente por debajo de la unidad, es decir, un coeficiente de agravación; es igual a 0.60 y ligeramente inferior al de las casadas sin hijos (0.67). En consecuencia, no es el matrimonio el que impide a estas últimas manifestar por el suicidio el alejamiento natural que se les atribuye.

Se responderá, quizá, que lo que impide el restablecimiento de estas felices cualidades, cuyas manifestaciones ha suspendido el matrimonio, es que la viudez significa para la mujer un

estado todavía peor. Es una idea muy extendida, en efecto, que la viuda se encuentra en una situación más crítica que el viudo. Se insiste sobre las dificultades económicas y morales contra las que se ve obligada a luchar, cuando le es preciso subvenir por sí misma a su existencia, y sobre todo a las necesidades de una familia. Incluso se ha creído que esta opinión estaba demostrada por los hechos. Según Morselli,²⁶ la estadística debería demostrar que la mujer en la viudez está menos alejada del hombre que durante el matrimonio, por lo que a la aptitud para el suicidio se refiere, y que casada se aproxima más, desde este punto de vista, al sexo masculino que cuando es soltera. Y resultaría que no existe para ella una más detestable condición. En apoyo de esta tesis, Morselli cita las siguientes cifras que sólo se refieren a Francia, pero que con ligeras variantes pueden observarse en todos los pueblos de Europa:

AÑOS	PARTE DE CADA SEXO en 100 suicidios de casados		PARTE DE CADA SEXO en 100 suicidios de viudos	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
	— Por 100	— Por 100	— Por 100	— Por 100
1871.....	79	21	71	29
1872.....	78	22	68	32
1873.....	79	21	69	31
1874.....	74	26	57	43
1875.....	81	19	77	23
1876.....	82	18	78	22

La parte de la mujer en los suicidios cometidos por ambos sexos en estado de viudez, parece ser, en efecto, mucho más considerable que en los suicidios de casados. ¿No es ésta la prueba de que la viudez le resulta a ella mucho más penosa que el matrimonio? Si es así, no hay nada de asombroso en que

²⁶ *Op. cit.*, p. 342.

una vez viuda, los buenos efectos de su naturaleza estén impedidos para manifestarse mucho más que antes.

Desgraciadamente esta pretendida ley reposa sobre un error de hecho. Morselli ha olvidado que había en todas partes doble número de viudas que de viudos. En Francia, en números redondos, hay dos millones de las primeras, y sólo un millón de los segundos. En Prusia, según el censo de 1890, se encuentran 450 000 de los unos y 1 319 000 de las otras; en Italia 571 000 de una parte y 1 322 000 de otra. En estas condiciones es natural que la contribución de las viudas sea mucho más elevada que la de las esposas, que se encuentran evidentemente en un número igual al de los maridos. Si se desea que la comparación reporte alguna enseñanza, es preciso reducir a la igualdad a ambas clases. Al tomarse esta precaución se obtienen resultados contrarios a los hallados por Morselli. A la media de edad de los viudos, es decir, a los sesenta años, un millón de casadas da 15 suicidios, y un millón de casados 577. La proporción de las mujeres es de un 21 por ciento. Disminuye considerablemente en la viudez. En efecto, un millón de viudas da 210 casos, un millón de viudos 1 017; de donde se sigue que por cada 100 suicidios de viudos de ambos sexos, las mujeres no cuentan más que 17. Por el contrario, la parte de los hombres se eleva de 69 a 83 por ciento. Así, al pasar del matrimonio a la viudez, el hombre pierde más que la mujer, puesto que no conserva ciertas ventajas debidas al estado conyugal. No hay pues razón alguna para suponer que este cambio de situación sea menos pernicioso y menos perturbador para el hombre que para la mujer; ocurre todo lo contrario. Se sabe, por otra parte, que la mortalidad de los viudos supera en mucho a la de las viudas y lo mismo ocurre con la nupcialidad. La de los primeros es en cada edad tres o cuatro veces mayor que la de los solteros, mientras que la de las segundas es sólo ligeramente superior a la de las solteras. La mujer pone tanta frialdad en reincidir en las segundas nupcias, como ardimiento pone el

hombre.²⁷ Otra cosa ocurriría si, desde este punto de vista, su condición de viudo le fuera soportable, y si, por el contrario, la mujer tuviese al sostenerla tantas dificultades como se dicen.²⁸

Si no hay nada en la viudez que paralice especialmente los dones naturales que tiene la mujer por el hecho de ser una elegida del matrimonio y si éstos no testimonian entonces su presencia por ningún signo apreciable, falta el motivo para suponer que existen. La hipótesis de la selección matrimonial no se aplica íntegramente al sexo femenino.

Nada autoriza a pensar que la mujer llamada al matrimonio posea una constitución privilegiada que la inmunice en cierta medida contra el suicidio. En consecuencia, la misma suposición es muy poco fundada por lo que concierne al hombre. Este coeficiente de 1.5, con que se benefician los casados sin hijos, no procede de que pertenezcan a la parte más sana de la población; no puede ser más que un efecto del matrimonio. Es preciso admitir que la sociedad conyugal, tan perniciosa para la mujer, es, por el contrario, beneficiosa para el hombre aun en el caso de ausencia de hijos. Los que entran a formar parte de ella no constituyen una aristocracia de nacimiento; no llevan al matrimonio un temperamento que los aparte del suicidio; adquieren este temperamento viviendo la vida conyugal. Si tienen algunas prerrogativas naturales, son muy vagas e indeterminadas, y permanecen sin efecto hasta que se producen en determinadas condiciones. Tan verdad es esto que el suicidio

²⁷V. Bertillon, «Les célibataires, les veufs» etc., *Rev. scient.*, 1879.

²⁸Morselli invoca igualmente en apoyo de su tesis el hecho de que a continuación de las guerras los suicidios de las viudas sufren un alza mucho más considerable que los de solteras o de casadas. Ocurre sencillamente que en ese momento la población de viudas crece en proporciones excepcionales, y es natural que produzca más suicidios y que esta elevación persista hasta que el equilibrio se restablezca y las diferentes categorías del estado civil vuelvan a su nivel normal.

depende principalmente más que de cualidades congénitas de los individuos, de causas exteriores a ellos y que los dominan.

Sin embargo, queda por resolver una última dificultad. Si ese coeficiente de 1.5 se debe al matrimonio, con independencia de la familia, ¿de dónde procede el hecho de que le sobreviva y se encuentre, aunque sólo sea bajo una forma atenuada (1.2), en los viudos sin hijos? Si se desecha la teoría de la selección matrimonial que explicaba esta supervivencia, ¿cómo reemplazarla?

Basta con suponer que los hábitos, los gustos, las tendencias, contraídas durante el matrimonio, no desaparecen una vez que se disuelve; y nada hay más natural que esta hipótesis. Si el hombre casado, aun cuando no tenga hijos, se aleja relativamente del suicidio, es inevitable que guarde algo de este sentimiento cuando se encuentre viudo. Sólo que como la viudez no se produce sin un cierto desequilibrio moral y toda ruptura de equilibrio lleva al suicidio como demostraremos después, estas disposiciones se mantienen débilmente. En sentido inverso, pero por la misma razón, como la esposa estéril se mata más que la soltera, conserva una vez viuda la misma fuerte inclinación, sólo que un poco más reportada a causa de la perturbación y de la adaptación que lleva siempre consigo la viudez. Sin embargo, como los malos efectos que el matrimonio producía en ella, le hacen más fácil este cambio de estado, la agravación es muy ligera. El coeficiente disminuye tan sólo en algunas centésimas (0.60 en lugar de 0.67).²⁹

²⁹Cuando hay prole, la baja que experimentan los dos sexos, por influjo de la viudez, es casi la misma. El coeficiente de los casados con hijos es de 2.9 y llega a ser de 1.6. El de las mujeres en iguales condiciones pasa de 1.89 a 1.06. La disminución es de un 45 por ciento para los primeros; de un 44 por ciento para las segundas. Y es que, como ya hemos dicho, la viudez produce dos clases de efectos, y perturba: 1º la sociedad conyugal; 2º la sociedad familiar. La primera perturbación es mucho menos sentida por la mujer que por el hombre, precisamente

Esta explicación la confirma el hecho de que sólo es un caso particular de una proposición más general, que puede formularse en esta forma: *En una misma sociedad, la tendencia al suicidio en el estado de viudez es, para cada sexo, función de la tendencia al suicidio que tiene el mismo sexo en el estado matrimonial.* Si el marido está fuertemente preservado también lo está el viudo, aunque en una medida menor; si el primero está débilmente apartado del suicidio, el segundo no lo está o lo está muy poco. Para asegurarse de la exactitud de este teorema, basta con remitirse a los cuadros XX y XXI y a las conclusiones de ellos deducidas. Allí hemos visto que un sexo está siempre más favorecido que el otro, tanto en el matrimonio como en la viudez. Así, aquel de los dos que resulta privilegiado, con relación al otro, en la primera de estas situaciones, conserva su privilegio en la segunda. En Francia los casados tienen un mayor coeficiente de preservación que las casadas; el de los viudos es igualmente más elevado que el de las viudas. En Oldemburgo ocurre todo lo contrario entre los casados; la mujer goza de una mayor inmunidad que el hombre. La misma inversión se produce entre viudos y viudas.

Pero como los dos casos expuestos podrían pasar con justicia por una prueba insuficiente, y como, por otra parte, las publicaciones estadísticas no nos proporcionan los elementos necesarios para comprobar nuestra proporción en otros países, recurrimos al procedimiento que sigue, a fin de ampliar el campo de nuestras comparaciones; hemos calculado separadamente la cifra de los suicidios para cada grupo de edad y de estado

porque le reporta menos provecho el matrimonio. Pero, en compensación, la segunda lo es más, pues es frecuentemente más difícil sustituir al esposo en la dirección de la familia, que reemplazarla a ella en sus funciones domésticas. Cuando hay hijos se produce una especie de compensación, que hace que la tendencia al suicidio en los dos sexos varíe, por efectos de la viudez, en las mismas proporciones. Es, sobre todo cuando no hay hijos, cuando la mujer viuda gana una parte del terreno que había perdido en el estado matrimonial.

civil, en el departamento del Sena, de una parte, y en el resto de los departamentos reunidos, de otra. Los dos grupos sociales, aislados así el uno del otro, son lo bastante diferentes para que haya lugar a esperar que la comparación sea instructiva. Y en efecto, la vida de familia obra allí de un modo muy diferente sobre el suicidio (v. cuadro XXII).

CUADRO XII

Comparación de las cifras de suicidios por millón de habitantes, de cada grupo de edad y de estado civil, en el Sena y en provincias (1889-1891).

HOMBRES (Provincias)				Coeficientes de preservación con relación a los solteros		MUJERES (Prov.)			Coeficientes de preservación con relación a las solteras	
EDAD	Solteros	Casados	Viudos			Solteras	Casadas	Viudas		
				De casados	De viudos				De casadas	De viudas
15-20.....	100	400		0,25		67	36	375	1,86	0,17
20-25.....	214	95	153	2,25	1,39	95	52	76	1,82	1,25
25-30.....	365	103	373	3,54	0,97	122	64	156	1,90	0,78
30-40.....	590	202	511	2,92	1,15	101	74	174	1,36	0,58
40-50.....	976	295	633	3,30	1,54	147	95	149	1,54	0,98
50-60.....	1.445	470	852	3,07	1,69	178	136	174	1,30	1,02
60-70.....	1.790	582	1.047	3,07	1,70	163	142	221	1,14	0,73
70-80.....	2.000	664	1.252	3,01	1,59	200	191	233	1,04	0,85
Mayores....	1.458	762	1.129	1,91	1,29	160	108	221	1,48	0,72
Medias de coeficientes de preservación.....				2,88	1,45	Medias de coeficientes de preservación.....			1,49	0,78
HOMBRES (Sena)						MUJERES (Sena)				
15-20.....	280	2.000		0,14		224	64		3,06	
20-25.....	487	128		3,80		196			3,18	1,10
25-30.....	599	298	714	2,01	0,83	328	103	296	1,80	0,75
30-40.....	879	436	912	1,99	0,95	281	156	373	1,64	1,23
40-50.....	985	808	1.459	1,21	0,67	357	217	289	1,29	1,11
50-60.....	1.366	1.152	2.321	1,18	0,58	456	353	410	1,29	1,11
60-70.....	1.500	1.559	2.902	0,96	0,51	515	471	637	1,00	0,80
70-80.....	1.783	1.741	2.082	1,02	0,85	326	677	464	0,48	0,70
Mayores....	1.923	1.111	2.089	1,73	0,92	508	277	591	1,83	0,85
Medias de coeficientes de preservación.....				1,56	0,75	Medias de coeficientes de preservación.....			1,79	0,93

En los dos departamentos está mucho más preservado el marido que la mujer. El coeficiente del primero sólo descende cuatro veces por debajo de tres,³⁰ mientras que el de la mujer no llega nunca a dos; la media es en un caso de 2,88, y en el otro de 1,49. En el Sena ocurre lo contrario: el coeficiente para los casados es de una media de 1,56 solamente, mientras que para las mujeres es de 1,79.³¹ Se encuentra exactamente la misma inversión entre viudos y viudas. En provincias el coeficiente medio de los viudos es elevado (1,45), el de las viudas es muy inferior (0,78). En el Sena, por el contrario, es el segundo el que predomina: se eleva a 1,93, muy cerca de la unidad, mientras que el otro descende a 0,75. Así, cualquiera que sea el sexo favorecido, la viudez sigue regularmente al matrimonio.

Hay más; si se busca en virtud de qué relación el coeficiente de los casados varía de un grupo social a otro y se practica en seguida la misma investigación, se hallan para los viudos los sorprendentes resultados que siguen:

$$\frac{\text{Coeficiente de casados de provincias} \dots}{\text{Coeficiente de casados del Sena} \dots} = \frac{2,88}{1,56} = 1,84$$

$$\frac{\text{Coeficiente de viudos de provincias} \dots}{\text{Coeficiente de viudos del Sena} \dots} = \frac{1,45}{0,75} = 1,93$$

³⁰Se puede ver en el cuadro XXII que en París, como en provincias, el coeficiente de los casados menores de veinte años está por debajo de la unidad; es decir, que hay para ellos agravación. Es esta una confirmación de la ley enunciada precedentemente.

³¹Se ve que cuando el sexo femenino es el más favorecido por el matrimonio, la desproporción es mucho menor que cuando es el esposo el que tiene la ventaja; nueva confirmación de lo observado en otro lugar.

y para las mujeres:

EL SUICIDIO

$$\frac{\text{Coeficiente de casadas del Sena}}{\text{Coeficiente de casadas de provincias . . .}} = \frac{1,70}{1,49} = 1,20$$

$$\frac{\text{Coeficiente de viudas del Sena}}{\text{Coeficiente de viudas de provincias . . .}} = \frac{0,93}{0,78} = 1,19$$

Las relaciones numéricas son iguales para cada sexo en algunas centésimas de unidad, aproximadamente; para las mujeres la igualdad es casi absoluta. Y así, no solamente cuando el coeficiente de los casados se eleva o desciende el de los viudos hace lo mismo, sino que todavía crece o decrece exactamente en igual medida. Estas relaciones pueden expresarse bajo una forma todavía más demostrativa de la ley que hemos enunciado. Ellas implican, en efecto, que por todas partes, cualquiera que sea el sexo, la viudez disminuye la inmunidad de los casados, siguiendo una relación constante:

$$\frac{\text{Casados de provincias}}{\text{Viudos de provincias}} = \frac{2,88}{1,45} = 1,98 \quad \frac{\text{Casados del Sena . . .}}{\text{Viudos del Sena}} = \frac{1,56}{0,75} = 2,00$$

$$\frac{\text{Casadas de provincias}}{\text{Viudas de provincias}} = \frac{1,49}{0,78} = 1,91 \quad \frac{\text{Casadas del Sena}}{\text{Viudas del Sena}} = \frac{1,79}{0,93} = 1,92$$

El coeficiente de viudos es aproximadamente la mitad del de casados. No hay, pues, ninguna exageración al decir que la aptitud de los viudos para el suicidio es función de la aptitud correspondiente de los casados; en otros términos, la primera es, en parte, una consecuencia de la segunda. Pero entonces, puesto que el matrimonio, aun en la ausencia de hijos, preserva al marido, no es sorprendente que el viudo conserve algo de esta ventajosa disposición.

Al mismo tiempo que resuelve la cuestión que nos habíamos planteado, este resultado ilumina algo la naturaleza de la viudez. Nos enseña, en efecto, que la viudez no es por sí misma una condición irremediablemente mala. Ocurre con frecuencia que resulta mejor que el celibato. La verdad es que la constitución moral de los viudos y de las viudas no tiene nada de específico, sino que depende de la de las gentes casadas del mismo sexo y el mismo país, y sólo es una prolongación de ésta. Decidme cómo, en una sociedad dada, afectan a hombres y mujeres el matrimonio y la vida de familia, y yo os diré lo que es la viudez para los unos y para las otras. Encontramos, pues, por una dichosa compensación, que allí donde el matrimonio y la sociedad doméstica se encuentran en buen estado, si la crisis que produce la viudez es más dolorosa, se está peor dotado para hacerla frente; en sentido inverso, es menos grave cuando la constitución matrimonial y familiar deja más que desear, pero en compensación se está mejor dotado para resistirla. Así, en las sociedades en que el hombre se beneficia con la familia más que la mujer, sufre más que ésta cuando se queda solo, pero, al mismo tiempo, se halla en mejor estado para soportar este sufrimiento, porque las saludables influencias que ha recibido le hacen más refractario a las resoluciones desesperadas.

IV

El cuadro que sigue resume los hechos que acabamos de establecer.³²

³²M. Bertillon (artículo citado de la *Revue scientifique*) había dado ya la cifra de los suicidios para las diferentes categorías de estado civil, según que hubiese o no hijos. Véanse los resultados que ha encontrado:

Estas cifras se refieren a los años 1861-1868. Admitiendo el crecimiento general de los suicidios, confirman las halladas por nosotros. Pero como la ausencia de un cuadro análogo a nuestro cuadro XXI no

Influencia de la familia sobre el suicidio en cada sexo.

HOMBRES	Cifra de los suicidios	Coefficiente de preservación con relación a los celibes.	MUJERES	Cifra de los suicidios	Coefficiente de preservación con relación a las celibas.
Solteros de 45 años...	975		Solteras de 42 años...	150	
Casados con hijos....	336	2,9	Casadas con hijos....	79	1,89
Casados sin hijos.....	644	1,5	Casadas sin hijos.....	221	0,67
Solteros de 60 años...	1.504		Solteras de 60 años...	196	
Viudos con hijos.....	937	1,6	Viudas con hijos.....	186	1,06
Viudos sin hijos.....	1.258	1,2	Viudas sin hijos.....	322	0,60

Resulta de este cuadro, y de los datos que preceden, que el matrimonio ejerce sobre el suicidio la acción preservativa que le es propia, pero ésta es muy restringida, y además no actúa más que en provecho de un solo sexo. Por útil que haya sido determinar la existencia de la misma —y ya se comprenderá mejor esta utilidad en un próximo capítulo—,³³ resulta que el factor esencial de la inmunidad de las gentes casadas es la fami-

Casados con hijos.	205	suicidios por millón.	Viudos con hijos.	526
— sin hijos.	478	—	— sin hijos.	1.004
Casadas con hijos.	45	—	Viudas con hijos.	104
— sin hijos.	158	—	— sin hijos.	238

permite comparar a los casados y viudos con los solteros de la misma edad, no se puede sacar ninguna conclusión precisa, relativa a los coeficientes de preservación. Por otra parte, nos preguntamos si se refieren al país íntegramente. Se nos asegura, en efecto, en la oficina de la Estadística de Francia, que la distinción entre casados sin hijos y casados con hijos no ha sido jamás hecha antes de 1886 en los censos, salvo en 1855 para los departamentos, a excepción del Sena.

³³V. libro II, cap. V, 3.

lia, es decir, el grupo completo formado por los padres y los hijos. Sin duda, como los esposos son miembros de ella, contribuyen también, por su parte, a producir este resultado, sólo que no como marido o como mujer, sino como padre o como madre, como elemento de la asociación familiar. Si la desaparición de uno de ellos acrece los riesgos de matarse del otro, no es porque los lazos que unían personalmente a ambos se hayan roto, sino porque resulta de ello una perturbación para la familia, cuyo superviviente sufre el golpe. Reservándonos el estudiar después la acción especial del matrimonio, diremos que la sociedad doméstica, igual que la sociedad religiosa, es un poderoso medio de preservación contra el suicidio.

Esta preservación es mucho más completa cuanto más densa es la familia, o sea cuando comprende un mayor número de elementos.

La proposición que antecede ha sido ya enunciada y demostrada por nosotros en un artículo de la *Revue philosophique*, aparecido en noviembre de 1888. Pero la insuficiencia de los datos estadísticos que teníamos entonces a nuestra disposición, no nos permitió hacer la prueba con todo el rigor que hubiéramos deseado. En efecto, ignorábamos cuál era el medio efectivo de los hogares con familia, tanto en Francia en general, como en cada departamento. Supusimos que la densidad familiar dependía únicamente del número de hijos, y este número nos fue preciso estimarlo de una manera indirecta, por no estar indicado en el censo, sirviéndonos de lo que se llama en demografía el aumento fisiológico, es decir, el excedente anual de nacimientos sobre cada mil defunciones. Sin duda que esta sustitución no carecía de razones, pues allí donde el aumento es elevado, las familias, en general, no pueden dejar de ser densas. Sin embargo, la consecuencia no es necesaria y a menudo deja de producirse. Allí donde los hijos tienen el hábito de abandonar a sus padres pronto, ya sea para emigrar, ya para establecerse separadamente, o por otra causa, la densidad

de la familia no está en relación con su número. La casa puede estar desierta por muy fecundo que haya sido el hogar. Esto es lo que ocurre en los medios cultivados, en que el hijo es enviado fuera muy joven, para hacer o para acabar su educación, y en las regiones miserables en que una dispersión prematura se hace necesaria por las dificultades de la existencia. Inversamente, a pesar de una natalidad mediocre, la familia puede comprender un número suficiente y aun elevado de elementos, si los solteros adultos o los hijos casados continúan viviendo con sus padres y formando una sola sociedad doméstica. Por todas estas razones no se puede medir con cierta exactitud la densidad relativa de los grupos familiares, más que sabiendo cuál es su composición efectiva.

El censo de 1886, cuyos resultados no se han publicado hasta fin de 1888, nos la ha hecho conocer. Si, según las indicaciones que encontramos allí, buscamos la relación que existe entre el suicidio y el efectivo medio de las familias, en los diferentes departamentos franceses, nos encontramos con los siguientes resultados:

GRUPOS	Suicidios por millón de habitantes (1878-1887)	Efectivo medio de hogares con familia sobre 100 hogares (1886)
1.º (11 departamentos).....	De 430 a 380	347
2.º (6 departamentos).....	De 300 a 240	360
3.º (15 departamentos).....	De 230 a 180	376
4.º (18 departamentos).....	De 170 a 130	393
5.º (26 departamentos).....	De 120 a 80	418
6.º (10 departamentos).....	De 70 a 30	434

A medida que los suicidios disminuyen, la densidad familiar crece regularmente.

Si en lugar de comparar las medias analizamos el contenido de cada grupo, no hallaremos nada que no confirme esta suposición. En efecto, para Francia entera el efectivo medio es de treinta y nueve personas por diez familias. Si buscamos cuan-

tos departamentos hay por encima o por debajo de la media, en cada una de las seis clases, encontraremos que se componen de la manera siguiente:

GRUPOS	En cada grupo cuantos departamentos hay en relación de 1 por 100	
	Por debajo del efectivo medio	Por encima del efectivo medio
Primero.....	100	0
Segundo.....	84	16
Tercero.....	60	30
Cuarto.....	33	63
Quinto.....	19	81
Sexto.....	0	100

El grupo que cuenta con más suicidios no comprende más que departamentos en que el efectivo de la familia está por debajo de la media. Poco a poco, de la manera más regular, la relación se revierte hasta que la inversión se efectúa por completo. En la última clase en que los suicidios son raros, todos los departamentos tienen una densidad familiar superior a la media.

La región geográfica de menor densidad familiar tiene, sensiblemente, los mismos límites que la zona suicidógena. Ocupa, también, el norte y el este y se extiende hasta Bretaña, por un lado, y por el otro hasta el Loira. Por el contrario, en el este y en el sur, en que los suicidios son poco numerosos, la familia tiene, por lo general, un efectivo elevado. Esta relación se comprueba, asimismo, en ciertos detalles. En la región septentrional se encuentran dos departamentos que se distinguen por su mediocre aptitud para el suicidio: el norte y el Paso de Calais, y el hecho resulta más sorprendente si se tiene en cuenta que el norte es muy industrial y la gran industria favorece el suicidio. En estos dos departamentos la densidad familiar es muy elevada, a diferencia de todos los vecinos, donde es muy

baja. Al sur encontramos la misma zona oscura, formada por las bocas del Ródano, el Var y los Alpes Marítimos, y al oeste la misma zona clara, formada por la Bretaña. Las irregularidades constituyen la excepción y no son nunca bastante perceptibles; teniendo en cuenta la multitud de factores que pueden influir en un fenómeno de esta complejidad, una coincidencia tan general es significativa.

Igual relación inversa se encuentra en la manera de evolucionar en el tiempo de estos dos fenómenos. Desde 1826 el suicidio no deja de crecer y la natalidad de disminuir. Desde 1821 a 1830 la cifra era todavía de 308 nacimientos por 10 000 habitantes, y es de 240 durante el periodo 1881-1888, y en el intervalo el decrecimiento no se interrumpe. Al mismo tiempo, se observa en la familia una tendencia a fragmentarse y a dividirse cada vez más. De 1856 a 1886 el número de hogares crece en dos millones, en cifras redondas; pasa por una progresión regular y continua de 8 796 276 a 10 662 423. Y, sin embargo, durante el mismo intervalo de tiempo, la población no aumenta más que en dos millones de individuos. Por esto es por lo que cada familia tiene un pequeño número de miembros.³⁴

Así, los hechos están lejos de confirmar la concepción corriente, según la cual el suicidio se debe, principalmente, a las cargas de la vida, ya que disminuye en sentido contrario al aumento de estas cargas. Es esta una consecuencia del malthusianismo, que no previó su creador. Cuando recomendaba que se restringiera la extensión de las familias, creía que esta restricción era necesaria para el bienestar general, por lo menos en ciertos casos. En realidad es una fuente de malestar que disminuye en el hombre el deseo de vivir. No es cierto que las familias densas sean una especie de lujo que sólo el rico debe ofrecerse y con el que sólo puede pasar; son, por el contrario, el

³⁴*Dénombrement de 1886*, p. 106.

pan cotidiano, sin el cual no puede subsistir. Por pobre que se sea, y aun desde el solo punto de vista del interés personal, la peor de las colocaciones es aquella que consiste en transformar en capitales una parte de la descendencia.

Concuera este resultado con el que hemos obtenido recientemente. ¿De dónde proviene, en efecto, la influencia que tiene en el suicidio la densidad de la familia? No basta, para responder a esta pregunta, con acudir al factor orgánico; pues si la esterilidad absoluta es sobre todo un producto de causas fisiológicas, lo mismo ocurre con la fecundidad insuficiente que es con frecuencia voluntaria y que se relaciona con un cierto estado de opinión. Por lo demás, la densidad familiar, tal y como nosotros la evaluamos, no depende exclusivamente de la natalidad: hemos visto que allí donde los hijos son más numerosos puede existir la influencia de otros elementos y, en sentido inverso, que el número puede carecer de eficacia si no participan de un modo efectivo y continuo en la vida del grupo. Tampoco es preciso atribuir esta virtud preservadora a los sentimientos *sui generis* de los padres por sus descendientes inmediatos. Estos sentimientos, para ser por sí mismos eficaces, suponen un cierto estado de la sociedad doméstica. No pueden ser poderosos si la familia está desintegrada. El número de elementos de que se compone se determina por la inclinación al suicidio, porque la manera como funciona varía según sea más o menos densa. Ocurre, en efecto, que la densidad de un grupo no puede descender sin que su vitalidad disminuya; si los sentimientos colectivos tienen una energía particular, es porque la fuerza con que cada conciencia individual los experimenta refleja en todas las demás, y recíprocamente. La intensidad que alcanzan depende, pues, del número de conciencias que los sienten en común. Por eso ocurre que cuanto mayor es una muchedumbre más susceptibles de violencia son las pasiones que en ella se desencadenan. Por consecuencia, en el seno de una familia poco numerosa, los sentimientos, los recuerdos

comunes no pueden ser muy intensos, porque no hay bastantes conciencias para representárselos y reforzarlos, participando de ellos. No podrían formarse esas fuertes tradiciones que sirven de vínculos entre los miembros de un mismo grupo más que sobreviviéndoles y uniendo unas con otras las generaciones sucesivas. Por otra parte, las pequeñas familias son necesariamente efímeras, y sin duración no puede existir sociedad que sea consistente. No solamente los estados colectivos son débiles, sino que no pueden ser numerosos, pues su número depende de la actividad con que se cambian las visiones e impresiones y circulan de un sujeto a otro y, de otra parte, este cambio mismo es tanto más rápido cuantas más son las personas que participan de él. En una sociedad suficientemente densa esta circulación es ininterrumpida, porque hay siempre unidades sociales en contacto, mientras que si son raras, sus relaciones no pueden ser más que intermitentes, y hay momentos en que la vida común queda suspendida. Igualmente, cuando la familia es poco extensa hay siempre pocos parientes juntos; la vida doméstica languidece y vienen momentos en que está desierto el hogar.

Pero decir de un grupo que tiene una menor vida común que otro, es decir también que está integrado menos fuertemente: el estado de integración de un agregado social no hace más que reflejar la intensidad de la vida colectiva que por él circula. Es tanto más único y tanto más resistente cuanto más activo y más continuo es el comercio entre sus miembros. La conclusión a que hemos llegado puede completarse así: por lo mismo que la familia es un preservativo poderoso del suicidio preserva tanto mejor cuanto más poderosamente constituida está.³⁵

³⁵Acabamos de emplear la palabra densidad en un sentido muy diferente del que le damos de ordinario en sociología. Generalmente definimos la densidad de un grupo en función no de un número absoluto de

Si las estadísticas no fueran tan recientes, sería fácil demostrar, con auxilio del mismo método, que esta ley es aplicable a las sociedades políticas. En efecto, la historia nos enseña que el suicidio, que generalmente es raro en sociedades jóvenes,³⁶ en vías de evolución y de concentración, se multiplica, por el contrario, a medida que se desintegran. En Grecia, en Roma, aparece desde que la vieja organización de la ciudad vacila y los progresos que allí hace señalan las etapas sucesivas de la decadencia. El mismo hecho se hace notar en el imperio otomano. En Francia, en vísperas de la revolución, la perturbación que minaba a la sociedad como consecuencia de haberse descompuesto el antiguo sistema social, se tradujo en el brusco aumento de suicidios de que nos hablan los autores del tiempo.³⁷

Pero aparte de estos datos históricos, la estadística del suicidio, aunque no se remonte apenas más allá de los sesenta años últimos, nos suministra algunas pruebas de esta proposición, que tiene sobre las precedentes la ventaja de ser más precisa.

Se ha escrito muchas veces que las grandes conmociones

individuos asociados (esto es más bien lo que llamamos el volumen), sino del número de individuos que en volumen igual están efectivamente en relaciones (v. *Règles de la méthode social*, p. 139). Pero en el caso de la familia la distinción entre el volumen y la densidad carece de interés, porque a causa de las pequeñas dimensiones del grupo, todos los individuos asociados se hallan en relaciones efectivas.

³⁶No se confundan las sociedades jóvenes, llamadas a desenvolverse, con las sociedades inferiores; en estas últimas, al contrario, los suicidios son muy abundantes, como se verá en el capítulo siguiente.

³⁷Véase lo que escribía Helvetius en 1781: «El desorden financiero y el cambio de la constitución del Estado sembraron una general consternación. Lo prueban tristemente numerosos suicidios en la capital. » Tomamos esta cita de Legoyt, p. 35. Mercier, en su *Tableau de Paris* (1782), dice que en veinticinco años se han triplicado el número de los suicidios en París.

políticas multiplicaban los suicidios. Pero Morselli ha demostrado bien que los hechos contradicen esta opinión. Todas las revoluciones que han tenido lugar en Francia en el curso del siglo XIX, han disminuido el número de los suicidios en los momentos en que se han producido. En 1830 el total de los casos descende, de 1 904 en 1829, a 1 756, o sea una disminución brusca de cerca del 10 por ciento. En 1848 la regresión no es menos importante; el total anual pasa de 3 647 a 3 301. Después, durante los años 1848-1849, la crisis que acaba de agitar a Francia da la vuelta a Europa; en todas partes los suicidios disminuyen y la disminución es tanto más sensible, cuanto más grave y larga ha sido la crisis.

Así lo demuestra el cuadro siguiente:

	Dinamarca	Prusia	Baviera	Sajonia Real	Austria
1847.....	345	1.852	217	»	611 (en 1846)
1848.....	305	1.649	215	398	»
1849.....	337	1.527	189	328	452

En Alemania la conmoción ha sido mucho más viva que en Dinamarca y la lucha más larga que en Francia, donde en seguida se constituyó un nuevo gobierno; la disminución en los Estados alemanes se prolongó hasta 1849. En relación a este último año es de 13 por ciento en Baviera, de 18 por ciento en Prusia; en Sajonia, sólo en un año, de 1848 a 1849, es igualmente de 18 por ciento.

En 1851 no se reproduce el mismo fenómeno en Francia, como tampoco en 1852. Los suicidios quedan estacionarios.

Pero en París el golpe de Estado produce sus acostumbrados efectos, aunque se ha llevado a cabo en diciembre; la cifra de los suicidios disminuye de 483 en 1851, a 446 en 1852 (8

por ciento), y en 1853 continúan todavía en 463.³⁸ Este hecho llegaría a probar que esta revolución gubernamental ha conmovido mucho más a París que a las provincias, a las que parece haber dejado casi indiferentes. Por otra parte, de una manera general, la influencia de estas crisis es siempre más sensible en la capital que en los departamentos. En 1830, en París, la disminución ha sido de 13 por ciento (269 casos en lugar de 307 el año anterior, y de 359 el año siguiente); en 1848 de 32 por ciento (481 casos en lugar de 698).³⁹

El mismo resultado producen simples crisis electorales, a condición de que tengan alguna intensidad. Así en Francia, el calendario de los suicidios lleva la huella visible del golpe de Estado parlamentario del 16 de mayo de 1877 y de la eferescencia que produjo; así como de las elecciones que en 1889 pusieron fin a la agitación boulangista. Para tener la prueba de ello, basta comparar la distribución mensual de los suicidios durante esos dos años, con la de los años más cercanos.

	1876	1877	1878	1888	1889	1890
Mayo.....	604	649	717	924	919	819
Junio.....	662	692	682	851	829	822
Julio.....	625	540	693	825	818	888
Agosto.....	482	496	547	786	694	734
Septiembre.....	394	378	512	673	597	720
Octubre.....	464	423	468	603	648	675
Noviembre.....	400	413	415	589	618	571
Diciembre.....	389	386	335	574	482	475

Durante los primeros meses de 1877, el número de suicidios es superior al de 1876 (1 945 casos, de enero a abril, en vez de 1 784), y el alza persiste en mayo y junio. Sólo al fin de este último mes, es cuando se disuelven las Cámaras y está abierto

³⁸Según Legoyt, p. 252.

³⁹Según Masaryk, *Der Selbstmord*, p. 137.

el periodo electoral, de hecho, si no de derecho; verosímilmente es el momento en que las pasiones políticas estuvieron más excitadas, debiendo calmarse un poco luego por efecto del tiempo y de la fatiga.

También en julio los suicidios, en vez de continuar excediendo a los del año anterior, son inferiores en un 14 por ciento. Salvo una ligera detención en agosto, la disminución continúa, aunque en menor grado, hasta octubre, en la época en que la crisis tiene fin. En seguida que se termina, el movimiento ascensional, suspendido un instante, vuelve a comenzar. En 1889 el fenómeno es aún más marcado. A principios de agosto es cuando la Cámara se disuelve; la agitación electoral comienza en seguida y dura hasta fin de septiembre; entonces tienen lugar las elecciones. En agosto se produjo, con relación al mes correspondiente de 1888, una brusca disminución de 12 por ciento que se mantiene en septiembre, pero que cesa no menos súbitamente en octubre, es decir, en cuanto la lucha se da por terminada.

Las grandes guerras nacionales tienen la misma influencia que las perturbaciones políticas. En 1866 estalla la guerra entre Austria e Italia y los suicidios disminuyen en un 14 por ciento en uno y otro país:

	1865	1866	1867
Italia.....	678	588	657
Austria.....	1.464	1.265	1.407

En 1864 le había tocado el turno a Dinamarca y Sajonia. En este último Estado los suicidios, que eran 643 en 1863, descienden hasta 545 en 1864 (16 por ciento), para volver a 619 en 1865. Por lo que afecta a Dinamarca, como no tenemos el número de los suicidios en 1863, no podemos compararle al de 1864; pero sabemos que el total de este último año (411) es

el más bajo que ha alcanzado desde 1852. Y como en 1865 se elevan a 451, es muy probable que esa cifra de 411 atestigüe una seria disminución.

La guerra de 1870-1871 tuvo las mismas consecuencias en Francia y en Alemania:

	1869	1870	1871	1872
Prusia.....	3.186	2.963	2.723	2.950
Sajonia.....	710	657	653	687
Francia.....	5.114	4.157	4.490	5.275

Se podrá creer, tal vez, que esta disminución se debe a que, en tiempo de guerra, una parte de la población civil está en filas, y que en un ejército en campaña es bien difícil llevar la cuenta de los suicidios. Pero las mujeres contribuyen tanto como los hombres a esta disminución. En Italia los suicidios femeninos pasan de 130 en 1864, a 117 en 1866; en Sajonia, de 133 en 1863, a 120 en 1864 y 114 en 1865 (15 por ciento). En el mismo país, en 1870, el descenso no es menos sensible; de 130 en 1869, bajan a 114 en 1870 y continúan a este mismo nivel en 1871; la disminución es de 13 por ciento, superior a la que sufrían los suicidios masculinos en el mismo momento. En Prusia, mientras en 1869 se habían matado 616 mujeres, en 1871 no hubo más que 540 (13 por ciento). Por otra parte se sabe que los jóvenes en estado de tomar las armas no suministran más que un débil contingente al suicidio. Sólo seis meses de 1870 ha durado la guerra; en esta época y en tiempo de paz, un millón de franceses de veinticinco a treinta años han dado, lo más, un centenar de suicidios,⁴⁰ mientras que entre 1869 y 1870 la diferencia es de 1 057 casos de menos.

⁴⁰En efecto, en 1889-1891 el porcentaje anual en esa edad era tan sólo de 396; el porcentaje semestral de unos 200. De 1870 a 1890 el número de los suicidios en cada edad se ha duplicado.

Se ha preguntado también si este retroceso momentáneo no procedería de que, estando entonces paralizada la obra de la autoridad administrativa, la comprobación de los suicidios se hace con menos exactitud. Pero numerosos hechos demuestran que esta causa accidental no basta para explicar el fenómeno. En primer lugar está su gran generalidad. Se produce tanto en los vencedores como en los vencidos, lo mismo en los invasores que en los invadidos. Además, cuando la sacudida ha sido muy fuerte, los efectos se hacen sentir largo tiempo después que ha pasado. Los suicidios no vuelven a elevarse sino lentamente; transcurren algunos años antes de que tornen a su punto de partida; así sucede hasta en los países donde en tiempo normal aumentan regularmente cada año. Por otra parte, aunque sean posibles y aun probables omisiones parciales en esos momentos de perturbación, la disminución acusada por las estadísticas tiene demasiada constancia para que pueda atribuirse como su causa principal una distracción pasajera de la administración.

Pero la mejor prueba de que estamos en presencia no de un error de contabilidad, sino de un fenómeno de psicología social, es que no todas las crisis políticas o nacionales tienen esta influencia. Sólo actúan así las que agitan las pasiones. Ya hemos observado que nuestras revoluciones han afectado siempre más a los suicidios de París que a los de los departamentos; y sin embargo la perturbación administrativa era la misma en las provincias que en la capital. Sólo que esa clase de acontecimientos ha interesado siempre mucho menos a los provincianos que a los parisienses, porque era obra suya y asistían a ella más de cerca. Del mismo modo, mientras que las grandes guerras nacionales, como la de 1870-1871, han tenido, tanto en Francia como en Alemania, una potente acción sobre la marcha de los suicidios, guerras puramente dinásticas como las de Crimea o de Italia, que no han emocionado fuertemente a las masas, han quedado sin efecto apreciable. Más aún, en 1854 se produjo un alza importante (3 700 casos en vez de 3 415 en

1853). Se observa el mismo hecho en Prusia, cuando las guerras de 1864 y de 1866. Las cifras continuaban estacionarias en 1864 y suben un poco en 1866. Es que esas guerras eran debidas por completo a la iniciativa de los políticos y no habían suscitado las pasiones populares como la de 1870.

Desde este mismo punto de vista, es interesante observar que en Baviera el año 1870 no ha producido los mismos efectos que en los otros países de Alemania, sobre todo de Alemania del norte. Se han contado allí más suicidios en 1870 que en 1869 (452 en lugar de 425). Sólo en 1871 es cuando se produjo una ligera disminución; ésta se acentúa un poco en 1872, donde no hay más que 412 casos, lo que por otra parte sólo hace una baja de 9 por ciento respecto a 1869 y de 4 por ciento respecto a 1870. Sin embargo, Baviera ha tomado la misma parte material que Prusia en los acontecimientos militares; ha movilizado igualmente todo un ejército y no hay razón para que el desorden administrativo haya sido allí menor. Sólo que no ha tomado en los acontecimientos la misma parte moral. En efecto, se sabe que la católica Baviera es, de toda Alemania, el país que ha vivido siempre más su vida propia y se ha mostrado más celoso de su autonomía. Ha intervenido en la guerra por la voluntad de su rey, pero sin entusiasmo. Ha resistido mucho más que los otros pueblos aliados al gran movimiento social que agitaba entonces a Alemania; por eso las resultas se hicieron sentir en ella más tarde y más débilmente. El entusiasmo sólo vino después y fue moderado. Fue preciso el viento de gloria que corrió por Alemania después del éxito de 1870 para calentar un poco a Baviera, hasta entonces fría y recalcitrante.⁴¹

⁴¹Y aún no es muy seguro que esta disminución de 1872 haya tenido por causa los acontecimientos de 1870. En efecto, fuera de Prusia la depresión de los suicidios se ha hecho apenas sentir más allá del periodo de la misma guerra. En Sajonia la baja de 1870, que no es por

A este hecho se le puede aproximar el siguiente, que tiene la misma significación. En Francia, durante los años 1870-1871, sólo en las ciudades es donde ha disminuido el suicidio:

Las comprobaciones deberían ser más difíciles aún en el campo que en las ciudades. La verdadera razón de esta diferencia está, pues, en otra parte. Es que la guerra no ha producido toda su acción moral sino sobre la población urbana, más sensible, más impresionable y, también, mejor informada de los acontecimientos que la población rural.

	SUICIDIOS POR UN MILLÓN DE HABITANTES DE LA	
	Población urbana	Población rural
1866-69.....	202	104
1870-72.....	161	110

Esos hechos no se explican más que de una manera, y es porque las grandes conmociones sociales, como las grandes guerras populares, avivan los sentimientos colectivos, estimulan tanto el espíritu de partido como el patriotismo, la fe política, como la fe nacional y, conectando las actividades a un mismo fin, determinan, al menos por cierto tiempo, una integración más fuerte de la sociedad. No es a la crisis a la que se debe la saludable influencia cuya existencia acabamos de establecer,

otra parte más que de un 8 por ciento, no se acentúa en 1871 y cesa en 1872 casi completamente. En el Ducado de Baden la disminución se ha limitado a 1870; 1871, con 244 casos, excede a 1869 en un 10 por ciento. Parece, pues, que Prusia ha sido la sola atacada de una especie de euforia colectiva después de la victoria. Los otros estados fueron menos sensibles al provecho de gloria y de poderío que resulta de la guerra, y una vez pasada la gran angustia nacional, las pasiones sociales entraron en reposo.

sino a las luchas de que esta crisis es causa. Como ellas obligan a los hombres a asociarse para hacer cara al peligro general, el individuo piensa menos en sí y más en la idea común. Por otra parte, se comprende que esta integración puede no ser puramente momentánea, y que sobrevive muchas veces a las causas que la han suscitado inmediatamente, sobre todo cuando es intensa.

VI

Hemos establecido, sucesivamente, las tres proporciones que siguen:

El suicidio varía en razón inversa del grado de desintegración de la sociedad: *religiosa, doméstica y política.*

Esta proximidad demuestra que, si esas diferentes sociedades tienen sobre el suicidio una influencia moderadora, no es por consecuencia de caracteres particulares de cada una de ellas, sino por una causa que es común a todas. No es a la naturaleza especial de los sentimientos religiosos a lo que la religión debe su eficacia, puesto que las sociedades domésticas y las sociedades políticas, cuando están fuertemente integradas, producen los mismos efectos; por otra parte esto es lo que hemos demostrado ya al estudiar directamente la manera cómo actúan sobre el suicidio las distintas religiones.⁴² No es lo que tienen de específico los casos políticos o los domésticos lo que puede explicar la inmunidad que confieren, puesto que la sociedad religiosa tiene el mismo privilegio. La causa no puede encontrarse más que en una misma propiedad que poseen todos esos grupos sociales, aunque tal vez en grados diferentes.

⁴²Véase antes.

Llegamos, pues, a esta conclusión general: El suicidio varía en razón inversa del grado de desintegración de los grupos sociales de que forma parte el individuo.

Pero la sociedad no puede desintegrarse sin que, en la misma medida, no se desprenda el individuo de la idea social, sin que los fines propios no lleguen a preponderar sobre los fines comunes, sin que la personalidad particular, en una palabra, no tienda a ponerse por encima de la personalidad colectiva. Cuanto más debilitados son los grupos a que pertenece, menos depende de ellos, más se exalta a sí mismo para no reconocer otras reglas de conducta que las fundadas en sus intereses privados. Así pues, si se conviene en llamar egoísmo a ese estado en que el yo individual se afirma con exceso frente al yo social y a expensas de este último, podremos dar el nombre de egoísta al tipo particular de suicidio que resulta de una individuación desintegrada.

¿Pero cómo puede tener tal origen el suicidio?

Por lo pronto se podría hacer observar que siendo la fuerza colectiva uno de los obstáculos que mejor pueden contenerle, no puede aquélla debilitarse sin que éste se desarrolle. Cuando la sociedad está fuertemente integrada tiene a los individuos bajo su dependencia, considera que están a su servicio y, por consiguiente, no les permite disponer de sí mismos a su antojo. Se opone, pues, a que eludan, por la muerte, los deberes que con ella tienen. Pero cuando rehúsan aceptar como legítima esta subordinación, ¿cómo puede aquélla imponer su supremacía? No tiene entonces la autoridad necesaria para retenerlos, si quieren desertar de su puesto y, consciente de su debilidad, llega hasta reconocerles el derecho de hacer libremente lo que ya no puede impedir. En cuanto se admite que son los dueños de sus destinos, a ellos les corresponde señalar el término de los mismos. Les falta, por otra parte, una razón para soportar con paciencia las miserias de la vida. Porque cuando son solidarios de un grupo que aman, para no faltar a intereses ante los

cuales están habituados a inclinar los suyos, ponen más obstinación en vivir. El lazo que les liga a la causa común les une a la vida, y, por otra parte, el elevado objetivo sobre el que tienen fijos los ojos, les impide sentir tan vivamente las contrariedades privadas. En fin, en una sociedad coherente y vivaz hay, de todos a cada uno y de cada uno a todos, un continuo cambio de ideas y sentimientos y como una mutua asistencia moral, que hace que el individuo, en vez de estar reducido a sus solos esfuerzos, participe de la energía colectiva y acuda a ella para reconfortar la suya cuando esté gastada.

Pero estas razones son secundarias. El individualismo excesivo no tiene tan sólo por resultado favorecer la acción de las causas suicidógenas: es, por sí mismo, una causa de ese género. No sólo desembaraza de un obstáculo útilmente molesto a la inclinación que impulsa a los hombres a matarse, sino que crea por completo esta inclinación dando así nacimiento a un suicidio especial en el que deja su huella. Esto es lo que importa comprender, porque es lo que confiere naturaleza propia al tipo de suicidio que acaba de ser designado, y lo que justifica el nombre que le hemos dado. ¿Qué hay, pues, en el individualismo que pueda explicar ese resultado?

Se ha dicho algunas veces que, en virtud de su constitución psicológica, el hombre no puede vivir si no se consagra a un fin que le exceda y que le sobreviva, y se ha dado como razón de esta necesidad la precisión que tenemos de no perecer por completo. Se dice que la vida no es tolerable sino cuando se vislumbra en ella alguna razón de ser, cuando tiene un objeto que valga la pena. El individuo, por sí solo, no es un fin suficiente para su actividad. Es muy poca cosa. No solamente está limitado en el espacio, sino que lo está estrechamente en el tiempo. Así, pues, cuando no tenemos más objetivo que nosotros mismos, no podemos escapar a la idea de que nuestros esfuerzos están destinados finalmente a perderse en la nada, puesto que a ella debemos ir a parar. Pero el aniquilamiento nos

horroriza. En estas condiciones, no se podría tener valor para vivir, es decir, para obrar y luchar, porque de todo el esfuerzo que se haga no debe quedar nada. En una palabra, el estado de egoísmo se encuentra en contradicción con la naturaleza humana y, por consiguiente sería demasiado precario para tener probabilidades de durar.

Pero bajo esta forma absoluta, la proposición es muy discutible. Si verdaderamente la idea de que nuestro ser debe tener un fin nos fuera tan odiosa, no podríamos consentir en vivir más que a condición de haber cegado y de tomar partido contra el valor de la vida. Porque si es posible ocultar, en cierta medida, la vista de la nada, no podemos impedir que exista y hágase lo que se quiera es inevitable. Podemos desde luego retroceder al límite de algunas generaciones, hacer de suerte que nuestro nombre dure algunos años o algunos siglos más que nuestro cuerpo; siempre llegará su día, muy pronto para el común de los hombres, en que nada quedará de él. Porque los grupos a los que así nos ligamos a fin de poder, por su mediación, prolongar nuestra existencia, son ellos mismos mortales; están también destinados a disolverse, llevándose consigo todo lo que hayamos puesto en ellos de nosotros mismos. Son infinitamente raros aquellos cuyo recuerdo está lo bastante ligado a la humanidad para estar seguros de durar tanto como él. Así pues, si tuviéramos realmente tal sed de inmortalidad, no serían unas perspectivas tan cortas las que nos podrían servir para satisfacerle. Por otra parte, ¿qué subsiste así de nosotros? Una palabra, un eco, un rasgo imperceptible y, lo más a menudo, anónimo,⁴³ nada, por consiguiente, que esté en relación

43

No hablamos de la prolongación ideal de la vida que lleva consigo la creencia en la inmortalidad del alma, porque: primero, esto no puede explicar por qué la familia o el apego a la sociedad política nos preservan del suicidio; segundo, ni siquiera es esta creencia la que da a la religión su influencia profiláctica; lo hemos demostrado antes.

con la intensidad de nuestros esfuerzos y que pueda justificarlos a nuestros ojos. De hecho, aunque el niño sea generalmente egoísta, aunque no experimente la menor necesidad de sobrevivir, y aunque el viejo, bajo este aspecto, como bajo tantos otros, parezca muy a menudo un niño, ni el uno ni el otro dejan de estimar la existencia tanto y aun más que el adulto; hemos visto, en efecto, que el suicidio es muy raro durante los quince primeros años y que tiende a disminuir durante el periodo intensivo de la vida. Lo mismo le pasa al animal, cuya constitución psicológica no difiere más que en grados de la edad del hombre. Es falso, pues, que la vida no sea nunca posible más que a condición de tener fuera de ella su razón de ser.

En efecto, hay todo un orden de funciones que no interesan más que al individuo: son las que hacen falta para el sostenimiento de la vida física. Puesto que están hechas únicamente para este objeto, son todo lo que deben ser cuando éste es alcanzado. Por consiguiente, en cuanto concierne al hombre, puede obrar razonablemente sin tener que proponerse fines que le excedan. Sirven para algo, sólo porque le sirven. Por eso, en cuanto no hay otras necesidades, él se basta a sí mismo y puede vivir dichoso sin tener otro objetivo que el de vivir. Sólo que éste no es el caso del civilizado que ha llegado a la edad adulta. En él hay una multitud de ideas, de sentimientos, de prácticas que no tienen ninguna relación con las necesidades orgánicas. El arte, la moral, la religión, la fe política, la ciencia misma, no tienen por misión reparar el desgaste de los órganos ni mantener su buen funcionamiento. No es por las solicitaciones del medio cósmico por lo que se ha despertado y desarrollado esta vida suprafísica, sino por las del medio social. Es la acción de la sociedad la que ha suscitado en nosotros unos sentimientos de simpatía y de solidaridad que nos inclinan hacia otro; ella es quien, moldeándonos a su imagen, nos ha imbuido esas creencias religiosas, políticas, que gobiernan nuestra conducta; es por poder desempeñar nuestro cometido

social por lo que hemos trabajado en extender nuestra inteligencia, y es también la sociedad quien, al transmitirnos la ciencia, cuyo depósito tiene, nos ha suministrado los instrumentos de ese desarrollo.

Por lo mismo que esas formas superiores de la actividad humana tienen un origen colectivo, poseen un fin de la misma naturaleza. Como derivan de la sociedad, a ella también es a la que se refieren; o más bien son la sociedad misma, encarnada e individualizada en cada uno de nosotros. Pero entonces, para que tengan una razón de ser a nuestros ojos, es preciso que el objeto a que tienden no nos sea indiferente. No podemos, pues, aficionarnos a las unas, sino en la medida en que nos aficionemos a la otra, es decir, a la sociedad. Al contrario, cuando más desligados nos sentimos de esta última, más también nos desligamos de esta vida de que a la vez es la fuente y el fin. ¿Para qué esas reglas de moral, esos preceptos del derecho que nos constriñen a toda clase de sacrificios, esos dogmas que nos traban, si no hay fuera de nosotros algún ser a quien sirvan y del que seamos solidarios? ¿Para qué la misma ciencia? Si no tiene otra utilidad que la de aumentar nuestras probabilidades de supervivencia, no vale el trabajo que cuesta. El instinto cumple mejor esta misión; los animales lo prueban. ¿Qué necesidad hay de sustituirlo con una reflexión más vacilante y más sujeta a error? Pero sobre todo, ¿para qué el sufrimiento? Mal positivo para el individuo, si es con relación a él mismo como se debe estimar el valor de las cosas, no tiene compensación y se hace incomprensible.

Para el fiel firmemente apegado a su fe, para el hombre fuertemente atado por los lazos de una sociedad familiar o política, el problema no existe. Por sí mismos y sin reflexionar, contribuyen con lo que son y lo que hacen, el uno a su iglesia o a su dios, símbolo viviente de ella, el otro a su familia, el otro a su patria o a su partido. En sus mismos sufrimientos no ven más que los medios de servir a la glorificación del grupo

a que pertenecen, y se los ofrecen. Así es como el cristiano llega a amar y a buscar el dolor para testimoniar mejor su desprecio de la carne y acercarse más a su modelo divino. Pero en la medida en que duda el creyente, se siente menos solidario de la confesión religiosa de que forma parte y se emancipa de ella, en la medida en que la familia y la sociedad se le hagan extrañas, se convierte en un misterio para sí mismo y entonces no puede escapar a la pregunta irritante y angustiada: ¿para qué?

En otros términos, si, como se ha dicho a menudo, el hombre es doble, es porque al hombre físico se sobreañade el hombre social. Ahora bien, este último supone necesariamente una sociedad que lo exprese y que le sirva. Que llegue ella, al contrario, a disgregarse, que no le sintamos ya viviente y actuante alrededor y por encima de nosotros, y lo que en nosotros hay de social se encuentra desprovisto de todo fundamento objetivo. No es ya más que una combinación de imágenes ilusorias, una fantasmagoría que un poco de reflexión basta para desvanecer; nada, por consiguiente, que pueda servir de fin a nuestros actos. Y sin embargo este hombre social es el todo del hombre civilizado; es el que da precio a la existencia. De ello resulta que nos faltan las razones de vivir; porque la única vida a la que podíamos tener apego no responde ya a nada en la realidad; y la única que está todavía fundada en la realidad no responde ya a nuestras necesidades. Por haber sido iniciados en una existencia más exaltada no podemos contentarnos con lo que satisface al niño y al animal, y la primera forma también se nos escapa y nos deja desamparados. No hay ya nada a que puedan prenderse nuestros esfuerzos y tenemos la sensación de que se pierden en el vacío. He aquí en qué sentido se puede decir que nuestra actividad necesita un objeto que la exceda. No es que nos sea necesario para mantenernos en la ilusión de una inmortalidad imposible; es que está implicado en nuestra constitución moral, y que no puede eludirla,

ni aun en parte, sin que en la misma medida pierda su razón de ser. No hay necesidad de demostrar que, en tal estado de conmoción, las menores causas de descorazonamiento pueden fácilmente dar origen a resoluciones desesperadas. Si la vida no vale la pena de vivirse, todo llega a ser pretexto para desembarazarse de ella.

Pero esto no es todo. Este desligamiento no se produce tan sólo en los individuos aislados. Uno de los elementos constitutivos de todo temperamento racional consiste en la manera especial de estimar el valor de la existencia. Hay un humor colectivo, como hay un humor individual, que inclina a los pueblos a la tristeza o a la alegría, que les hace ver las cosas risueñas o tétricas. La sociedad es la única que puede tener un juicio de conjunto en cuanto al valor de la vida humana; el individuo no es competente para ese juicio. No conoce más que a él mismo y a su pequeño horizonte; su experiencia está, pues, demasiado restringida para poder servir de base a una apreciación general. Puede desde luego juzgar que su vida no tiene objeto; no puede decir nada que se refiera a los otros. La sociedad, por el contrario, puede, sin sofisma, generalizar el sentimiento que tiene de sí misma, de su estado de salud y de enfermedad. Los individuos participan demasiado estrechamente en su vida para que esté enferma sin que ellos sean atacados por la dolencia. Su sufrimiento se hace el sufrimiento de ellos. Por ser él todo, el mal de que se resiente se transmite a las partes de que está formada. Pero entonces no se puede desintegrar ni tener conocimiento de que las condiciones de la vida general están perturbadas en la misma medida. Porque si es el fin a que se atiene la mejor parte de nosotros mismos, no puede sentir que le escapamos sin darse cuenta, al mismo tiempo de que nuestra actividad queda sin objeto.

Puesto que somos su obra, no puede sentir el sentimiento de su fracaso sin experimentar que, en adelante, esta obra no sirve ya para nada. Así se forman corrientes de depresión y de

desencanto que no emanan de ningún individuo en particular, pero que expresan el estado de desintegración en que se encuentra la sociedad. Lo que traducen es el relajamiento de las bases sociales, una especie de astenia colectiva, de malestar social, como la tristeza individual, cuando es crónica, traduce a su manera el mal estado orgánico del individuo. Entonces aparecen esos sistemas metafísicos y religiosos que, reduciendo a fórmulas esos sentimientos oscuros, vienen a demostrar a los hombres que la vida no tiene sentido y que es engañarse a sí mismo el atribuírselo. Entonces se constituyen nuevas morales que, erigiendo el hecho en derecho, recomiendan el suicidio o, al menos, encaminan a recomendar que se viva lo menos posible. En el momento en que se producen, parece que han sido inventadas por completo por sus autores y se culpa a estos del descorazonamiento que preconizan. En realidad, son más bien un efecto que una causa; no hacen más que simbolizar, en un lenguaje abstracto y bajo una forma sistemática, la miseria fisiológica del cuerpo social.⁴⁴ Y como esas corrientes son colectivas, tienen, a consecuencia de este origen, una autoridad que hace que se impongan al individuo y le empujen con más fuerza en el sentido hacia donde le inclina el desamparo moral que ha suscitado directamente en él la desintegración de la sociedad. Así, aun en el momento en que se libera con exceso del ambiente social, sufre todavía su influencia. Por individualizado que cada uno esté, queda siempre algo colectivo; la depresión y la melancolía que resultan de esta individualización exagerada. Se comulga en la tristeza cuando no hay otro ideal común.

Bien merece, pues, este tipo de suicidio el nombre que le hemos dado. El egoísmo no es un factor simplemente auxiliar; es su causa generadora. Si en ese caso el lazo que liga al hom-

⁴⁴ Por esto es injusto acusar a esos teóricos de la tristeza de generalizar impresiones personales. Son el eco de un estado general.

bre a la vida se afloja, es porque el nexo que le une a la sociedad se ha relajado. Los incidentes de la existencia privada, que parecen inspirar inmediatamente el suicidio y que pasan por ser sus condiciones determinantes, en realidad no son más que causas excepcionales. Si el individuo cede al menor choque de las circunstancias es porque en el estado en que se encuentra, la sociedad ha hecho de él una fuerza dispuesta al suicidio.

Muchos hechos confirman esta explicación. Sabemos que el suicidio es excepcional en el niño y que disminuye en el viejo llegado a los últimos límites de la vida; y es porque, tanto en el uno como en el otro, el hombre físico tiende a ser todo el hombre. La sociedad está aún ausente del primero, al que no ha tenido tiempo de formar a su imagen; empieza a separarse del segundo, o, lo que es igual, él se retira de ella. Por consecuencia, se bastan por sí solos. Teniendo necesidad de completarse por algo que no sea ellos mismos, están también menos expuestos a carecer de lo necesario para vivir. No tiene otras causas la inmunidad del animal. Del mismo modo, en el próximo capítulo veremos que, si las sociedades inferiores practican un suicidio que les es propio, este de que acabamos de ocuparnos es completamente ignorado de ellos. Y es que, siendo en ellas muy sencilla la vida social, las inclinaciones sociales de los individuos tienen el mismo carácter y, por consiguiente, necesitan poco para estar satisfechas. Encuentran fácilmente fuera un objetivo al que pueden tener apego. A todas partes donde vaya, el primitivo, si puede llevar con él sus dioses y su familia, tiene todo lo que reclama su naturaleza social.

He aquí, por fin, por qué puede la mujer, más fácilmente que el hombre, vivir aislada. Cuando se ve a la viuda soportar su condición mucho mejor que el viudo y buscar el matrimonio con menor pasión, se llega a creer que esta aptitud para prescindir de la familia es una señal de superioridad; se dice que siendo muy intensas las facultades afectivas de la mujer, encuentran fácilmente su empleo fuera del círculo doméstico,

mientras que su abnegación nos es indispensable para ayudarnos a soportar la vida. En realidad, si tiene ese privilegio es porque su sensibilidad es más bien rudimentaria que muy desarrollada. Como vive más que el hombre fuera de la vida común, la vida común la penetra menos; la sociedad le es menos necesaria porque está menos impregnada de sociabilidad. Tiene pocas necesidades que se dirijan en ese sentido y las satisface a poca costa. Con algunas prácticas de devoción, algunos animales que cuidar, la solterona llena su vida. Si continúa tan fácilmente ligada a las tradiciones religiosas y si, por consecuencia, encuentra en ellas un útil abrigo contra el suicidio, es que esas formas sociales muy sencillas bastan a todas sus exigencias. El hombre, por el contrario, las encuentra muy restringidas. Su pensamiento y su actividad, a medida que se desarrollan, desbordan cada vez de esos marcos arcaicos. Pero entonces le hacen falta otros. Porque él es un ser social más complejo, no puede mantenerse en equilibrio si no encuentra fuera más puntos de apoyo, y porque su asiento moral depende de más condiciones, se altera también más fácilmente.

CAPITULO IV

EL SUICIDIO ALTRUISTA¹

En el orden de la existencia nada es bueno sin medida. Un carácter biológico no puede llenar los fines a que debe servir, más que a condición de no traspasar ciertos límites. Igual ocurre con los fenómenos sociales. Si, como acabamos de ver, una individuación excesiva conduce al suicidio, una individuación insuficiente produce los mismos efectos. Cuando el hombre está desligado de la sociedad se mata fácilmente; fácilmente, también, se mata cuando está integrado con demasiada fuerza en ella.

¹Bibliografía: Steinmetz, "Suicide among Primitive Peoples" en *American Anthropologie*, enero 1894. Waitz, *Anthropologie der Naturvoelker, passim*, "Suicides dans les armées", en el *Journal de la société de statistique*, 1874, p. 250. Millar, "Statistic of Military Suicide", en el *Journal of the statistical society*, Londres, junio 1874. Mesnier, *Du suicide dans l'armée*, Paris, 1881. Bournet, *Criminalité en France et Italie*, p. 83 y ss. Roth, "Die Selbstmorde in der K. u. K. in den Jahren 1873-1880", en *Statistische Monatschrift*, 1892. Rosenfeld, "Die Selbstmorde in der Preussischen Armée", en *Militärwochenblatt*, 1894, 3^o Beiheft. Del mismo, "Der Selbstmord in der K. u. K. österreichischen Heere", en *Deutsche Worte*, 1893. Antony, "Suicide dans l'armée allemande", en *Arch. de méd. et de phar. militaire*, Paris, 1895.

Algunas veces se ha dicho² que el suicidio era desconocido de las sociedades inferiores. En esos términos la aseveración es inexacta. Es cierto que el suicidio egoísta, tal como acabamos de construirlo, no parece ser en ellas muy frecuente. Pero se encuentra otra forma en estado endémico.

Barthohia, en su libro *De camis contemptae mortis a Danis*, relata que los guerreros daneses consideraban como una vergüenza morir en su cama, de vejez o de enfermedad, y se suicidaban para escapar a esta ignominia. Del mismo modo, los godos creían que los que mueren de muerte natural están destinados a pudrirse eternamente en antros llenos de animales ponzoñosos.³ En los límites de las tierras de los visigodos había una roca elevada, llamada *La Roca de los Abuelos*, desde cuya altura se precipitaban los viejos cuando estaban cansados de la vida. Se encuentra la misma costumbre en los tracios, los hérulos, etcétera. Silvio Itálico dice de los celtas españoles: «Es una nación pródiga de su sangre y muy dada a apresurar la muerte. Luego que el celta ha franqueado los años de la fuerza floreciente, soporta con impaciencia el muro del tiempo y desdeña conocer la vejez; el término de su destino está en su mano.»⁴ Asignaban también una mansión de delicias a los que se daban la muerte y un espantoso subterráneo a los que morían de vejez o de decrepitud. El mismo uso se ha mantenido largo tiempo en la India. Tal vez esta complacencia por el suicidio no existía en los Vedas, pero ciertamente era muy antigua. A propósito del suicidio del brahmán Calamis, dice Plutarco: «Se sacrificó a sí mismo como era uso en los sabios

²Oettingen, *Moralstatistik*, p. 762.

³Cita tomada de Brierre de Boismont, p. 23.

⁴*Punica*, I, 225 y ss.

de su país»⁵; y Quinto-Curcio: «Existe entre ellos una casta de hombres salvajes y groseros, a los que dan el nombre de sabios. A sus ojos es una gloria prevenir el día de la muerte y se hacen quemar vivos en cuanto su avanzada edad o la enfermedad empieza a molestarles. La muerte, cuando se la espera, es, según ellos, el deshonor de la vida; así no rinden ningún honor a los cuerpos que ha destruido la vejez. El fuego se mancharía si no recibiera al hombre respirando aún.»⁶ Hechos parecidos se observan en Fidji,⁷ en las Nuevas Hébridas, en Manga, etcétera.⁸ En Ceos, los hombres que habían llegado a cierta edad se reunían en un solemne festín, donde, coronada la cabeza de flores, bebían alegremente la cicuta.⁹ Las mismas prácticas existían entre los trogloditas¹⁰ y en los leres, famosos, sin embargo, por su moralidad.¹¹

Aparte de los viejos se sabe que, en esos mismos pueblos, las viudas están a menudo obligadas a matarse al fallecimiento de sus maridos. Esta práctica bárbara es tan inveterada en las costumbres indias, que persiste a pesar de los esfuerzos de los ingleses. En 1817 se suicidaron 706 viudas tan sólo en la provincia de Bengala, y en 1821 se contaron 2 366 en toda la India. Además, cuando muere un príncipe o un jefe sus servidores están obligados a no sobrevivirle. Este era el caso de la Galia. Los funerales de los jefes, dice Henri Martin, eran sangrientas hecatombes; allí se quemaban solemnemente sus trajes, sus armas, sus caballos, sus esclavos favoritos, a los que se

⁵ *Vida de Alejandro*, CXIII.

⁶ VIII, 9.

⁷ V. Wyatt Gill, *Myths and Songs of the South Pacific*, p. 163.

⁸ Frazer, *Golden Bough*, t. I, p. 216 y ss.

⁹ Estrabon, párrafo 486. Flien, V, H, 337.

¹⁰ Diodore de Sicile, III, 33, párrafos 5 y 6.

¹¹ Pomponio Mela: III, 7.

unían los secuaces que no habían muerto en el último combate.¹² Nunca un subordinado debía sobrevivir a su jefe. En los achantes, a la muerte del rey, sus oficiales tienen la obligación de morir.¹³ Algunos observadores han encontrado el mismo caso en Hawaii.¹⁴

El suicidio es, pues, bastante frecuente en los pueblos primitivos. Pero presenta en ellos caracteres muy particulares. Todos los hechos que acaban de relatarse entran, en efecto, en una de las tres categorías siguientes:

1º Suicidios de hombres llegados al dintel de la vejez o atacados de enfermedad.

2º Suicidios de mujeres a la muerte de su marido.

3º Suicidios de clientes o de servidores a la muerte de sus jefes.

Ahora bien, en todos esos casos, si el hombre se mata no es porque se arroge el derecho de hacerlo, sino *porque cree que ése es su deber*, cosa bien distinta. Si falta a esta obligación se le castiga con el deshonor y también, lo más a menudo, con penas religiosas.

Sin duda cuando se nos habla de ancianos que se dan la muerte, nos inclinamos a creer que la causa de ella es el cansancio o los ordinarios sufrimientos de la edad. Pero si verdaderamente esos suicidios no tuviesen otro origen, si el individuo se matase únicamente para desembarazarse de una vida insostenible, no estaría obligado a hacerlo; no se está nunca obligado a gozar de un privilegio. Ahora bien, hemos visto que si persiste en vivir pierde la estimación de las gentes; en un sitio se le rehúsan los honores ordinarios de los funerales, en el otro se le representa una vida espantosa más allá de la tumba. La socie-

¹² *Histoire de France*, I, 81. Cfr. César, *De Bello Gallico*, VI, 10.

¹³ V. Spencer, *Sociologie*, t. II, p. 146.

¹⁴ V. Jarves, *History of the Sandwich Islands*, 1843, p. 108.

dad hace presión sobre él para que se destruya. Interviene también en el suicidio egoísta; pero su intervención no se lleva a cabo del mismo modo en los dos casos. En el uno se conforma con usar con el hombre un lenguaje que le desligue de la existencia; en el otro le prescribe formalmente que la abandone. Allí sugiere o, lo más, aconseja; aquí obliga, y ella es la que determina las condiciones y circunstancias que hacen exigible esta obligación.

Es también en consideración a fines sociales por lo que impone ese sacrificio. Si el cliente no debe sobrevivir a su jefe o el servidor a su príncipe, es porque la constitución de la sociedad implica entre los secuaces y su jefe, entre los oficiales y el rey, una dependencia tan estrecha que excluye toda idea de separación. Es preciso que el destino del uno sea el de los otros. Los súbditos deben seguir a su dueño a todas partes donde vaya, aun más allá de la tumba, lo mismo que sus vestidos y sus armas; si se pudiera concebir que ocurriera de otro modo, la subordinación social no sería lo que debe ser.¹⁵

Lo mismo ocurre con la mujer respecto al marido. En cuanto a los viejos, si están obligados a no esperar la muerte, es, verosímilmente, a lo menos en un gran número de casos, por razones religiosas. En efecto, se repite que es en el jefe de la familia donde reside el espíritu que la protege. De otra parte, se admite que un dios que habita un cuerpo extraño participa de la vida de este último, pasa por las mismas fases de salud y de enfermedad y envejece al mismo tiempo. No puede, pues, la

¹⁵Es probable que haya también en el fondo de esas prácticas la preocupación de impedir al espíritu del muerto la vuelta a la tierra para buscar las cosas y los seres que le afectan de cerca. Pero esta misma preocupación implica que servidores y clientes están estrechamente subordinados al dueño, que son inseparables de él, y que, además, para evitar las desgracias que resultarían de la persistencia del espíritu en este mundo, deben sacrificarse en interés común.

edad disminuir las fuerzas del uno, sin que al mismo tiempo se debilite el otro, sin que el grupo, por consecuencia, esté amenazado en su existencia, puesto que ya no estaría protegido más que por una divinidad sin vigor.

Véase por qué en interés común está obligado el padre a no esperar el límite extremo de la vida para transmitir a sus menores el precioso depósito que tiene en custodia.¹⁶

Esta descripción basta para determinar de qué dependen esos suicidios. Para que la sociedad pueda constreñir así a ciertos miembros suyos a matarse, es preciso que la personalidad individual se cuente por poca cosa. Porque, desde que empieza a constituirse, el primer derecho que se le reconoce es el de vivir; todo lo demás se le suspende en circunstancias muy excepcionales como la guerra. Pero esta misma débil individuación no puede tener más que una sola causa. Para que el individuo ocupe tan poco lugar en la vida colectiva, es preciso que esté casi totalmente absorbido en el grupo y, por consiguiente, que éste se halle muy fuertemente integrado. Para que las partes tengan tan poca existencia propia es preciso que el todo forme una masa compacta y continua. Y, en efecto, en otra parte hemos mostrado que esta cohesión maciza es, desde luego, la de las sociedades donde se observan las prácticas precedentes.¹⁷ Como no comprenden más que un pequeño número de elementos, todo el mundo vive allí la misma vida: todo es común a todo: ideas, sentimientos, ocupaciones. Al mismo tiempo, por lo mismo que el grupo es pequeño, está cerca de todos y así puede no perder a nadie de vista; resulta de ello que la vigilancia colectiva se lleva a cabo en todo momento, se extiende a todo y previene más fácilmente las divergencias. Faltan, pues, al individuo los medios para crearse un

¹⁶V. Frazer, *Golden Bough*, loc. cit. y passim.

¹⁷V. *Division du travail social*, passim.

ambiente especial, a cuyo abrigo puede desarrollar su naturaleza y hacerse una fisonomía propia. Distinto de sus compañeros, no es, por decirlo así, más que una parte inseparable del todo, sin valor por sí mismo. Su persona tiene tan poco precio que los atentados dirigidos contra ella por los particulares sólo son objeto de una represión relativamente indulgente. Desde luego es más natural que esté aún menos protegido contra las exigencias colectivas, y que la sociedad, por el menor motivo, no duda en pedirle que ponga fin a una vida que ella estima en tan poco.

Estamos, pues, en presencia de un tipo de suicidio que se distingue del precedente por caracteres definidos. Mientras que éste se debe a un exceso de individuación, aquél tiene por causa una individuación demasiado rudimentaria. El uno se produce porque la sociedad, disgregada en ciertos puntos o aun en su conjunto, deja al individuo escapársele; el otro porque le tiene muy estrechamente bajo su dependencia. Puesto que hemos llamado *egoísmo* al estado en que se encuentra el yo cuando vive su vida personal y no obedece más que a sí mismo, la palabra *altruismo* expresa bastante bien el estado contrario: aquel en que el yo no se pertenece, en que se confunde con otra cosa que no es él, en que el polo de su conducta está situado fuera de él, en uno de los grupos de que forma parte. Por eso llamamos *suicidio altruista* al que resulta de un altruismo intenso. Pero puesto que además presenta el carácter de ser llevado a cabo como un deber, importa que la terminología adoptada exprese esta particularidad. Parécenos, pues, el nombre de *suicidio altruista obligatorio* el que conviene al tipo así constituido.

Es necesaria la reunión de estos dos objetivos para definirlo; porque no todo suicidio altruista es necesariamente obligatorio. Los hay que no están expresamente impuestos por la sociedad, que tienen un carácter más facultativo. Dicho de otro modo, el suicidio altruista es una especie que comprende

muchas variedades. Acabamos de determinar una; veamos las otras.

En esas mismas sociedades de que acabamos de hablar, o en otras del mismo género, se observan frecuentemente suicidios cuyos móviles inmediatos y aparentes son de los más fútiles. Tito Livio, César, Valerio Máximo, nos hablan, no sin extrañeza mezclada de admiración, de la tranquilidad con la que los bárbaros de la Galia y de la Germania se daban la muerte.¹⁸ Había celtas que se comprometían a dejarse matar por vino o por dinero.¹⁹ Otros presumían de no retirarse ante las llamas del incendio, ni ante las olas del mar.²⁰ Los viajeros modernos han observado parecidas prácticas en una multitud de sociedades inferiores. En Polinesia basta muy a menudo una ligera ofensa para determinar a un hombre al suicidio.²¹ Lo mismo ocurre entre los indios de la América del Norte; basta una querrela conyugal o un impulso de celos para que un hombre o una mujer se maten.²² En los dacotahs, en los brecks, el menor desengaño arrastra a menudo a resoluciones desesperadas.²³ Conocida es la facilidad con que los japoneses se abren el vientre por el motivo más insignificante. Hasta se cuenta que se practica allí una especie de extraño duelo, donde los adversarios compiten no en habilidad para alcanzarse mutuamente, sino en destreza para abrirse el vientre con sus propias manos.²⁴ Hechos análogos se observan en China, en Cochinchina, en el Tibet y en el reino de Siam.

¹⁸ César, *Guerra de las Galias*, VI, 14. Valerio Máximo, VI, 11 y 12. Plinio, *Hist. nat.*, IV, 12.

¹⁹ Posidonio, XXIII, ap. Athen. Deipno, IV, 154.

²⁰ Elien, XII, 23.

²¹ Waitz, *Anthropologie der Naturvoelker*, t. VI, p. 115.

²² *Ibid.*, t. III, primer *Hälfte*, p. 102.

²³ Mary Eastman, *Dacotah*, pp. 89, 169. Lombroso, *L'Uomo delinquente*, 1884, p. 51.

²⁴ Lisle, *op. cit.*, p. 333.

En todos esos casos el hombre se mata sin estar obligado expresamente a ello. Sin embargo, esos suicidios no son de otra naturaleza que el suicidio obligatorio. Si la opinión no los impone formalmente, no deja de serles favorable. Como es, entonces, una virtud y aun la virtud por excelencia no tener apego a la vida, se elogia a quien renuncia a ella por la menor invitación de las circunstancias o hasta por simple alarde. Se confiere una prima social el suicidio que, por eso mismo, se ve alentado, y el rehusar esta recompensa tiene, aunque en menor grado, los mismos efectos que un castigo propiamente dicho. Lo que se hace en un caso por escapar a la deshonra se hace en el otro para conquistar mayor estima. Cuando se está habituado desde la infancia a no hacer caso de la vida y a despreciar a los que le tienen excesivo apego, es inevitable deshacerse de ella con el más ligero pretexto. Se decide uno sin pena a un sacrificio que tan poco cuesta. Estas prácticas se ligan, lo mismo que el suicidio obligatorio, a lo que hay de más fundamental en la moral de las sociedades inferiores. Porque ellas no pueden mantenerse más que cuando el individuo carece de intereses propios y es preciso que esté amaestrado en el renunciamiento y en una abnegación exclusiva; de ahí proceden esos suicidios, espontáneos en parte. Y como los que la sociedad prescribe más explícitamente se deben a este estado de impersonalidad o, como hemos dicho, de altruismo, puede considerarse como la moral característica del primitivo. Por eso les daremos igualmente el nombre de altruistas y si, para poner mejor de relieve lo que tienen de especial, se debe añadir que son *facultativos*; por esta palabra ha de entenderse solamente que son menos exigidos por la sociedad que cuando son estrictamente obligatorios. Esas dos variedades se hallan tan estrechamente emparentadas que es imposible señalar el punto en que comienza la una y acaba la otra.

Hay, en fin, otros casos en que el altruismo arrastra al suicidio más directamente y con más violencia. En los ejemplos que

preceden, aquél no determina al hombre a matarse más que con el concurso de ciertas circunstancias. Hacía falta que la muerte fuera impuesta por la sociedad como un deber o que el honor estuviera puesto en entredicho o, por lo menos, que cualquier acontecimiento desagradable hubiese acabado de depreciar la existencia a los ojos de la víctima. Pero sucede que el individuo se sacrifica únicamente por el placer del sacrificio, porque el renunciamiento, en sí y sin razón particular, es considerado como laudable.

La India es la tierra clásica de esas clases de suicidios. Ya bajo la influencia del brahmanismo, el indio se mataba fácilmente. Es cierto que las leyes de Manú no recomiendan el suicidio más que con ciertas reservas. Es preciso que el hombre haya llegado ya a cierta edad, que haya dejado un hijo por lo menos. Pero llenadas estas condiciones, nada tiene que hacer en la vida. «El Brahmán, que se ha desligado de su cuerpo por una de las prácticas puestas en uso por los grandes santos, exento de pena y de temor, es admitido con honor en la residencia de Brahma.»²⁵ Aunque a menudo se ha acusado al budismo de haber llevado ese principio hasta sus más extremas consecuencias y erigido al suicidio en práctica religiosa, en realidad lo ha condenado. Sin duda enseñaba que el supremo bien deseable era aniquilarse en el nirvana; pero esta suspensión del ser puede y debe obtenerse en esta vida y no hay necesidad de maniobras violentas para realizarla. Con todo, la idea de que el hombre debe huir de la existencia está tan en el espíritu de la doctrina y es tan conforme a las aspiraciones del espíritu indio, que se la encuentra bajo formas diferentes en las principales sectas que han nacido del budismo o se han constituido al mismo tiempo que él. Tal es el caso del jainismo. Aunque uno de los libros canónicos de la religión jainista reprueba el suicidio, reprochándole el aumentar la vida, inscripciones recogidas

²⁵ *Lois de Manou*, VI, 32 (trad. Loiseleur).

en un gran número de santuarios demuestran que, sobre todo en los jaínas del sur, el suicidio religioso ha sido de una práctica muy frecuente.²⁶ El fiel se dejaba morir de hambre.²⁷ En el judaísmo la costumbre de buscar la muerte en las aguas del Ganges o en otros ríos sagrados estaba muy extendida. Las inscripciones nos dan a conocer nombres de reyes y ministros que se prepararon a terminar así sus días,²⁸ y se asegura que al principio del siglo esas supersticiones no habían desaparecido completamente.²⁹ Los bhils acostumbraban precipitarse por piedad desde lo alto de una roca, a fin de consagrarse a Siva;³⁰ en 1822 un oficial asistió a uno de esos sacrificios. Se ha hecho clásica la historia de esos fanáticos que se hacen aplastar bajo las ruedas del ídolo de Jagannath.³¹ Charlevoix había observado ya ritos del mismo género en el Japón: «No hay nada más general —dice— que ver a lo largo de las orillas del mar barcas llenas de esos fanáticos que se precipitan en el agua cargados de piedras, o que taladran sus naves y se dejan sumergir poco a poco cantando las alabanzas de sus ídolos. Un gran número de espectadores les siguen con los ojos y exaltan hasta el cielo su valor y les piden, antes de desaparecer, su bendición. Los sectarios de Amida se hacen encerrar y murar en las cavernas, donde apenas tienen espacio para permanecer sentados, y donde no pueden respirar más que por un orificio. Allí se dejan morir

²⁶Barth, *The religions of India*, Londres, 1891, p. 146.

²⁷Bühler, *Über die Indische Secte der Jaina*, Vienne, 1897, pp. 10, 19 y 37.

²⁸Barth, *op. cit.*, p. 279.

²⁹Heber, *Narrative of a Journey through the Upper Provinces of India*, 1824-1825, cap. XII.

³⁰Forsyth, *The Highlands of Central India*, Londres, 1871, pp. 172-175.

³¹V. Burnell, *Glossary*, 1886, en la palabra *Jagannath*. La práctica casi ha desaparecido; sin embargo, aún se han observado en nuestros días casos aislados. V. Stirling, *Asiat. Resch.*, t. XV, p. 324.

tranquilamente de hambre. Otros suben a la cumbre de rocas muy elevadas, encima de las cuales hay minas de azufre, de donde de vez en cuando salen llamas. No cesan de invocar a sus dioses; les ruegan acepten el sacrificio de su vida y piden que se eleven algunas de esas llamas. En cuanto aparece una, la consideran como un indicio del consentimiento de los dioses y se echan de cabeza al fondo del abismo. . . Se conserva con veneración la memoria de estos pretendidos mártires.»³²

No hay suicidios donde esté más marcado el carácter altruista. En efecto, en todos esos casos vemos al individuo aspirar a despojarse de su ser personal, para abismarse en esa otra cosa que considera como su ciencia verdadera. Poco importa el nombre que le dé, es sólo en ella donde cree existir, y para ser es por lo que tan enérgicamente tiende a confundirse con ella. Y es porque se considera como falto de existencia propia. La impersonalidad está aquí llevada a su máximo; el altruismo se encuentra en estado agudo. Pero se dirá: ¿no se producen esos suicidios sencillamente porque el hombre encuentra triste la vida? Es claro que cuando se mata con esta espontaneidad no tiene mucho apego a la existencia, de la que se forma, por consiguiente, una representación más o menos melancólica. Pero bajo este aspecto todos los suicidios se parecen. Sería sin embargo un grave error no hacer entre ellos ninguna distinción; porque esta representación no tiene siempre idéntica causa y, por consiguiente, a pesar de las apariencias no es la misma en los diferentes casos. Mientras que el egoísta está triste porque no ve nada real en el mundo más que el individuo; la tristeza del altruista intemperante procede, al contrario, de que el individuo le parece destituido de toda realidad. El uno está desligado de la vida porque no percibiendo ningún fin al que puede dedicarse, se siente inútil y sin razón de ser; el otro porque tiene un fin, pero situado fuera de esta vida, que se le aparece

³²*Histoire du Japon*, t. II.

desde entonces como un obstáculo. La diferencia de las causas se encuentra también en los efectos, y la melancolía del uno es de una naturaleza completamente distinta de la del otro. La del primero está hecha de un sentimiento de cansancio incurable y de abatimiento disolvente, expresa un hundimiento completo de la actividad que, no pudiendo emplearse útilmente, se desmorona sobre sí misma. La del segundo, al contrario, está hecha de esperanza; porque precisamente entrevé bellas perspectivas más allá de esta vida. Implica hasta el entusiasmo y los impulsos de una fe impaciente de satisfacerse que se afirma por actos de una gran energía.

Desde luego la manera más o menos sombría con que un pueblo concibe la existencia no basta por sí sola a explicar la intensidad de su inclinación al suicidio. El cristiano no se imagina su permanencia en esta tierra bajo más risueño aspecto que el sectario de Jina. No ve en ella más que un periodo de pruebas dolorosas; también juzga que su verdadera patria no es de este mundo, y sin embargo se sabe qué aversión profesa e inspira al cristiano el suicidio. Y es porque las sociedades cristianas conceden al individuo un lugar más destacado que las sociedades anteriores. Le asignan deberes personales que cumplir y le prohíben eludirlos; sólo según el modo con que ha llevado a cabo su misión aquí es o no admitido a los goces del más allá, y estos goces mismos son personales, como las obras que a ellos dan derecho. Así, el individualismo moderado que existe en el espíritu del cristiano le ha impedido favorecer el suicidio, a despecho de sus teorías sobre el hombre y su destino.

Los sistemas metafísicos y religiosos, que sirven como marco lógico a esas prácticas morales, acaban de probar que tal es, desde luego, su origen y significación. Desde luego largo tiempo, en efecto, se ha observado que generalmente coexisten con creencias panteístas. Sin duda el jainismo, como el budismo, es ateo; pero el panteísmo no es necesariamente deísta. Lo que le

caracteriza esencialmente es la idea de que lo que hay de real en el individuo es extraño a su naturaleza, que el alma que lo anima no es tal y que, por consiguiente, no hay existencia personal. Ahora bien, este dogma está en la entraña de las doctrinas indias; se le encuentra ya en el brahmanismo. Inversamente, donde el principio de los seres no se confunde con ellos, sino que es concebido bajo una forma individual, es decir, en los pueblos monoteístas, como los judíos, los cristianos, los mahometanos, o politeístas, como los griegos y los latinos, esta forma del suicidio es excepcional. Nunca se la encuentra en ellos en estado de práctica ritual.

Es quizá porque entre ella y el panteísmo hay verosímelmente una relación. ¿Cuál es?

No se puede admitir que sea el panteísmo el que haya producido el suicidio. No son las ideas abstractas las que conducen a los hombres, y no se podría explicar el desarrollo de la historia por el mecanismo de los puros conceptos metafísicos. En los pueblos, como en los individuos, las concepciones tienen ante todo por función expresar una realidad que ellas no crean; por el contrario, proceden de ella y si luego pueden servir para modificarla nunca es sino en una medida restringida. Las concepciones religiosas, muy lejos de producirlo, son productos del medio social, y si una vez formadas reaccionan contra las causas que las han engendrado, esta reacción no puede ser profunda. Por tanto, si lo que constituye el panteísmo es una negación más o menos radical de toda individualidad, tal religión no puede formarse más que en el seno de una sociedad donde, de hecho, el individuo no se cuente por nada, es decir, esté casi totalmente perdido en el grupo. Porque los hombres no pueden imaginarse el mundo más que a semejanza del pequeño mundo social en que viven. El panteísmo religioso no es, pues, más que una consecuencia y como un reflejo de la organización panteísta de la sociedad. Por consiguiente, es también en esta última donde se encuentra la causa del suicidio

particular, que se presenta en todas partes en conexión con el panteísmo.

He aquí, pues, constituido un segundo tipo de suicidio, que comprende tres variedades: el suicidio altruista obligatorio, el suicidio altruista facultativo, el suicidio altruista agudo, cuyo perfecto modelo es el suicidio místico. Estas diferentes formas contrastan del modo más notable con el suicidio egoísta. El uno está ligado a esa ruda moral que estima en nada lo que sólo interesa al individuo; el otro es solidario de esta ética refinada que pone tan alta la personalidad humana, la cual no puede ya subordinarse a nada. Hay, pues, entre ellas toda la distancia que separa a los pueblos primitivos de las naciones más cultas.

Sin embargo, si las sociedades inferiores son, por excelencia, el terreno del suicidio altruista, éste se encuentra también en las civilizaciones más recientes. Especialmente se puede clasificar bajo este rótulo la muerte de cierto número de mártires cristianos. En efecto, no son más que suicidas todos esos neófitos que, si no se mataban por sí mismos, voluntariamente se hacían matar. Si por sí mismos no se daban la muerte, la buscaban con todas sus fuerzas y se conducían de un modo que la hiciera inevitable. Ahora bien, para que haya suicidio, basta con que el acto, de donde debe necesariamente resultar la muerte, haya sido llevado a cabo por la víctima con conocimiento de causa. Por otra parte, la pasión entusiasta con que los fieles de la religión iban al encuentro del último suplicio, muestra cómo, en ese momento, habían enajenado completamente su personalidad, en provecho de la idea de que se habían hecho servidores. Es probable que las epidemias de suicidio que en muchas ocasiones desolaron los monasterios durante la Edad Media, y que parecían haber sido determinadas por exceso de fervor religioso, fueran de la misma naturaleza.³³

³³Se ha llamado *acedia* el estado moral que determinaba esos suici-

En nuestras sociedades contemporáneas, como la personalidad individual está cada vez más independizada de la personalidad colectiva, tales suicidios no pueden propagarse mucho. Es posible hablar de soldados que prefieren la muerte a la humillación de la derrota, como el comandante Beaurepaire y el almirante Villeneuve, sea de desgraciados que se matan para evitar una vergüenza a su familia, afirmando que ceden a móviles altruistas. Porque si los unos y los otros renuncian a la vida, es porque hay algo a lo que amaban más que a sí mismos. Pero éstos son casos aislados que no se producen más que excepcionalmente.³⁴ Sin embargo, todavía hoy existe entre nosotros un medio especial donde el suicidio altruista está en estado crónico: es el ejército.

II

Es un hecho general en todos los países de Europa que la aptitud de los militares para el suicidio es muy superior a la de la población civil de la misma edad. La diferencia varía entre 25 y 900 por ciento. (Véase cuadro XXIII.)

Dinamarca es el único país donde el contingente de las dos poblaciones es sensiblemente el mismo, 388 por un millón de

dios. V. Bourquelot, *Recherches sur les opinions et la législation en matière de mort volontaire pendant le moyen âge.*

³⁴Es verosímil que los suicidios, tan frecuentes en los hombres de la revolución, se debían, a lo menos en parte, a un estado de espíritu altruista. En esos tiempos de luchas interiores, de entusiasmo colectivo, la personalidad individual había perdido su valor. Los intereses de la patria o del partido estaban sobre todo. La multiplicidad de las ejecuciones capitales proviene, sin duda, de la misma causa. Se mataba a otro tan fácilmente como a uno mismo.

soldados durante los años 1845-1856. Los suicidios de oficiales no están comprendidos en esa cifra.³⁵

CUADRO XXIII

Comparación de los suicidios militares y de los suicidios civiles en los principales países de Europa.

	SUICIDIOS POR		Coeficientes de agravación de los soldados respecto a los civiles
	un millón de soldados	un millón de civiles de la misma edad	
Austria (1876-90).....	1.253	122	10
Estados Unidos (1870-84)....	680	80	8,5
Italia (1876-90).....	407	77	5,2
Inglaterra (1876-90).....	209	79	2,6
Wurtemberg (1846-59).....	320	170	1,92
Sajonia (1847-58).....	640	369	1,77
Prusia (1876-90).....	607	304	1,50
Francia (1876-90).....	333	205	1,25

A primera vista sorprende este hecho tanto más cuanto que muchas causas parece que deberían preservar al ejército del suicidio. En primer lugar, los individuos que lo componen representan, bajo el punto de vista físico, la flor del país. Escogidos con cuidado, no tienen defectos orgánicos que sean graves.³⁶ Además, el espíritu de cuerpo, la vida en común, debería tener aquí la influencia profiláctica que ejerce en otras partes. ¿De dónde procede, pues, tan considerable agravación?

Como los soldados casi nunca son casados, se ha achacado

³⁵ Las cifras relativas a los suicidios militares están tomadas de documentos oficiales, o de Wagner (*op. cit.*, p. 229 y ss.); las cifras relativas a los suicidios civiles, de documentos oficiales, de las indicaciones de Wagner o de Morselli. Para los Estados Unidos hemos supuesto que la edad media en el ejército era, como en Europa, de veinte a treinta años.

³⁶ Nueva prueba de la ineficacia del factor orgánico en general y de la selección matrimonial en particular.

al celibato. Pero, por lo pronto, el celibato no debería tener en el ejército tan funestas consecuencias como en la vida civil, porque, como acabamos de decir, el soldado no es un solitario. Es miembro de una sociedad fuertemente constituida y de naturaleza bastante para reemplazar en parte a la familia. Pero sea lo que quiera de esta hipótesis, hay un medio de aislar ese factor. Basta con comparar los suicidios de los soldados y los de los célibes de la misma edad; el cuadro XXI, cuya importancia se ve de nuevo, nos permite esta comparación. Durante los años 1888-1891, se han contado en Francia 380 suicidios por un millón del efectivo; en el mismo momento, los solteros de veinte a veinticinco años no daban más que 237. Por cada 100 suicidios de célibes civiles, había, pues, 160 suicidios de militares, lo que hace un coeficiente de agravación igual a 1.6, completamente independiente del celibato.

Si se cuentan aparte los suicidios de suboficiales, ese coeficiente es todavía más elevado. Durante el periodo 1867-1874, un millón de suboficiales daba un promedio anual de 993 suicidios. Según un censo hecho en 1866, tenían una edad media de un poco más de treinta años. No ignoramos, ciertamente, la cifra a que subían entonces los suicidios de célibes de treinta años; los cuadros que hemos formado se refieren a una época mucho más reciente (1889-1891) y son los únicos que existen; pero el tomar por puntos de mira las cifras que nos dan el error que cometemos, no podrá tener otro efecto que de disminuir el coeficiente de agravación de los suboficiales, por abajo del que verdaderamente era. En efecto, habiendo casi doblado el número de los suicidios de uno a otro de esos periodos, el porcentaje de los célibes de la edad considerada ha aumentado ciertamente. Por consiguiente, al comparar los suicidios de los suboficiales de 1867-1874 a los de los solteros de 1889-1891, podríamos, desde luego, atenuar y no empeorar la mala influencia de la profesión militar. Así pues, si a pesar de este error encontramos no obstante un coeficiente de agravación,

podemos estar seguros no sólo de que es real, sino de que sensiblemente es más importante de como aparece en el cálculo. Ahora bien, en 1889-1891, un millón de célibes de treinta y un años daba una cifra de suicidios comprendida entre 394 y 627, o sea alrededor de 510. Este número es a 993 como 100 es a 194; lo que implica un coeficiente de agravación de 1.94, que se puede casi elevar a cuatro sin temor de sobrepasar la realidad.³⁷

En fin, el cuerpo de oficiales ha dado un promedio, de 1862 a 1878, de 490 suicidios por millón de sujetos. Su edad media, que no ha debido variar mucho, era en 1866 de treinta y siete años y nueve meses. Como muchos de ellos son casados, no es a los célibes de esa edad a los que hay que compararlos, sino al conjunto de la población masculina, solteros y casados reunidos. Ahora bien, a los treinta y siete años, en el periodo 1863-1868, un millón de hombres de todos los estados civiles sólo daba un poco más de 200 suicidios. Ese número es a 430 como 100 es a 215, lo que hace un coeficiente de agravación de 2.15, que en nada depende del matrimonio ni de la vida de familia.

Ese coeficiente que siguiendo los grados de la jerarquía varía de 1.6 a cerca de cuatro, no puede, evidentemente, explicarse más que por causas propias del estado militar. Es cierto que no hemos establecido su existencia más que para Francia; en los otros países nos faltan los datos necesarios para aislar la influencia del celibato. Pero como resulta que precisamente es

³⁷ Durante los años 1867-1874 el porcentaje de los suicidios da alrededor de 140; en 1889-1891 es de 210 a 220, o sea un aumento de cerca de 60 por ciento. Si el porcentaje de los célibes ha crecido en la misma medida, y no hay razón de que sea de otro modo, no habría sido durante el primero de esos periodos más que de 319, lo que elevaría a 3.11 el coeficiente de agravación de los suboficiales. Si no hablamos de los suboficiales después de 1874 es porque a partir de ese momento hubo cada vez menos suboficiales de carrera.

el ejército francés el menos atacado por el suicidio, en Europa, con la sola excepción de Dinamarca, se puede estar seguro de que el precedente resultado es general, y hasta de que aun debe ser más marcado en los otros Estados europeos. ¿A qué causa atribuirlo?

Se ha pensado en el alcoholismo que, se dice, se ensaña con más violencia en el ejército que en la población civil. Pero, por lo pronto, si como hemos demostrado el alcoholismo no tiene influencia definida sobre el porcentaje de los suicidios en general, no podría tenerla mayor sobre el porcentaje de los suicidios militares en particular. Después, los pocos años que dura el servicio, tres en Francia y dos y medio en Prusia, no podrían bastar para producir tan gran número de alcohólicos inveterados con que se pudiese explicar el enorme contingente que el ejército suministra al suicidio. En fin, aun según los observadores que atribuyen más influencia al alcoholismo, tan sólo le sería imputable la décima parte de los casos. Por consiguiente, aun cuando los suicidios alcohólicos fueran dos o tres veces más numerosos en los soldados que en los civiles, lo que no está demostrado, quedaría siempre un excedente considerable de suicidios militares a los que habría de buscarse otro origen.

La causa que se ha invocado más frecuentemente es el disgusto del servicio. Esta explicación concuerda con la hipótesis corriente que atribuye el suicidio a las dificultades de la existencia, porque los rigores de la disciplina, la ausencia de libertad, la privación de toda comodidad, hacen que se esté inclinado a mirar la vida de cuartel como particularmente intolerable. A decir verdad, parece que, desde luego, hay muchas otras profesiones más rudas y que, sin embargo, no refuerzan la inclinación al suicidio. Al menos el soldado está siempre seguro de tener albergue y comida suficiente. Pero, valgan lo que quieran esas explicaciones, los hechos siguientes demuestran la insuficiencia de esa interpretación simplista:

1º Es lógico admitir que el disgusto del oficio debe ser

pronunciado durante los primeros años de servicio e ir disminuyendo a medida que el soldado se acostumbra a la vida de cuartel. Al cabo de cierto tiempo debe producirse una inclinación, sea por efecto de la usanza, sea porque los sujetos más refractarios hayan desertado o se hayan matado, y esta aclinación debe hacerse tanto más completa cuando la permanencia en el servicio se prolongue más. Así pues, si fuese el cambio de costumbres y la imposibilidad de hacerse a la nueva existencia la que determinara la aptitud especial de los soldados por el suicidio, se debería ver disminuir el coeficiente de agravación a medida que estén más largo tiempo bajo las armas. Sin embargo no pasa nada de esto, como lo prueba el cuadro que sigue:

EJÉRCITO FRANCÉS		EJÉRCITO INGLÉS		
Años de servicio	Suboficiales y soldados. Suicidios anuales por cada 100.000 sujetos — (1862-69)	E D A D	Suicidios por cada 100.000 sujetos	
		Años	En la metrópoli	En la India
Menos de un año.....	28	20-25	20	13
De 1 a 3.....	27	25-30	39	39
De 3 a 5.....	40	30-35	51	84
De 5 a 7.....	48	35-40	71	103
De 7 a 10.....	76			

En Francia, en menos de diez años de servicio, el porcentaje de los suicidios casi se ha triplicado, mientras que en los célibes civiles, durante ese tiempo, solamente pasa de 237 a 394. En los ejércitos ingleses de la India es, en veinte años, ocho veces más elevado; nunca el porcentaje de los civiles progresa tan rápidamente. Esto prueba que la agravación propia del ejército no está localizada en los primeros años.

Parece que, desde luego, ocurre lo mismo en Italia. Es cierto que no tenemos cifras proporcionales al efectivo de cada con-

tingente. Pero las cifras en junto son sensiblemente las mismas para cada uno de los tres años de servicio: 15.1 para el primero, 14.8 para el segundo, 14.3 para el tercero. Ahora bien, es muy cierto que el efectivo disminuye de año en año a consecuencia de las muertes, de los declarados inútiles, de los heridos, etcétera. Las cifras absolutas no han podido, por lo tanto, mantenerse en el mismo nivel aunque las cifras proporcionales han aumentado sensiblemente. No es, sin embargo, inverosímil que, en algún país, haya al principio del servicio cierto número de suicidios que sean debidos realmente al cambio de existencia. Se cuenta, en efecto, que en Prusia son excepcionalmente numerosos durante los seis primeros meses. Del mismo modo en Austria, por cada 1 000 suicidios, hay 156 llevados a cabo durante los tres primeros meses,³⁸ lo que ciertamente es una cifra muy considerable. Pero estos hechos no tienen nada de inconciliable con los que preceden. Porque sí es muy posible que, aparte de la agravación temporal que se produce durante este periodo de perturbación, haya otra que proceda de distintas causas y que vaya creciendo según una ley análoga a la que hemos observado en Francia y en Inglaterra. Desde luego, en Francia misma, el porcentaje del segundo y tercer año es ligeramente inferior al del primero, lo que, no obstante, no impide la progresión ulterior.³⁹

³⁸V. el artículo de Roth, en la *Stat. Monatschrift*, 1892, p. 200.

³⁹Para Prusia y Austria no tenemos el efectivo por años de servicio, lo que nos impide establecer los números proporcionales. En Francia se ha pretendido que si al terminar la guerra los suicidios militares habían disminuido, era porque el servicio se había hecho menos largo (5 años en lugar de 7). Pero esta disminución no se ha mantenido y, a partir de 1882, las cifras han subido sensiblemente. De 1882 a 1889 han vuelto a ser lo que eran antes de la guerra, oscilando entre 322 y 424 por millón, y esto aunque el servicio haya sufrido una nueva reducción: 3 años en lugar de 5.

mucho más pronunciado durante los primeros años de servicio e ir disminuyendo a medida que el soldado se acostumbra a la vida de cuartel. Al cabo de cierto tiempo debe producirse una inclinación, sea por efecto de la usanza, sea porque los sujetos más refractarios hayan desertado o se hayan matado, y esta aclir atación debe hacerse tanto más completa cuando la permanencia en el servicio se prolongue más. Así pues, si fuese el cambio de costumbres y la imposibilidad de hacerse a la nueva existencia la que determinara la aptitud especial de los soldados por el suicidio, se debería ver disminuir el coeficiente de agravación a medida que estén más largo tiempo bajo las armas. Sin embargo no pasa nada de esto, como lo prueba el cuadro que sigue:

EJÉRCITO FRANCÉS		EJÉRCITO INGLÉS		
Años de servicio	Suboficiales y soldados. Suicidios anuales por cada 100.000 sujetos (1862-69)	EDAD	Suicidios por cada 100.000 sujetos	
		Años	En la metrópoli	En la India
Menos de un año.....	28	20-25	20	13
De 1 a 3.....	27	25-30	39	39
De 3 a 5.....	40	30-35	51	84
De 5 a 7.....	48	35-40	71	103
De 7 a 10.....	76			

En Francia, en menos de diez años de servicio, el porcentaje de los suicidios casi se ha triplicado, mientras que en los célibes civiles, durante ese tiempo, solamente pasa de 237 a 394. En los ejércitos ingleses de la India es, en veinte años, ocho veces más elevado; nunca el porcentaje de los civiles progresa tan rápidamente. Esto prueba que la agravación propia del ejército no está localizada en los primeros años.

Parece que, desde luego, ocurre lo mismo en Italia. Es cierto que no tenemos cifras proporcionales al efectivo de cada con-

tingente. Pero las cifras en junto son sensiblemente las mismas para cada uno de los tres años de servicio: 15.1 para el primero, 14.8 para el segundo, 14.3 para el tercero. Ahora bien, es muy cierto que el efectivo disminuye de año en año a consecuencia de las muertes, de los declarados inútiles, de los licenciados, etcétera. Las cifras absolutas no han podido, pues, mantenerse en el mismo nivel aunque las cifras proporcionales han aumentado sensiblemente. No es, sin embargo, inverosímil que, en algún país, haya al principio del servicio cierto número de suicidios que sean debidos realmente al cambio de existencia. Se cuenta, en efecto, que en Prusia son excepcionalmente numerosos durante los seis primeros meses. Del mismo modo, en Austria, por cada 1 000 suicidios, hay 156 llevados a cabo durante los tres primeros meses,³⁸ lo que ciertamente es una cifra muy considerable. Pero estos hechos no tienen nada de inconciliable con los que preceden. Porque sí es muy posible que, aparte de la agravación temporal que se produce durante este periodo de perturbación, haya otra que proceda de distintas causas y que vaya creciendo según una ley análoga a la que hemos observado en Francia y en Inglaterra. Desde luego, en Francia misma, el porcentaje del segundo y tercer año es ligeramente inferior al del primero, lo que, no obstante, no impide la progresión ulterior.³⁹

³⁸V. el artículo de Roth, en la *Stat. Monatschrift*, 1892, p. 200.

³⁹Para Prusia y Austria no tenemos el efectivo por años de servicio, lo que nos impide establecer los números proporcionales. En Francia se ha pretendido que si al terminar la guerra los suicidios militares habían disminuido, era porque el servicio se había hecho menos largo (5 años en lugar de 7). Pero esta disminución no se ha mantenido y, a partir de 1882, las cifras han subido sensiblemente. De 1882 a 1889 han vuelto a ser lo que eran antes de la guerra, oscilando entre 322 y 424 por millón, y esto aunque el servicio haya sufrido una nueva reducción: 3 años en lugar de 5.

2º La vida militar es mucho menos penosa, la disciplina menos ruda para los oficiales y suboficiales que para los simples soldados. El coeficiente de agravación de las dos primeras categorías debería, pues, ser inferior al de la tercera. Sin embargo, lo contrario es lo que tiene lugar; lo hemos establecido ya para Francia; el mismo hecho se encuentra en otros países. En Italia, los oficiales presentaban, durante los años 1871-1875, un promedio anual de 565 casos por millón, mientras que la tropa no contaba más que 230 (Morselli). Para los suboficiales, el porcentaje es todavía mayor: excede de 1 000 por millón. En Prusia, mientras que los simples soldados no dan más que 560 suicidios por millón, los suboficiales suministran 1 140. En Austria hay un suicidio de oficial por nueve suicidios de simples soldados, cuando, evidentemente, hay mucho más de nueve hombres de tropa por oficial. Del mismo modo, aunque no haya un suboficial para dos soldados, hay un suicidio de los primeros por 2.5 de los segundos.

3º El disgusto en la vida militar debería ser menor en los que la eligen libremente y por vocación. Los enganchados voluntarios y los reenganchados deberían presentar una menor aptitud para el suicidio. A pesar de todo, éste está excepcionalmente crecido entre ellos.

Años	Enganchados voluntarios..... Reenganchados...	Porcentaje de suicidios por 1 millón	Edad media probable	Porcentaje de los célibes civiles de la misma edad (1889-91)	Coeficiente de agravación
1875-78...	}	670	25 años.	Entre 237 y 394 o sea 315.....	2,12
		1.300	30 años.	Entre 394 y 627 o sea 510.....	2,54

Por las razones que hemos expuesto, esos coeficientes, calculados con relación a los célibes de 1889-1891, están por debajo de la realidad. La intensidad de la inclinación que mani-

fiestan los reenganchados es, sobre todo, notable, puesto que continúan en el ejército después de haber hecho la experiencia de la vida militar.

Así, los miembros del ejército a quienes ataca más el suicidio son los que tienen más vocación por esta carrera, los que están más hechos a sus exigencias y más al abrigo de las molestias e inconvenientes que puede tener. Es porque el coeficiente agravatorio especial de esta profesión tiene por causa no la repugnancia que inspira, sino, por el contrario, el conjunto de estados, costumbres adquiridas o predisposiciones naturales que constituyen el espíritu militar. La primera cualidad del soldado es una especie de impersonalidad que no se encuentra en ninguna parte, en el mismo grado, en la vida civil.

Es preciso que esté ejercitado en hacer poco caso de su existencia, puesto que debe hallarse dispuesto a su sacrificio en cuanto se le ordene. Aun aparte de estas circunstancias excepcionales, en tiempo de paz, y en la práctica cotidiana de la profesión, la disciplina exige que obedezca sin discutir y aun muchas veces sin comprender. Pero para eso es necesaria una abnegación intelectual poco compatible con el individualismo. Es preciso estar muy débilmente apegado a la individualidad para conformarse tan rápidamente con los impulsos exteriores. En una palabra, el soldado tiene los principios de su conducta fuera de sí mismo, que es lo que caracteriza al estado de altruismo. De todas las partes que componen nuestras sociedades modernas el ejército es, por lo demás, la que recuerda mejor la estructura de las sociedades inferiores. Consiste también en un grupo macizo y compacto que enmarca fuertemente al individuo y le impide moverse con movimiento propio. Puesto que esta constitución moral es, pues, el terreno natural del suicidio altruista, hay mucha razón para suponer que el suicidio militar tiene ese mismo carácter y proviene del mismo origen.

Así se explicará por qué el coeficiente agravatorio aumenta con la duración del servicio; es que esta aptitud para la renun-

cia, este gusto por la impersonalidad se desarrolla por consecuencia de un adiestramiento más prolongado. Del mismo modo, como el espíritu militar es necesariamente más fuerte en los reenganchados y en los que tienen graduación que en los simples soldados, es natural que los primeros estén más especialmente inclinados al suicidio que los segundos. Esta hipótesis permite, además, comprender la singular superioridad que los suboficiales tienen, a este respecto, sobre los oficiales. Si se matan más es porque no hay función que exija hasta tal grado el hábito de la sumisión y de la pasividad. Por disciplinado que esté el oficial, debe ser, en cierta medida, capaz de iniciativa; tiene un campo de acción más extenso y por consiguiente una individualidad más desarrollada. Las condiciones favorables al suicidio altruista están, pues, menos realizadas en él que en el suboficial; teniendo un sentimiento más vivo de lo que vale su vida, está menos propenso a deshacerse de ella.

Esta explicación no sólo es la de los hechos que han sido anteriormente expuestos, sino que está, además, confirmada por los que siguen:

1º Del cuadro XXIII se desprende que el coeficiente de agravación militar es tanto más elevado cuanto menos inclinación al suicidio tenga la población civil, e inversamente.

En Dinamarca, la tierra clásica del suicidio, los soldados no se matan más que el resto de los habitantes. Los ejércitos más fecundos en suicidios son, en seguida, Sajonia, Prusia y Francia; el ejército no está en ellas muy atacado; su coeficiente de agravación varía entre 1.25 y 1.77. Por el contrario, es muy considerable para Austria, Italia, Estados Unidos e Inglaterra, países donde las clases civiles se matan muy poco. Rosenfeld, en el artículo citado, habiendo procedido a una clasificación de los principales países de Europa desde el punto de vista del servicio militar, sin pensar, por otra parte, en sacar de esta consecuencia ninguna clasificación teórica, ha llegado a los

mismos resultados. He aquí, en efecto, en qué orden colocados diferentes Estados con los coeficientes calculados por él:

	Coeficiente de agravación de los soldados con respecto a los civiles de 20-30 años	Porcentaje de la población civil por millón
Francia.....	1,3	150 (1871-75)
Prusia.....	1,8	133 (1871-75)
Inglaterra.....	2,2	73 (1876)
Italia.....	entre 3 y 4	37 (1874-77)
Austria.....	8	72 (1864-72)

Salvo que Austria debería venir antes que Italia, la inversión es absolutamente regular.⁴⁰

Aun se observa de una manera más notable en el interior del imperio austrohúngaro. Los cuerpos de ejército que tienen el coeficiente de agravación más elevado son los que están de guarnición en las regiones donde las clases civiles gozan de la más fuerte inmunidad, e inversamente:

TERRITORIOS MILITARES	Coeficiente de agravación de los soldados respecto a los civiles de más de veinte años	Suicidios de los civiles de más de veinte años, por millón
Viena (Austria inferior y superior Salzburgo).....	1,42	660
Brunn (Moravia y Silesia)...	2,41	580
Praga (Bohemia).....	2,58	620
Innsbruck (Tyrol, Vorarlberg).....	2,41	240
Zara (Dalmacia).....	3,48	250
Graz (Steiermarck, Carinthia, Carniola).....	3,58	290
Cracovia (Galitzia y Bukovina).....	4,41	810
	Promedio 2,46	Promedio 480
	Promedio 3,82	Promedio 283

⁴⁰Se puede preguntar si la enormidad del coeficiente de agravación militar en Austria no procede de que la estadística de los suicidios en el ejército está mejor llevada que en la población civil.

Sólo hay una excepción: la del Innsbruck, donde el porcentaje de los civiles es débil y donde el coeficiente de agravación no es más que mediano.

Del mismo modo, en Italia, Bolonia es, de todos los distritos, aquel donde menos se matan los soldados (180 suicidios por un millón); es también donde más se matan los civiles (89.5).

Las Ponilles y los Abruzos, al contrario, cuentan muchos suicidios militares (370 y 400 por millón), y sólo 15 o 16 suicidios civiles. Observaciones análogas se pueden hacer en Francia. El gobierno militar de París, con 260 suicidios por un millón, está muy por debajo del cuerpo de ejército de Bretaña, que tiene 140. Aun en París, el coeficiente de agravación debe ser insignificante, puesto que en el Sena un millón de célibes de veinte a veinticinco años da 214 suicidios.

Esos hechos prueban que las causas del suicidio militar son no sólo diferentes, sino inversas de las que más contribuyen a determinar los suicidios civiles. En las grandes sociedades europeas esos últimos son, sobre todo, debidos a la individuación excesiva que acompaña a la civilización. Los suicidios militares deben depender, pues, de la disposición contraria, a saber: de una individuación débil, o de lo que hemos llamado el estado de altruismo. De hecho, los pueblos donde el ejército está más predisposto al suicidio son también aquellos menos adelantados, y cuyas costumbres se acercan más a las que se observan en las sociedades inferiores. El tradicionalismo, ese antagonismo por excelencia del espíritu individualista, está mucho más desarrollado en Italia, Austria y aun en Inglaterra, que en Sajonia, Prusia y Francia. Es más intenso en Zara y en Cracovia que en Graz y que en Viena; en las Ponilles que en Roma o en Bolonia; en la Bretaña que en el Sena. Como preserva del suicidio egoísta, se comprende sin pena que donde aún es poderoso, la población civil cuente pocos suicidios. Sólo que no tiene esta influencia profiláctica más que cuando permanece mode-

rado. Si excede de cierto grado de intensidad, llega a ser una fuente originaria de suicidios. Pero el ejército, como sabemos, tiende necesariamente a exagerarlo, y está tanto más expuesto a exceder la medida cuanto más ayudada y reforzada sea su propia acción por la del medio ambiente. La educación que da tiene efectos tanto más violentos cuanto más conforme se encuentra con las ideas y con los sentimientos de la población civil misma; porque entonces ya no está contenida por nada. Al contrario, donde el espíritu militar está sin cesar y energicamente contradicho por la moral pública, no puede ser tan fuerte como donde todo concurre a inclinar al joven soldado en la misma dirección. Se explica, pues, que en los países en que el estado de altruismo es suficiente para proteger en cierta medida el conjunto de la población, el ejército la lleve fácilmente a tal punto, y sea en ella la causa de una notable agravación.⁴¹

2º En todos los ejércitos, las tropas escogidas son las que tienen más elevado coeficiente de agravación.

	Edad media real o probable	Suicidios por un millón	Coeficiente de agravación
Cuerpos especiales de París...	de 30 a 35	570 (1862-78)	2,45
Gendarmería...	—	570 (1873)	2,45
Veteranos (sumados en 1872).....	de 45 a 55	2.860	2,37

{ Con respecto a la población civil masculina, de 35 años, reunidos todos los estados civiles (42)
 { Con respecto a los célibes de la misma edad de los años 1889-91.

⁴¹Se notará que el estado de altruismo es inherente a la región. El cuerpo de ejército de Bretaña no está compuesto exclusivamente de bretones, pero sufre la influencia del estado moral ambiente.

⁴²Porque los gendarmes y los guardias municipales son a menudo casados.

Esa última cifra, calculada con respecto a los célibes, desde 1889-1891, es mucho más débil, y sin embargo resulta muy superior a la de las tropas ordinarias. Del mismo modo, en el ejército de Argelia, que pasa por ser escuela de virtudes militares, el suicidio ha dado, durante el periodo 1872-1878, una mortalidad doble de la que han suministrado, en el mismo momento, las tropas estacionadas en Francia (570 suicidios por un millón, en lugar de 280). Al contrario, las armas menos atacadas son los pontoneros, los ingenieros, los enfermeros, los obreros de administración, es decir, aquellas cuyo carácter militar está menos acusado. Del mismo modo, en Italia, mientras que el ejército en general, durante los años 1878-1881, daba solamente 430 casos por millón, los *bersaglieri* tenían 580, los carabineros 800, las escuelas militares y los batallones de instrucción 1 010.

Lo que distingue a las tropas elegidas es el grado intenso a que llega en ellas el espíritu de abnegación y de renunciamiento militar. El suicidio en el ejército varía siguiendo ese estado moral.

39 Una última prueba de esta ley es que el suicidio militar está por todas partes en decadencia. En Francia, en 1862, había 630 casos por millón; en 1890 no hay más que 280. Se ha pretendido que esta disminución se debe a las leyes que han reducido la duración del servicio. Pero el movimiento regresivo es muy anterior a la nueva ley de reclutamiento. Es continuo desde 1862, salvo un alza bastante importante de 1882 a 1888.⁴³ Además se le encuentra en todas partes. En Prusia, los suicidios militares han pasado de 716 por millón en 1877, a

⁴³ Esta alza es demasiado importante para ser accidental. Si se observa que se ha producido exactamente en el momento en que comenzaba el periodo de las empresas coloniales, se tiene derecho a preguntar si las guerras que aquellas han producido no han determinado un despertar del espíritu militar.

457 en 1893; en toda Alemania de 707 en 1877, a 550 en 1890; en Bélgica, de 391 en 1885, a 185 en 1891; en Italia, de 431 en 1876, a 389 en 1892. En Austria y en Inglaterra la disminución es poco sensible, pero no hay aumento (1 209. en 1892, en el primero de esos países, y 210 en el segundo, en 1890, en lugar de 1 277 y 217 en 1876).

Ahora bien; si nuestra explicación tiene fundamento, es así, desde luego, como debían pasar las cosas. En efecto, el hecho constante es que, durante el mismo tiempo, se ha producido en todos los países un retroceso del viejo espíritu militar. Con razón o sin ella, esos hábitos de obediencia pasiva, de sumisión absoluta, en una palabra, de impersonalidad, se han encontrado cada vez más en contradicción con las exigencias de la conciencia pública. Por consiguiente han perdido terreno. Para dar satisfacción a las nuevas aspiraciones, la disciplina se ha hecho menos rígida, menos opresora del individuo.⁴⁴

Por otra parte, es notable que en esas mismas sociedades, y durante el mismo tiempo, los suicidios civiles no han hecho más que aumentar. Esta es una nueva prueba de que la causa de que dependen tiene una naturaleza contraria a la que engendra, más generalmente, la aptitud específica de los soldados.

Todo prueba que el suicidio militar no es más que una forma del suicidio altruista. Seguramente no queremos decir que todos los casos particulares que se producen en los regimientos tienen ese carácter y ese origen. El soldado, al vestir el uniforme, no se convierte en un hombre enteramente nuevo; los efectos de la educación que ha recibido, de la existencia que hasta entonces ha llevado, no desaparecen como por encanto; y, por otra parte, no está tan separado del resto de la sociedad para que no participe en la vida común. Puede ocurrir

⁴⁴ No queremos decir que los individuos sufrirían por esta opresión y se mataban porque la sufrirían. Se mataban más porque estaban más individualizados.

que el suicidio que comete sea en alguna ocasión civil por sus causas y por su naturaleza. Pero una vez que se han eliminado esos casos esparcidos, sin lazos entre sí, queda un grupo compacto y homogéneo, que comprende la mayor parte de los suicidios, cuyo teatro es el ejército y que depende de ese estado de altruismo, sin el cual no hay espíritu militar. Este es el suicidio de las sociedades inferiores, que sobrevive entre nosotros porque la moral militar es, en ciertos aspectos, una supervivencia de la moral primitiva.⁴⁵ Bajo el influjo de esta predisposición, el soldado se mata por la menor contrariedad, por los motivos más fútiles, por un permiso rehusado, por una reprensión, por un castigo injusto, por una detención en su ascenso, por una cuestión de honor o por un acceso de celos pasajeros, o hasta, sencillamente, porque han tenido lugar otros suicidios ante su vista y ante su conocimiento. He aquí, en efecto, de dónde provienen esos fenómenos de contagio que se han observado a menudo en los ejércitos y de que más arriba hemos citado ejemplos. Son inexplicables si el suicidio depende esencialmente de causas individuales. No se puede admitir que el azar haya reunido justamente en tal regimiento, sobre tal punto del territorio, un número tan grande de individuos predispuestos al homicidio de sí mismos por su constitución orgánica. Por otra parte, es más inadmisibles que tal propagación imitativa pueda tener lugar fuera de toda predisposición. Pero el hecho se explica fácilmente cuando se reconoce que la carrera de las armas desarrolla una constitución moral que inclina poderosamente al hombre a deshacerse de la existencia. Porque es natural que esta constitución se encuentre en diversos grados, en la mayor parte de los que están o han pasado por el ejército, y

⁴⁵ Lo que no quiere decir que deba desaparecer desde ahora. Dichas supervivencias tienen sus razones de ser, y es natural que una parte del pasado subsista en el seno del presente. La vida está hecha de estas contradicciones.

como ella es para los suicidios un terreno eminentemente favorable, hace falta poco para traducir en actos la inclinación a matarse que encubre; basta el ejemplo para tal fin. Por eso se esparce como un reguero de pólvora en los sujetos así preparados a seguirle.

III

Ahora se puede comprender mejor el interés que habrá en dar una definición objetiva del suicidio y en permanecer fiel a ella.

Como el suicidio altruista, aun presentando los rasgos característicos del suicidio, se acerca, sobre todo en sus manifestaciones más notables, a ciertas categorías de actos que estamos habituados a honrar con nuestra estimación y aun con nuestra admiración, se ha rehusado a menudo el considerarlo como un homicidio de sí mismo. Se recuerda que para Esquirol y Falret la muerte de Catón y la de los girondinos no eran suicidios. Pero entonces, si los suicidios que tienen por causa visible o inmediata el espíritu de renunciamento y de abnegación no merecen ser calificados así, no podría el concepto convenir más a los que proceden de la misma disposición moral, aunque de una manera menos aparente; porque los segundos no difieren de los primeros más que por algunos matices. Si el habitante de las islas Canarias que se precipita en una mina para honrar a su dios no es un suicida, ¿cómo dar ese nombre al sectario de Siria que se mata para entrar en la nada; al primitivo que, bajo la influencia del mismo estado mental, renuncia a la existencia por una ligera ofensa que ha sufrido o simplemente para manifestar su desprecio de la vida; al quebrado, que prefiere no sobrevivir a su deshonor; en fin, a esos numerosos soldados que vienen a engrosar todos los años el contingente de las muertes voluntarias? Porque todos esos casos tienen por

raíz ese mismo estado de altruismo, que es igualmente la causa de lo que se podría llamar el suicidio heroico. ¿Se los clasificará solamente como suicidios, y no se excluirá a aquellos cuyo móvil es particularmente puro? Pero, por lo pronto, ¿con qué criterio se dividirán? ¿Cuándo deja de ser un motivo bastante laudable para que el acto que determina pueda ser calificado de suicidio? Luego, al separar radicalmente una de otra esas dos categorías de hechos, se está condenado a desconocer su naturaleza. Porque es en el suicidio altruista obligatorio donde están mejor señalados los caracteres esenciales del tipo. Las otras variedades no son más que formas que de él derivan. Así, o bien se tendrá como no acaecido un grupo considerable de fenómenos instructivos, o bien, si no se les rechaza a todos, aparte de que no se podrá hacer entre ellos más que una elección arbitraria, se estará en la imposibilidad de conocer el tronco común al que se enlazan los que se hayan retenido. Tales son los peligros a que se está expuesto cuando se hace depender la definición del suicidio de los sentimientos objetivos que inspira.

Por otra parte, aun las razones de sentimiento por las que se cree justificar esta exclusión no están fundadas. Se apoyan en el hecho de que los móviles de que proceden ciertos suicidios altruistas se encuentran, bajo una forma apenas diferente, en la base de los actos que todo el mundo considera como morales. Pero, ¿ocurre de otro modo con el suicidio egoísta? ¿No tiene su moralidad el sentimiento de la autonomía individual, así como el sentimiento contrario? Si ésta es una condición de cierto valor, que fortalece los corazones y llega hasta endurecerlos, la otra los enternece y los hace propicios a la piedad. Si donde reina el suicidio altruista el hombre está siempre dispuesto a dar su vida, en desquite no hace más caso de la vida de otro. Por el contrario, donde pone tan alta la personalidad individual, que ya no percibe ningún fin que la exceda, la respeta en los demás. El culto que por ella tiene hace que sufra

por todo lo que pueda disminuirla, aun en sus semejantes. Una simpatía más amplia por los sufrimientos humanos sucede a las abnegaciones fanáticas de los tiempos primitivos. Cada clase de suicidios no es, pues, más que la forma exagerada o desviada de una virtud. Pero entonces, la manera cómo afectan a la conciencia moral no los diferencia lo bastante para que se tenga el derecho de hacer de ellos tantos géneros separados.

CAPITULO V
EL SUICIDIO ANOMICO

La sociedad no es solamente un objeto que atraiga, con una intensidad desigual, los sentimientos y la actividad de los individuos. Es también un poder que los regula. Existe una relación entre la manera de ejercer esta acción reguladora y el porcentaje social de los suicidios.

I

Es conocida la influencia agravante que tienen las crisis económicas sobre la tendencia al suicidio.

En Viena, en 1873, se declara una crisis financiera que alcanza su máximum en 1874 y en seguida se eleva el número de los suicidios. De 141 en 1872, suben a 153 en 1873, y a 216 en 1874, con un aumento de 51 por ciento con relación a 1872, y de 41 por ciento con relación a 1873. Lo que prueba que esta catástrofe es la única causa de tal crecimiento, el cual se hace sentir sobre todo en el momento en que la crisis se agudiza, es decir, durante los cuatro primeros meses de 1874. Desde el 1º de enero al 30 de abril se habían contado 48 suicidios en 1871, 44 en 1872, 43 en 1873; en 1874 fueron 73. El aumento es de 70 por ciento. Al producirse la misma crisis, en la misma época, en Francfort-sur-le-Mein, ocasionó los mismos efectos. En los años que precedieron a 1874 se producían 22 suicidios al año por término medio; en 1874 hubo 32, o sea un 45 por ciento más.

No se ha olvidado el famoso *crac* que se produjo en la Bolsa de París durante el invierno de 1892. Las consecuencias se hicieron sentir no solamente en París, sino en toda Francia. Desde 1874 a 1886, el crecimiento medio anual no es más que de un 2 por ciento; en 1882 es de un 7 por ciento. Además, no se reparte igualmente entre las diferentes épocas del año, sino que tiene lugar sobre todo durante los tres primeros meses, es decir, en el preciso instante en que se produjo el *crac*. A este solo trimestre corresponden las 49 centésimas del aumento total. De tal modo es esta elevación el producto de circunstancias excepcionales, que no solamente no se la encuentra en 1881, sino que ha desaparecido en 1883, aunque este último año tenga, en conjunto, unos pocos más suicidios que el precedente:

	1881	1882	1883
Año total.....	6.741	7.213 (+ 7 0/0)	7.267
Primer trimestre.....	1.589	1.170 (+ 11 0/0)	1.604

Esta relación no se comprueba solamente en algunos casos excepcionales: es la ley. La cifra de las quiebras es un barómetro que refleja con sensibilidad suficiente las variaciones por que pasa la vida económica. Cuando de un año a otro se hacen bruscamente más numerosas, se puede estar seguro de que se ha producido alguna grave perturbación. Desde 1845 a 1869 se han originado tres veces estas súbitas elevaciones, síntomas de crisis.

Mientras que durante este periodo el crecimiento anual del número de quiebras es de 3.2 por ciento, en 1847 es de 26 por ciento; en 1854 de 37 por ciento, y en 1861 de 20 por ciento. Ahora bien, en estos tres momentos se comprueba igualmente una ascensión, excepcionalmente rápida, en la cifra de los suicidios. Mientras que, durante estos 24 años, el aumento

medio anual es solamente de 2 por ciento; en 1847 es de 17 por ciento; en 1854 de 8 por ciento; en 1861 de 9 por ciento.

¿Pero a qué deben su influencia estas crisis? ¿Es porque al hacer vacilar la fortuna pública aumenta la miseria? ¿Es porque al tornarse la vida más difícil se renuncia a ella de mejor gana? La explicación seduce por su sencillez; por otra parte, se halla conforme con la concepción corriente del suicidio, pero está contradicha por los hechos.

En efecto, si las muertes voluntarias aumentasen cuando la vida se hace más ruda, deberían disminuir sensiblemente cuando el bienestar aumenta. Ahora bien: si cuando el precio de los artículos de primera necesidad se eleva con exceso, los suicidios generalmente hacen lo mismo, no se comprueba que desciendan por bajo del término medio en el caso contrario. En Prusia, en 1850, el trigo alcanzó el precio más bajo de todo el periodo 1848-1881; estaba a 6.91 marcos los 50 kilos; sin embargo, en este mismo momento, los suicidios, de 1 527, donde estaban en 1849, pasan a 1 736, esto es, sufren un aumento de 13 por ciento y continúan creciendo durante los años 1851, 1852 y 1853, aunque la baratura persistía. En 1859 se produjo una nueva baja; sin embargo, los suicidios se elevan de 2 038 en 1857, a 2 126 en 1858, a 2 146 en 1859. De 1863 a 1866, los precios, que habían alcanzado 11.04 marcos en 1861, caen progresivamente hasta 7.95 marcos en 1864, y permanecen muy mediados durante todo el periodo; los suicidios, durante este mismo tiempo, aumentan de 17 por ciento (2 112 en 1862, 2 485 en 1866).¹ En Baviera se observan hechos análogos. Según una curva construida por Mayr² para el periodo 1835-1861, es, durante los años 1857-1858 y 1858-1859, cuando ha estado más bajo el precio del centeno;

¹V. Starck, *Verbrechen und Vergehen in Preussen*, Berlín, 1884, p. 55.

²*Die Gesetzmässigkeit in Gesellschaftsleben*, p. 345.

ahora bien: los suicidios, que en 1857 no eran más que 286, suben a 329 en 1858, después a 387 en 1859. El mismo fenómeno se había producido durante los años 1848-1850; el trigo, en este momento, había estado muy barato, como en toda Europa. Y, sin embargo, a pesar de una disminución ligera y provisional de la que hemos hablado, debida a los acontecimientos políticos, los suicidios se mantuvieron en el mismo nivel. Se contaban 217 en 1847, todavía eran 215 en 1848, y si en 1849 descendieron un instante a 189, desde 1850 vuelven a subir, y se elevan hasta 250.

Tampoco contribuye el crecimiento de la miseria al de los suicidios, que hasta las crisis dichosas, cuyo efecto es el de acrecentar bruscamente la prosperidad de un país, influyen en el suicidio lo mismo que los desastres económicos.

La conquista de Roma por Víctor Manuel en 1870, al fundar definitivamente la unidad de Italia, ha sido para ese país el punto de partida de un movimiento de renovación que está en camino de hacer de ella una de las grandes potencias de Europa. El comercio y la industria recibieron un vivo impulso y le produjeron transformaciones de extraordinaria rapidez. Mientras que en 1876, 4 459 calderas de vapor, con una fuerza total de 54 000 caballos, bastaban a las necesidades industriales, en 1887 el número de máquinas era de 9 983, y su poder, elevado a 167 000 caballos de vapor, estaba triplicado. Naturalmente la cantidad de los productos aumentó durante el mismo tiempo en la misma proporción.³ Los cambios siguieron la proporción; no solamente la marina mercante, las vías de comunicación y de transporte se desarrollaron, sino que el número de las cosas y las personas transportadas se duplicó.⁴ Como esta actividad general trajo un aumento de los salarios (se estima en 35 por-

³V. Fornasari di Verce, *La criminalità e le vicende economiche d'Italia*, Turín, 1894, pp. 77-83.

⁴*Ibid.*, pp. 108-117.

ciento el aumento de 1873 a 1879), la situación material de los trabajadores mejoró tanto que, en este momento, el precio del pan fue bajando.⁵ En fin, según los cálculos de Bodio, la riqueza privada había pasado de 45 500 millones, más o menos, durante el periodo 1875-1880, a 51 000 millones durante los años 1880-1885, y 54 500 millones en 1885-1890.⁶

Ahora bien, paralelamente a este renacimiento colectivo, se comprueba un aumento excepcional en el número de suicidios. De 1866 a 1870 habían permanecido casi constantes; de 1871 a 1877 aumentan un 36 por ciento. Había en

1864-70.	29 suicidios por un millón.	1874....	37 suicidios por un millón.
1871....	31	1875....	34
1872....	33	1876....	36,5
1873....	36	1877....	40,6

Y después el movimiento ha continuado. La cifra total, que era de 1 139 en 1877, ha pasado a 1 463 en 1889, o sea un nuevo aumento de 28 por ciento.

En Prusia se ha producido el mismo fenómeno en dos ocasiones. En 1866 este reino obtiene un primer aumento. Se anexiona muchas provincias importantes al mismo tiempo que llega a ser la capital de la Confederación del Norte.

Esta ganancia de gloria y de poder se acompaña en seguida de una brusca floración de suicidios. Durante el periodo 1856-1860 hubo, por término medio anual, 123 suicidios por un millón, y 122 solamente durante los años 1861-1865. En el quinquenio 1866-1870, a pesar de la baja que se produjo en 1870, el término medio se eleva a 133. En el año 1867, el que siguió inmediatamente a la victoria, es cuando los suicidios alcanzaron el punto más alto a que habían llegado desde 1816 (un suicidio por 5 423 habitantes, mientras que en 1864 no había más que un caso sobre 8 739).

⁵V. Fornasari di Verce, *op. cit.*, pp. 86-104.

⁶El aumento es menor en el periodo 1885-1890, a consecuencia de una crisis financiera.

Al terminar la guerra de 1870, se produjo una nueva transformación feliz. Alemania se ha unificado y colocado por completo bajo la hegemonía de Prusia. Una enorme indemnización de guerra viene a engrosar la fortuna pública; el comercio y la industria se desarrollan. Jamás ha sido tan rápido el desenvolvimiento del suicidio. De 1875 a 1886 aumenta un 70 por ciento, pasando de 3 278 a 6 212.

Las exposiciones universales, cuando tienen éxito, son consideradas como un feliz acontecimiento en la vida de una sociedad. Estimulan los negocios, traen más dinero al país y pasan a aumentar la prosperidad pública, sobre todo en la ciudad misma donde tienen lugar. Sin embargo, no es imposible que al final se cancelen con una elevación considerable de la cifra de los suicidios. Es lo que parece, sobre todo, haberse cumplido en la exposición de 1878. El aumento ha sido, ese año, el más elevado que se haya producido de 1874 a 1886. Fue de un 8 por ciento; en consecuencia, superior al que determinó el *crac* de 1882. Y lo que no permite ni siquiera suponer que esta recrudescencia haya tenido otra causa que la exposición, es que los 86 centésimos de este aumento han tenido lugar justamente durante los seis meses que ha durado.

En 1889 no se ha reproducido el mismo hecho para el conjunto de Francia. Pero es posible que la crisis *boulangista*, por la influencia depresiva que ha ejercido sobre la marcha de los suicidios, haya neutralizado los efectos contrarios de la exposición. Lo cierto es que en París, y aunque las pasiones políticas desencadenadas hubiesen debido tener la misma relación que en el resto del país, pasaron las cosas como en 1878. Durante los siete meses de la exposición, los suicidios aumentaron cerca de un 10 por ciento, exactamente 9.66, mientras que en el

	1888	1889	1890
Los siete meses que corresponden a la Exposición.....	517	567	540
Los otros cinco meses.....	319	311	356

resto del año permanecieron por debajo de lo que habían sido en 1888 y de lo que fueron en seguida en 1890.

Puede preguntarse que sin el *boulangismo* no hubiese sido el alza más pronunciada.

Pero lo que demuestra mejor aún que el desastre económico no tiene la influencia agravante que se le ha atribuido a menudo, es que produce más bien el efecto contrario. En Irlanda, donde el aldeano vive una vida tan penosa, se matan muy poco. La miserable Calabria no cuenta, por decirlo así, con suicidios; España tiene 10 veces menos que Francia. Hasta se puede decir que la miseria protege. En los diferentes departamentos franceses, los suicidios son tanto más numerosos cuanto más gentes hay que viven de sus rentas.

Departamentos donde se produce por 100.000 habitantes (1878-1887)	Número medio de las personas que viven de sus rentas por 1.000 habitantes en cada grupo de departamentos (1886)
De 48 a 43 suicidios, 5 departamentos.	127
— 38 a 31 — 6 —	73
— 30 a 24 — 6 —	69
— 23 a 18 — 15 —	59
— 17 a 13 — 18 —	49
— 12 a 8 — 26 —	49
— 7 a 3 — 10 —	42

Así pues, si las crisis industriales o financieras aumentan los suicidios, no es por lo que empobrecen, puesto que las crisis de prosperidad tienen el mismo resultado; es porque son crisis, es decir, perturbaciones de orden colectivo.⁷

Toda rotura de equilibrio, aun cuando de ella resulte un

⁷Para probar que el mejoramiento del bienestar disminuye los suicidios, se ha tratado muchas veces de sostener que, cuando la emigración, esta válvula de seguridad de la miseria se practica ampliamente (v. Legoyt, pp. 257-259). Pero los casos son numerosos cuando en lugar de una inversión se comprueba un paralelismo entre esos dos fenómenos. En Italia, de 1876 a 1890, el número de los emigrantes ha pasado de 76 por 100 000 a 335, cifra que aun ha sido sobrepasada de 1887 a 1889. Al mismo tiempo, los suicidios no han dejado de crecer.

bienestar más grande y un alza de la vitalidad general, empuja a la muerte voluntaria. Cuantas veces se producen en el cuerpo social graves reorganizaciones, ya sean debidas a un súbito movimiento de crecimiento o a un cataclismo inesperado, el hombre se mata más fácilmente. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo lo que se considera generalmente como un mejoramiento de la existencia puede separar de ella?

Para contestar a esta pregunta son necesarias algunas consideraciones prejudiciales.

II

Un ser vivo cualquiera no puede ser feliz, y hasta no puede vivir más que si sus necesidades están suficientemente en relación con sus medios. De otro modo, si exigen más de lo que se les puede conceder, estarán contrariadas sin cesar y no podrán funcionar sin dolor. Ahora bien: un movimiento que no puede producirse sin sufrimiento tiende a no reproducirse. Las tendencias que no están satisfechas se atrofian, y como la tendencia a vivir no es más que el resultado de todas las otras, tiene que debilitarse si las otras se aflojan.

En el animal, a lo menos en estado normal, este equilibrio se establece con una espontaneidad automática, porque depende de condiciones puramente materiales. Todo lo que reclama el organismo es que las cantidades de substancia y de energía, empleados sin cesar en vivir, sean reemplazadas periódicamente por cantidades equivalentes: que la reparación sea igual al desgaste. Cuando el vacío que la vida ha ahondado con sus propios recursos está colmado, el animal se encuentra satisfecho y no pide nada más. Su reflexión no está bastante desarrollada para imaginar otros fines que los implícitos en su naturaleza física. Por otra parte, como el trabajo pedido a cada órgano depende del estado general de las fuerzas vitales y de las necesi-

dades del equilibrio orgánico, el desgaste, a su vez, se regula sobre la reparación, y la balanza se realiza por sí misma. Los límites del uno son también los de la otra: están igualmente inscritos en la constitución misma del viviente, que no tiene medios de sobrepasarlos.

Pero no ocurre lo mismo con el hombre, porque la mayor parte de sus necesidades no están, o no están en el mismo grado, bajo la dependencia del cuerpo. En rigor, se puede todavía considerar como determinable la cantidad de alimentos materiales necesarios al sostenimiento físico de una vida humana, aunque la determinación sea ya menos estrecha que en el caso precedente y el margen más ampliamente abierto a las libres combinaciones del deseo; porque, más allá del límite indispensable con el que la naturaleza está pronta a conformarse cuando procede instintivamente, la reflexión más despierta hace entrever condiciones mejores, que aparecen como fines deseables y que solicitan la actividad. Sin embargo, se puede admitir que los apetitos de ese género encuentran, tarde o temprano, un límite que no pueden franquear. Pero ¿cómo fijar la cantidad de bienestar, de confort, de lujo que puede legítimamente perseguir un ser humano? Ni en la constitución orgánica, ni en la educación psicológica del hombre se encuentra nada que marque un límite a semejantes inclinaciones. El funcionamiento de la vida individual no exige que se detengan más bien aquí que allá; la prueba es que no han hecho más que desenvolverse desde el comienzo de la historia, que se le han concedido satisfacciones siempre más completas, y que, sin embargo, la salud media no se ha ido debilitando. Sobre todo, ¿cómo establecer la manera en que deben variar, según las condiciones, las profesiones, la importancia relativa de los servicios, etcétera? No hay ninguna sociedad en que sean igualmente satisfechas en los diferentes grados de la jerarquía social. Sin embargo, en sus rasgos esenciales, la naturaleza es sensiblemente la misma en todos los ciudadanos. No es, pues, ella quien puede asignar a

las necesidades este límite variable que les sería preciso. Por consecuencia, en cuanto dependan del individuo solamente, son ilimitadas. Por sí misma, hecha abstracción de todo poder exterior que la regule, nuestra sensibilidad es un abismo sin fondo que nada puede colmar.

Pero entonces, si nada viene a contenerla desde fuera, no puede ser por sí misma más que un manantial de tormentos. Porque los deseos ilimitados son insaciables por definición, y no sin razón se ha considerado la insaciabilidad como un progreso morboso. Puesto que nada los limita, sobrepasan siempre e indefinidamente los medios de que disponen; nada sabría calcularlos, pues una sed inextinguible es un suplicio perpetuamente renovado. Es cierto que se ha dicho que es propio de la actividad humana desplegarse sin término asignable y proponerse fines que no puede alcanzar. Pero es imposible percibir cómo tal estado de indeterminación se concibe más bien con las condiciones de la vida mental, que con las exigencias de la vida física. Por mucho placer que el hombre experimente al obrar, al moverse, al esforzarse, aun es preciso que sienta que sus esfuerzos no son vanos y que al marchar avanza. Ahora bien, no se adelanta cuando no se marcha hacia algún fin, o, lo que viene a ser lo mismo, cuando el objeto a que se tiende es el infinito. Siendo siempre la misma la distancia de la que se queda alejado, cualquiera sea el camino que se recorra, resulta como si uno se hubiese inútilmente agitado sobre el mismo sitio. Hasta las miradas echadas atrás y el sentimiento de orgullo que se puede experimentar al considerar el espacio ya recorrido, no podrían causar más que una satisfacción ilusoria, puesto que el espacio que queda para recorrer no ha disminuido en proporción. Perseguir un fin inaccesible por hipótesis es condenarse a un perpetuo estado de descontento. Sin duda el hombre llega a esperar contra toda razón; y hasta cuando es irrazonable, la esperanza tiene sus goces. Puede suceder, pues, que ella le sostenga algún tiempo, pero no podría sobrevivir indefinida-

mente a las decepciones repetidas de la experiencia. Ahora bien: ¿qué puede dar el porvenir más que el pasado, puesto que nunca será posible alcanzar un estado donde se pueda permanecer, y puesto que no es posible ni siquiera acercarse al ideal vislumbrado? Así, cuanto más se tenga, más se querrá tener, puesto que las satisfacciones recibidas no hacen más que estimular las necesidades, en lugar de calmarlas. ¿Se dirá que la acción es agradable por sí misma? Pero, en primer lugar, es preciso que se ciegue bastante para no sufrir su inutilidad. Después, para que este placer sea percibido y venga a atemperar y velar a medias la inquietud dolorosa que acompaña, es preciso, al menos, que este movimiento sin fin se despliegue siempre con comodidad y sin contrariedad alguna. Pero que se le pongan trabas, y quede la inquietud sola, con el malestar que lleva consigo. Sería un milagro si no surgiera nunca algún obstáculo infranqueable. En estas condiciones no se está unido a la vida más que por un hilo muy tenue y que a cada momento puede romperse.

Para que pase otra cosa es preciso, ante todo, que las pasiones sean limitadas. Solamente entonces podrán ser puestas en armonía con las facultades, y, por consiguiente, satisfechas. Pero, puesto que no hay nada en el individuo que pueda fijarles un límite, éste debe venirle necesariamente de alguna fuerza exterior a él. Es preciso que un poder regulador desempeñe para las necesidades morales el mismo papel que el organismo para las necesidades físicas. Es decir, que este poder no puede ser más que moral. Es el despertar de la conciencia lo que ha venido a romper el estado de equilibrio en el que dormitaba el animal; la conciencia solamente puede proporcionar los medios de restablecerlo. La coacción natural no produce aquí efecto; no es con fuerzas físicas con las que se pueden modificar los corazones. Cuando los apetitos no son detenidos automáticamente por mecanismos fisiológicos, no pueden detenerse más que delante del límite que reconozcan como justo. Los hom-

bres no consentirían en limitar sus deseos si se creyeran aptos para sobrepasar el límite que les está asignado. Sólo que esta ley de justicia no sabrían dictársela a sí mismos, por las razones que hemos dicho. Deben, pues, recibirla de una autoridad que respeten y delante de la cual se inclinen espontáneamente. La sociedad sola, sea directamente y en su conjunto, sea por medio de uno de sus órganos, está en situación de desempeñar este papel moderador; porque ella es el único poder moral superior al individuo, y cuya superioridad acepta éste. Ella sola tiene la autoridad necesaria para declarar el derecho y marcar a las pasiones el punto más allá del cual no deben ir. Ella sola, también, puede apreciar qué premio debe ofrecerse en perspectiva a cada orden de funcionarios, en bien del interés común.

En efecto, en cada momento de la historia hay, en la conciencia moral de las sociedades, un sentimiento obscuro de lo que valen, respectivamente, los diferentes servicios sociales, de la remuneración relativa que se debe a cada uno de ellos, y, por consecuencia, de la medida de las comodidades que convienen al promedio de los trabajadores de cada profesión. Las diferentes funciones están como jerarquizadas en la opinión, y se atribuye a cada una un cierto coeficiente de bienestar, según el lugar que ocupan en la jerarquía. Según las ideas admitidas hay, por ejemplo, cierto modo de vivir que se considera como el límite superior que puede proponerse el obrero en los esfuerzos que hace para mejorar su existencia, y un límite inferior bajo el cual se tolera difícilmente que descienda, si no se ha degradado gravemente.

Uno y otro son diferentes para el obrero de la ciudad y el del campo, para el criado y para el jornalero, para el empleado de comercio y para el funcionario, etcétera, etcétera. Del mismo modo se vitupera al rico que vive como pobre, pero se le vitupera también si persigue con exceso los refinamientos del lujo. En vano los economistas protestan; siempre será un escándalo para el sentimiento público que un particular pueda

emplear en consumiciones absolutamente superfluas una cantidad de riquezas demasiado grande, y hasta parece que esta intolerancia no se afloja más que en épocas de perturbación moral.⁸

Hay, pues, una verdadera reglamentación, que no por carecer siempre de una forma jurídica deja de fijar, con una precisión relativa, el máximo de bienestar que cada clase de sociedad puede legítimamente buscar o alcanzar. Por otra parte, la escala así establecida no tiene nada de inmutable. Cambiará según la renta colectiva crezca o disminuya, y según los cambios que experimentan las ideas morales de la sociedad. Así es que lo que tiene carácter de lujo para una época, no lo tiene para otra; que el bienestar que durante largo tiempo no estaba asignado a una clase más que a título excepcional, acaba por parecer como rigurosamente necesario y de estricta equidad.

Bajo esta presión, cada uno, en su esfera, se da cuenta vagamente del punto extremo a donde pueden ir sus ambiciones, y no aspira a nada más allá. Si por lo menos es respetuoso de la regla y dócil a la autoridad colectiva, es decir, si tiene una sana constitución moral, siente que no está bien exigir más. Así se marca a las pasiones un objetivo y un término. Indudablemente esta determinación no tiene nada de rígida ni de absoluta. El ideal económico asignado a cada categoría de ciudadanos está comprendido entre ciertos límites, dentro de los cuales los deseos pueden moverse con libertad. Pero no es ilimitado. Esta limitación relativa y la moderación que de ella resulta es la que hace que los hombres estén contentos con su suerte, al mismo tiempo que les estimula con medida a hacerla mejor; y este contento medio es el que produce ese sentimiento de goce

⁸ Esta reprobación es, en la actualidad, completamente moral, y no parece susceptible de ser sancionada jurídicamente. No creemos que un restablecimiento cualquiera de leyes suntuarias sea deseable o simplemente posible.

tranquilo y activo, ese placer de ser y vivir que, tanto para las sociedades como para los individuos, es la característica de la salud. Cada uno, por lo menos en general, está entonces en armonía con su condición y no desea más que lo que pueda legítimamente esperar, como precio normal de su actividad. Por otra parte, el hombre no está por esto condenado a una especie de inmovilidad. Puede tratar de embellecer su existencia; pero las tentativas que hace en este sentido pueden malograrse sin dejarle desesperado. Porque como ama lo que tiene y no pone toda su pasión en perseguir lo que no tiene, las novedades a las que le acontezca suspirar pueden faltar a sus deseos y a sus esperanzas, sin que le falte todo a la vez. Le queda lo esencial. El equilibrio de su dicha se establece porque está definido y no bastan algunos disgustos para trastornarlo.

Con todo, no servirá para nada que cada uno estimase como justa la jerarquía de las funciones tal como está organizada por la opinión, si al mismo tiempo no se considerase como igualmente justa la manera con que se reclutan esas funciones. El trabajador no se encuentra en armonía con su situación social si no está convencido de que tiene lo que debe tener. Si se cree apto para ocupar otra, la que tiene no puede satisfacerle. No basta, pues, que el nivel medio de las necesidades esté, para cada condición, regulado por el sentir público; aun es necesario que otra reglamentación, más precisa, fije la manera cómo las diferentes condiciones deben ser asequibles a los particulares. Y, en efecto, no hay sociedad donde esta reglamentación no exista. Varía según los tiempos y los lugares. Antaño hacía del nacimiento el principio casi exclusivo de la clasificación social; hoy no mantiene otra desigualdad nativa que la que resulta de la formación hereditaria y del mérito. Pero, bajo esas diversas formas, en todas partes tiene el mismo objeto. También en todas partes no es posible más que si se impone a los individuos por una autoridad que está por encima de ellos, es decir, por la autoridad colectiva. Porque no puede establecerse sin

pedir, a los unos y a los otros, sacrificios y concesiones en nombre del interés público.

Es cierto que algunos han creído que esta presión moral se haría inútil el día en que la situación económica cesara de ser transmitida hereditariamente. Se ha dicho que si la herencia fuese abolida y cada uno entrara en la vida con los mismos recursos, si la lucha entre los distintos competidores se entablase en condiciones de perfecta igualdad, ninguno podría encontrar resultados injustos. Todo el mundo sentiría espontáneamente que las cosas estaban como debían estar.

Efectivamente, no es dudoso que, cuanto más se aproxime esta igualdad ideal, menos necesaria será también la coacción social. Pero esto no es más que una cuestión de grado. Porque siempre subsistiría una herencia: la de los dones naturales. La inteligencia, el gusto, la valía científica, artística, literaria, industrial, el valor, la habilidad manual, son fuerzas que cada uno recibe al nacer, como el que ha nacido propietario recibe su capital, como el noble, en otro tiempo, recibía su título y su función. Será necesaria todavía una disciplina moral para hacer aceptar a los que la naturaleza ha favorecido menos, la situación inferior que deben al azar de su nacimiento. ¿Se irá hasta reclamar que el reparto sea igual para todos y que no se dé ninguna ventaja a los más útiles y meritorios? Pero entonces haría falta una disciplina muy enérgica para hacer aceptar a estos últimos un trato sencillamente igual al de los mediocres e impotentes.

Sólo que esta disciplina, del mismo modo que la precedente, no puede ser útil más que si es considerada como justa por los pueblos que se le han sometido. Cuando no se mantiene sino por la habilidad y la fuerza, la paz y la armonía sólo subsisten en apariencia; el espíritu de inquietud y el descontento están latentes; los apetitos, superficialmente contenidos, no tardan en desencadenarse. Es lo que ha sucedido en Roma y en Grecia, cuando las creencias, sobre las que reposaba

la vieja organización del patriciado y de la plebe, se quebrantaron; y en nuestras sociedades modernas, cuando los prejuicios aristocráticos empezaron a perder su ascendiente antiguo. Pero este estado de quebrantamiento es excepcional; no tiene lugar sino cuando la sociedad atraviesa alguna crisis enfermiza. Naturalmente, el orden social se reconoce como equitativo por la gran generalidad de los sujetos. Cuando decimos, pues, que es necesaria una autoridad para imponerlo a los particulares, de ningún modo entendemos que la violencia sea el solo medio de establecerlo. Porque esta reglamentación está destinada a contener las pasiones individuales, es preciso que emane de un poder que domine a los individuos, pero igualmente es preciso que se obedezca a este poder por respeto y no por temor.

Así, no es cierto que la actividad humana pueda estar libre de todo freno. Nada hay en el mundo capaz de gozar de tal privilegio. Porque todo ser, siendo una parte del universo, es relativo al resto del universo; en su naturaleza y la manera de manifestarla no depende solamente de sí mismo, sino de los otros seres que, por consiguiente, lo contienen y le dan reglas. Bajo este aspecto, no hay más que diferencias de grados y formas entre el mineral y el sujeto pensante. Lo que el hombre tiene de característico es que el freno a que está sometido no es físico, sino moral, es decir, social. Recibe su ley no de un medio material que se le impone brutalmente, sino de una conciencia superior a la suya y cuya imperiosidad siente. Porque la mayor y la mejor parte de su vida sobrepasa el cuerpo, escapa al yugo del cuerpo, pero sufre el de la sociedad.

Solamente cuando la sociedad está perturbada, ya sea por crisis dolorosas o felices, por demasiado súbitas transformaciones, es transitoriamente incapaz de ejercer esta acción; y he aquí de dónde vienen estas bruscas ascensiones de la curva de los suicidios, cuya existencia hemos establecido más arriba.

En efecto, en los casos de desastres económicos se produce como una descalificación que arroja bruscamente a ciertos

individuos en una situación inferior a la que ocupaban hasta entonces. Es preciso que rebajen sus exigencias, que restrinjan sus necesidades, que aprendan a contenerse más. Todos los frutos de la acción social se pierden en lo que les concierne; se ha de rehacer su educación moral. Ahora bien, la sociedad no puede plegarlos en un instante a esta vida nueva y enseñarles a ejercer sobre sí mismos este aumento de continencia al que no se hallaban acostumbrados. De ello resulta que no están ajustados a la condición que se les crea y que hasta su perspectiva les es intolerable; de aquí los sufrimientos que les apartan de una existencia empuñada, aun antes de que la hayan experimentado.

Pero no ocurre de otro modo si la crisis tiene por origen un brusco acrecentamiento del poderío y de la fortuna. Entonces, como las condiciones de vida han cambiado, la escala según la cual se regulan las necesidades no puede permanecer la misma, porque varía con los recursos sociales, y determina en globo la parte que debe corresponder a cada categoría de productores. La producción se ha alterado, pero, por otra parte, no podría improvisarse una nueva graduación. Hace falta tiempo para que los hombres y las cosas sean de nuevo clasificados por la conciencia pública. Hasta que las fuerzas sociales, así puestas en libertad, no hayan vuelto a encontrar el equilibrio, su valor respectivo permanece indeterminado, y, por consecuencia, toda reglamentación es defectuosa durante algún tiempo. Ya no se sabe lo que es posible y lo que no lo es, lo que es justo y lo que es injusto, cuáles son las reivindicaciones y las esperanzas legítimas, cuáles las que pasan de la medida. Por consiguiente, no hay nada que no se pretenda. Por poco profunda que sea esta conmoción, alcanza hasta los principios que presiden la distribución de los ciudadanos entre los diferentes empleos. Porque como las relaciones entre las diversas partes de la sociedad son necesariamente modificadas, las ideas que expresan esas relaciones no pueden permanecer las mis-

mas. Tal clase, que la crisis ha llevado... no está ya dispuesta a la misma resignación, y, de rechazo, espectáculo de su mayor fortuna despierta alrededor y por debajo de ella toda clase de codicias. Así, los apetitos que no están contenidos por una opinión desorientada, no saben dónde están los límites ante los que se deben detener. Por otra parte, en ese mismo momento están en un estado de eretismo natural, por la sola razón de que la vitalidad general es más intensa. Porque la prosperidad ha acrecido, los deseos se han exaltado. La presa más rica que se les ofrece los estimula, lo hace más exigentes, más impacientes a toda regla, justamente entonces cuando las reglas tradicionales han perdido su autoridad. El estado de irregularidad o de anomalía está, pues, reforzado por el hecho de que las pasiones se encuentran menos disciplinadas en el preciso momento en que tendrían necesidad de una disciplina más fuerte.

Pero entonces sus mismas exigencias hacen que sea imposible satisfacerlas. Las ambiciones sobreexcitadas van siempre más allá de los resultados obtenidos, cualquiera que sean, por lo que no se les advierte que no deben ir más lejos. Nada, pues, la contenta, y toda esta agitación se gasta sobre sí misma sin llegar a saciarse. Sobre todo, como esta carrera hacia un fin inaprehensible no puede procurar otro placer que el de la carrera misma, si en ella hay algún obstáculo o si se le pone queda el sujeto con las manos completamente vacías. Ahí bien, sucede que al mismo tiempo la lucha se hace más violenta y más dolorosa, a la vez que está menos regulada y que las competencias son más ardientes. Todas las clases están en lucha porque ya no hay clasificación establecida. El esfuerzo, pues, más considerable en el momento en que se hace improductivo. ¿Cómo, en estas condiciones, no se debilita la voluntad de vivir?

Esta explicación se ve confirmada por la singular inmutabilidad de que gozan los países pobres. Si la pobreza protege con

individuos en una situación inferior a la que ocupaban hasta entonces. Es preciso que rebajen sus exigencias, que restrinjan sus necesidades, que aprendan a contenerse más. Todos los frutos de la acción social se pierden en lo que les concierne; se ha de rehacer su educación moral. Ahora bien, la sociedad no puede plegarlos en un instante a esta vida nueva y enseñarles a ejercer sobre sí mismos este aumento de continencia al que no se hallaban acostumbrados. De ello resulta que no están ajustados a la condición que se les crea y que hasta su perspectiva les es intolerable; de aquí los sufrimientos que les apartan de una existencia empequeñecida, aun antes de que la hayan experimentado.

Pero no ocurre de otro modo si la crisis tiene por origen un brusco acrecentamiento del poderío y de la fortuna. Entonces, como las condiciones de vida han cambiado, la escala según la cual se regulan las necesidades no puede permanecer la misma, porque varía con los recursos sociales, y determina en globo la parte que debe corresponder a cada categoría de productores. La producción se ha alterado, pero, por otra parte, no podría improvisarse una nueva graduación. Hace falta tiempo para que los hombres y las cosas sean de nuevo clasificados por la conciencia pública. Hasta que las fuerzas sociales, así puestas en libertad, no hayan vuelto a encontrar el equilibrio, su valor respectivo permanece indeterminado, y, por consecuencia, toda reglamentación es defectuosa durante algún tiempo. Ya no se sabe lo que es posible y lo que no lo es, lo que es justo y lo que es injusto, cuáles son las reivindicaciones y las esperanzas legítimas, cuáles las que pasan de la medida. Por consiguiente, no hay nada que no se pretenda. Por poco profunda que sea esta conmoción, alcanza hasta los principios que presiden la distribución de los ciudadanos entre los diferentes empleos. Porque como las relaciones entre las diversas partes de la sociedad son necesariamente modificadas, las ideas que expresan esas relaciones no pueden permanecer las mis-

mas. Tal clase, que la crisis ha favorecido más especialmente, no está ya dispuesta a la misma resignación, y, de rechazo, el espectáculo de su mayor fortuna despierta alrededor y por debajo de ella toda clase de codicias. Así, los apetitos que no están contenidos por una opinión desorientada, no saben dónde están los límites ante los que se deben detener. Por otra parte, en ese mismo momento están en un estado de eretismo natural, por la sola razón de que la vitalidad general es más intensa. Porque la prosperidad ha acrecido, los deseos se han exaltado. La presa más rica que se les ofrece los estimula, los hace más exigentes, más impacientes a toda regla, justamente entonces cuando las reglas tradicionales han perdido su autoridad. El estado de irregularidad o de anomalía está, pues, reforzado por el hecho de que las pasiones se encuentran menos disciplinadas en el preciso momento en que tendrían necesidad de una disciplina más fuerte.

Pero entonces sus mismas exigencias hacen que sea imposible satisfacerlas. Las ambiciones sobreexcitadas van siempre más allá de los resultados obtenidos, cualquiera que sean, porque no se les advierte que no deben ir más lejos. Nada, pues, las contenta, y toda esta agitación se gasta sobre sí misma sin llegar a saciarse. Sobre todo, como esta carrera hacia un fin inaprehensible no puede procurar otro placer que el de la carrera misma, si en ella hay algún obstáculo o si se le pone se queda el sujeto con las manos completamente vacías. Ahora bien, sucede que al mismo tiempo la lucha se hace más violenta y más dolorosa, a la vez que está menos regulada y que las competencias son más ardientes. Todas las clases están en lucha porque ya no hay clasificación establecida. El esfuerzo es, pues, más considerable en el momento en que se hace más improductivo. ¿Cómo, en estas condiciones, no se debilitaría la voluntad de vivir?

Esta explicación se ve confirmada por la singular inmunidad de que gozan los países pobres. Si la pobreza protege contra el

suicidio es porque, por sí misma, es un freno. Hágase lo que se quiera, los deseos, en cierta medida, se ven obligados a contar con los medios; lo que se tiene, sirve de punto de mira para determinar lo que se quisiera tener. Por consecuencia, cuanto menos posee uno, menos intenta extender el círculo de sus necesidades. La impotencia, constriñéndonos a la moderación, nos acostumbra a ella, además de que, donde la mediocridad es general, nada viene a excitar el deseo. La riqueza, al contrario, por los poderes que confiere, nos da la ilusión de que nos engrandecemos por nosotros mismos. Al disminuir la resistencia que nos oponen las cosas, nos induce a creer que pueden ser indefinidamente vencidas. Ahora bien, cuando menos limitado se siente uno, más insoportable le parece toda limitación. No sin razón, pues, tantas religiones han celebrado los beneficios y el valor moral de la pobreza. Es porque ella es, en efecto, la mejor de las escuelas para enseñar al hombre a contenerse. Al obligarnos a ejercer sobre nosotros una constante disciplina nos prepara a aceptar dócilmente la disciplina colectiva, mientras que la riqueza, exaltando al individuo, está en peligro siempre de despertar ese espíritu de rebelión, que es la fuente misma de la inmoralidad. No hay duda de que esto no es una razón para impedir a la humanidad el mejoramiento de su condición natural. Pero si el peligro moral que trae consigo todo acrecentamiento del bienestar no es irremediable, es preciso, con todo, no perderlo de vista.

III

Si, como en los casos precedentes, la anomia no se produjera sino por accesos intermitentes y bajo la forma de crisis agudas, podría hacer variar de vez en cuando el porcentaje social de los suicidios, pero no sería un factor regular y constante. Pero hay una esfera de la vida social donde está actual-

mente en estado crónico: la del mundo del comercio y de la industria.

Desde hace un siglo, en efecto, el progreso económico ha consistido, principalmente, en libertar a las relaciones industriales de toda reglamentación. Hasta los tiempos recientes, todo un sistema de poderes morales tenía por función disciplinarlos. Por lo pronto estaba la religión, cuya influencia se hacía sentir lo mismo sobre los obreros que sobre los patronos, sobre los pobres que sobre los ricos. Consolaba a los primeros y los enseñaba a contentarse con su suerte, mostrándoles que el orden social es providencial, que la parte de cada clase ha sido fijada por Dios mismo, y haciéndoles esperar de un mundo futuro las justas compensaciones a las desigualdades de éste. Moderaba a los segundos recordándoles que los intereses terrenos no son todo para el hombre, que deben subordinarse a otros, más elevados, y, por consiguiente, que no merecen ser perseguidos sin regla ni medida. El poder temporal, por su parte, por la supremacía que ejercía sobre las funciones económicas, por el estado relativamente subalterno en que las mantenía, las contenía en su desarrollo. En fin, en el mismo seno del mundo de los negocios, las corporaciones de los oficios, reglamentando los salarios, el precio de los productos y la producción misma, fijaban indirectamente el nivel medio de las rentas, sobre el cual, por la fuerza de las cosas, se regulan en parte las necesidades. Al describir esta organización no intentamos, desde luego, proponerla como un modelo. Claro está que sin profundas transformaciones no podría convenir a las sociedades actuales. Todo lo que hacemos constar es que existía, que producía efectos útiles, y que hoy nada de esto tiene lugar.

En efecto, la religión ha perdido la parte más grande de su imperio. El poder gubernamental, en vez de ser el regulador de la vida económica, se ha convertido en su instrumento y su servidor. Las más contrarias escuelas, economistas ortodoxos y socialistas extremos se entienden, para reducirle al papel de

intermediario, más o menos pasivo, entre las diferentes funciones sociales. Los unos quieren hacer de él simplemente el guardián de los contratos individuales; los otros le asignan por tarea el cuidado de llevar la contabilidad colectiva, es decir, de registrar las demandas de los consumidores, de transmitir las a los productores, de inventariar la renta total y de repartirla según una fórmula establecida. Pero los unos y los otros le rehúsan capacidad para someter el resto de los órganos sociales y hacerlos converger hacia un fin que les domine. De una y otra parte se proclama que las naciones deben tener por único y principal objetivo prosperar industrialmente; esto es lo que implica el dogma del materialismo económico, que sirve igualmente de base a estos sistemas opuestos en apariencia. Y como estas teorías no hacen más que expresar el estado de la opinión, la industria, en vez de continuar siendo considerada como un medio al servicio de un fin que le sobrepasa, se ha convertido en el fin supremo de los individuos y de las sociedades. Entonces ha ocurrido que los apetitos que pone en juego se han encontrado liberados de toda autoridad que los limite. Esta apoteosis del bienestar, al santificarlos, por decirlo así, los ha puesto por encima de toda ley humana. Parece que hay una especie de sacrilegio en ponerles diques. Por esto, aun la reglamentación puramente utilitaria que el mismo mundo industrial ejercía sobre ellos, por intermedio de las corporaciones, no ha logrado mantenerse. En fin, ese desencadenamiento de los deseos ha sido aún agravado por el desarrollo mismo de la industria y la extensión casi indefinida del mercado. Cuando el productor no podía librar sus productos mas que a la vecindad, lo módico de la ganancia posible no podía sobreexcitar mucho su ambición. Pero ahora, que casi puede pretender tener por cliente al mundo entero, ¿cómo, ante estas perspectivas sin límites, aceptar las pasiones que se le limita como en otro tiempo?

De aquí es de donde viene la efervescencia que reina en esta

parte de la sociedad, y que de allí se ha extendido al resto. Es que el estado de crisis y de anomia es constante y, por decirlo así, normal. De arriba a abajo de la escala, las concupiscencias se han elevado sin saber dónde posarse definitivamente. Nada podrá calmarlas, porque el objetivo adonde se dirigen está infinitamente más allá de lo que pueden alcanzar. La realidad parece sin valor en comparación de lo que vislumbran como posible las imaginaciones calenturientas; se la aparta, pero para prescindir en seguida de lo posible, cuando a su vez se convierte en real. Se tiene sed de cosas nuevas, de goces ignorados, de sensaciones sin nombre, pero que pierden todo su atractivo cuando son conocidas. Entonces, al menor revés que sobrevenga, faltan las fuerzas para soportarlo. Toda esta fiebre cae, y se percibe cuán estéril era el tumulto, y cómo todas esas sensaciones nuevas, indefinidamente acumuladas, no han logrado constituir un sólido capital de dicha, sobre el que se pueda vivir en los días de prueba. El prudente, que sabe gozar de los resultados adquiridos sin experimentar perpetuamente la necesidad de reemplazarlos por otros, encuentra en ello un asidero a la vida, cuando suena la hora de las contrariedades. Pero el hombre que siempre lo ha esperado todo del porvenir, que ha vivido con los ojos fijos en el futuro, no tiene nada en su pasado que le consuele contra las amarguras del presente, porque el pasado no contiene para él más que una serie de etapas atravesadas con impaciencia. Lo que le permitía cegarse sobre sí mismo, es que contaba siempre con encontrar más lejos la felicidad, que aún no había podido hacerlo. Pero se le ha detenido en su marcha; desde entonces ya no hay nada detrás ni delante de él sobre lo que pueda descansar su mirada. La fatiga, por otra parte, basta por sí sola para producir el desencantamiento, porque es difícil no sentir, a la larga, la inutilidad de una persecución sin término.

Hasta se puede preguntar si no es, sobre todo, este estado moral el que hace hoy tan fecundas en suicidios las catástrofes

económicas. En las sociedades donde está sometido a una sana disciplina, el hombre se entrega también más fácilmente a los golpes de la desgracia. Habitado a contrariarse y a contenerse, el esfuerzo necesario para imponerse un poco más de molestia le cuesta relativamente poco. Pero cuando todo límite es odioso por sí mismo, ¿cómo parecería soportable una limitación más estrecha? La impaciencia febril en que se vive no inclina apenas a la resignación. Cuando no se tiene otro objetivo que sobrepasar sin cesar el lugar que se ha alcanzado, ¡cuán doloroso es ser lanzado hacia atrás! Esta misma desorganización que caracteriza nuestro estado económico abre la puerta a todas las aventuras. Como las imaginaciones están ávidas de novedades y nada las regula, andan a tientas, al azar. Necesariamente, los fracasos crecen con los riesgos y, así, las crisis se multiplican en el momento en que se hacen más mortíferas.

CUADRO XXIV

Suicidios por un millón de sujetos de cada profesión.

	Comercio	Transportes	Industria	Agricultura	Carreras liberales (9)
Francia (1879-87) (10).....	440		340	240	300
Suiza (1876).....	664	1.514	577	304	558
Italia (1866-76)...	277	152,6	80,4	26,7	618 (11)
Prusia (1883-90).	754		456	315	832
Baviera (1884-91).	465		369	153	454
Bélgica (1886-90).	421		160	160	100
Wurtemberg (1873-78).....	273		190	206	
Sajonia (1878)...		341,59		71,17	

⁹Cuando la estadística distingue muchas especies de carreras liberales, indicamos como punto de mira aquella en que el porcentaje de suicidios es más elevado.

¹⁰Desde 1826 a 1880, las funciones económicas parece que han sido menos puestas a prueba (v. *Compte-rendu* de 1880); pero, ¿era exacta la estadística de las profesiones?

¹¹Esta cifra no es alcanzada más que por las gentes de letras.

Si embargo estas disposiciones son tan inveteradas que la sociedad se ha hecho a ellas y se ha acostumbrado a considerarlas como normales. Se repite sin cesar que está en la naturaleza del hombre ser un eterno descontento, ir siempre para adelante, sin tregua ni reposo, hacia un fin indeterminado. La pasión del infinito se presenta diariamente como una señal de distinción moral, siendo así que no puede producirse sino en el seno de las conciencias desordenadas y que erigen en regla el desorden que sufren. La doctrina del progreso, a pesar de todo y lo más rápido posible, se ha convertido en artículo de fe. Pero también, paralelamente a estas teorías que celebran los beneficios de la inestabilidad, se ve aparecer otras que, generalizando la situación de donde derivan, declaran la vida mala, la acusan de ser más fértil en dolores que en placeres y de no seducir al hombre sino por atractivos engañosos. Y como es en el mundo económico donde este desarreglo tiene su apogeo, allí es también donde hace más víctimas.

Las funciones industriales y comerciales están, en efecto, entre las profesiones que proporcionan más suicidios (véase el cuadro XXIV, página 352). Se encuentran casi siempre en el mismo plano que las carreras liberales, muchas veces hasta las sobrepasan; sobre todo están sensiblemente más atacadas que la agricultura. Es que la industria agrícola es donde los antiguos poderes reguladores hacen todavía sentir mejor su influencia y donde la fiebre de los negocios ha penetrado menos. Ella es quien recuerda mejor lo que era antiguamente la constitución general del orden económico. Y aún estaría más marcada la separación, si entre los suicidas de la industria se distinguiera a los patronos de los obreros, porque son probablemente los primeros los que están más atacados por el estado de anomia. El enorme porcentaje de la población rentista (270 por millón) muestra también que son los de mayor fortuna quienes más sufren. Es porque todo lo que obliga a la subordinación atenúa los efectos de este estado. Las clases inferiores

tienen al menos su horizonte limitado por aquellas que les están superpuestas, y por eso mismo sus deseos son más definidos. Pero las que no tienen más que el vacío sobre ellas, están casi forzadas a perderse en él, si no hay una fuerza que las impulse hacia atrás.

La anomia es, pues, en nuestras sociedades modernas, un factor regular y específico de suicidios; una de las fuentes donde se alimenta el contingente anual. Estamos, por consiguiente, en presencia de un nuevo tipo que debe distinguirse de los otros. Difiere de ellos en cuanto depende no de la manera de estar ligados los individuos a la sociedad, sino del modo como ella los reglamenta. El suicidio egoísta procede de que los hombres no perciben ya la razón de estar en la vida; el suicidio altruista, de que esta razón les parece estar fuera de la misma vida; la tercera clase de suicidio, cuya existencia acabamos de comprobar, de que su actividad está desorganizada y de lo que por esta razón sufren. En orden de su origen, demos a esta última especie el nombre de *suicidio anómico*.

Seguramente este suicidio y el suicidio egoísta no dejan de tener relaciones de parentesco. El uno y el otro se producen por no estar la sociedad bastante presente ante los individuos. Pero la esfera de donde está ausente no es la misma en los dos casos. En el suicidio egoísta es a la actividad propiamente colectiva a quien hace falta, dejándola así desprovista de freno y de significación. En el suicidio anómico son las pasiones propiamente individuales las que la necesitan y quedan sin norma que las regule. De ello resulta que, a pesar de sus relaciones, estos dos tipos quedan independientes uno de otro. Podemos devolver a la sociedad todo lo que hay de social en nosotros y no saber limitar nuestros deseos; sin ser un egoísta se puede vivir en estado de anomia y viceversa. Así, no es en los mismos medios sociales donde estas dos especies de suicidios reclutan su principal clientela; el uno elige el terreno de las carreras

intelectuales, el mundo donde se piensa; el otro, el mundo industrial o comercial.

IV

Pero la anomia económica no es la única que puede engendrar el suicidio.

CUADRO XXV

Comparación de los Estados europeos bajo el doble punto de vista del divorcio y el suicidio.

	Divorcios anuales por 1.000 matrimonios	Suicidios por millón de ha- bitantes
I.—PAÍSES DONDE LOS DIVORCIOS Y LAS SEPARACIONES DE CUERPO SON RAROS.		
Noruega.....	0,54 (1875-80)	73
Rusia.....	1,6 (1871-77)	30
Inglaterra y Gales.....	1,3 (1871-79)	68
Escocia.....	2,1 (1871-81)	
Italia.....	3,05 (1871-73)	31
Finlandia.....	3,9 (1875-79)	30,8
Promedio.....	2,07	46,5
II.—PAÍSES DONDE LOS DIVORCIOS Y LAS SEPARACIONES DE CUERPO TIENEN UNA FRECUENCIA MEDIANA.		
Baviera.....	5,0 (1881)	90,5
Bélgica.....	5,1 (1871-80)	68,5
Países Bajos.....	6,0 (1871-80)	35,5
Suecia.....	6,4 (1871-80)	81
Baden.....	6,5 (1874-79)	156,6
Francia.....	7,5 (1871-78)	150
Wurtemberg.....	8,4 (1876-78)	162,4
Prusia.....		133
Promedio.....	6,4	109,6
III.—PAÍSES DONDE LOS DIVORCIOS Y LAS SEPARACIONES SON FRECUENTES.		
Sajonia Real.....	26,9 (1876-80)	299
Dinamarca.....	38 (1871-80)	258
Suiza.....	47 (1876-80)	216
Promedio.....	37,3	57

Los suicidios que tienen lugar cuando se inicia la crisis de la viudez y de los que ya hemos hablado,¹² se deben en efecto a la anomia doméstica que resulta de la muerte de uno de los esposos. Se origina entonces un trastorno en la familia y el superviviente sufre la influencia. No está adaptado a la nueva situación que se le produce y por ello se mata más fácilmente.

Pero hay otra variedad del suicidio anómico en la que nos hemos de detener, tanto porque es más crónica como porque ha de servirnos para poner en claro la naturaleza y las funciones del matrimonio.

En los *Annales de démographie internationale* (septiembre de 1882), M. Bertillon ha publicado un notable trabajo sobre el divorcio, en el curso del cual establece la siguiente proporción: en toda Europa el número de los suicidios varía con el de los divorcios y las separaciones de cuerpo.

Si se comparan los diferentes países bajo este doble punto de vista, se comprueba ya ese paralelismo (véase cuadro XXV, página 356). No solamente la relación entre los promedios es evidente, sino que la única irregularidad de detalle un poco marcada es la de los Países Bajos, donde los suicidios no están en la proporción de los divorcios.

La ley se comprueba con más rigor aún si se comparan no países diferentes, sino provincias diferentes de un mismo país.

¹²Véase p. 187.

CUADRO XXVI

Comparación de los cantones suizos, bajo el punto de vista de los divorcios y los suicidios.

	Divorcios y separaciones por 1.000 matrimonios	Suicidios por un millón		Divorcios y separaciones por 1.000 matrimonios	Suicidios por un millón
I. — CANTONES CATÓLICOS.					
<i>Franceses e italianos.</i>					
Tessio.....	7,6	57	Friburgo....	15,9	119
Valais.....	4,0	47			
Promedio....	5,8	50	Promedio....	15,9	119
<i>Alemanes.</i>					
Uri.....	>	60	Soleure.....	37,7	205
Unterwalden alto.....	4,9	20	Appenzellint.	18,9	158
Unterwalden bajo.....	5,2	1	Zug.....	14,8	87
Schwytz.....	5,6	70	Lucerna.....	13,0	100
Promedio....	3,9	37,7	Promedio....	21,1	137,5
II. — CANTONES PROTESTANTES.					
<i>Franceses.</i>					
Neuchâtel...	42,4	560	Vaud.....	43,5	155
<i>Alemanes.</i>					
Berna.....	47,3	229	Schaffouse..	106,0	602
Bâle (ciudad).	34,5	323	Appenzell ext.	100,7	213
Bâle (campo).	33,0	288	Glaris.....	83,1	127
Promedio....	38,2	280	Zurich.....	80,0	288
			Promedio....	92,4	307
III. — CANTONES MIXTOS EN CUANTO A LA RELIGIÓN.					
Argovia.....	40,0	195	Ginebra.....	70,5	360
Grisones.....	30,9	116	Saint-Gall...	57,6	179
Promedio....	36,9	155	Promedio....	64,0	269

En Suiza especialmente, la coincidencia entre estos dos órdenes de fenómenos es chocante (véase cuadro XXVI, página 358). Son los cantones protestantes los que cuentan más divorcios; ellos son también los que cuentan más suicidios. Vienen después los cantones mixtos, en los dos puntos de vista, y luego los cantones católicos. En el interior de cada grupo se notan las mismas concordancias. Entre los cantones católicos, Soleure y Appenzell se distinguen por el número elevado de divorcios; se distinguen igualmente por el número de sus suicidios. Friburgo, aunque católico y francés, tiene también bastantes divorcios y suicidios. Entre los cantones protestantes alemanes no hay ninguno que tenga tantos divorcios como Schaffouse el cual está también a la cabeza en los suicidios. En fin, los cantones mixtos, con la sola excepción de Argovia, se clasifican exactamente de la misma manera en ambos respectos.

Hace la misma comparación entre los departamentos franceses con el mismo resultado. Habiéndolos clasificado en ocho categorías, según la importancia de su mortalidad suicida, hemos comprobado que los grupos así formados, se alineaban en el mismo orden que respecto a los divorcios y separaciones de cuerpos:

GRUPOS	Suicidios por un millón	Promedio de suicidios y separaciones por 1.000 matrimonios
Primero, 5 departamentos.....	Por debajo de 50	2,6
Segundo, 18 —	De 51 a 75	2,9
Tercero, 15 —	— 76 a 100	5,0
Cuarto, 19 —	— 101 a 150	5,4
Quinto, 10 —	— 151 a 200	7,5
Sexto, 9 —	— 201 a 250	8,2
Séptimo, 4 —	— 251 a 300	10,0
Octavo, 5 —	Por encima	12,4

Establecida esta relación vamos a clasificarla.

No mencionaremos, sino para tenerla presente, la explicación que M. Bertillon ha propuesto sumariamente. Según este autor, el número de los suicidios y el de los divorcios varía paralelamente porque uno y otro dependen de un mismo factor: la frecuencia más o menos grande de individuos mal equilibrados. En efecto, dice, hay tantos más divorcios en un país cuanto más esposos insoportables hay en él. Ahora bien, estos últimos se reclutan sobre todo entre los irregulares, los individuos de carácter mal hecho y mal ponderado, a quienes este mismo temperamento los predispone igualmente al suicidio.

El paralelismo no procedería, pues, de que la institución del divorcio tenga por sí misma alguna influencia sobre el suicidio, sino de que estos dos órdenes de hechos derivan de una misma causa que expresan de distinto modo. Pero el ligar con el divorcio a ciertas taras psicopáticas es arbitrario y sin pruebas. No hay ninguna razón para suponer que haya en Suiza quince veces más desequilibrados que en Italia y de seis a siete veces más que en Francia, y sin embargo los divorcios son, en el primero de estos países, quince veces más frecuentes que en el segundo y alrededor de siete veces más que en el tercero. Además, en lo que toca al suicidio, sabemos cuán lejos están las condiciones puramente individuales de contribuir a él. Todo lo que sigue acabará, por otra parte, de demostrar la insuficiencia de esta teoría.

No es en las predisposiciones orgánicas de los sujetos, sino en la naturaleza intrínseca del divorcio donde es preciso ir a buscar la causa de esta notable relación. Sobre este punto puede establecerse una primera proposición: en todos los países, de donde tenemos los informes necesarios, los suicidios de divorciados son incomparablemente superiores en número a los que proporcionan las otras partes de la población.

	SUICIDIOS POR UN MILLÓN DE							
	Célibes de más de 15 años		Casados		Viudos		Divorciado	
	Hombres... (M)	Mujeres... (F)	Hombres... (M)	Mujeres... (F)	Hombres... (M)	Mujeres... (F)	Hombres... (M)	Mujeres... (F)
Prusia (1887-89).....	360	190	430	90	1.471	215	1.875	290
Prusia (1883-90).....	388	129	498	100	1.552	194	1.952	328
Baden (1885-93).....	458	93	460	85	1.172	171	1.328	
Sajonia (1847-58).....			481	120	1.242	240	3.102	312
Sajonia (1876).....		555,18	821	146			3.252	389
Wurtemberg (1846-60)..								
Wurtemberg (1879-92)..	251							
				218		405		796

Así, los divorciados de los dos sexos se matan de tres a cuatro veces más que los casados, aunque sean más jóvenes (cuarenta años en Francia, en lugar de cuarenta y seis), y sensiblemente más que los viudos, a pesar de la agravación que resulta para estos últimos, de su edad avanzada. ¿Cómo ocurre esto?

No hay duda de que el cambio de régimen moral y material que es consecuencia del divorcio, debe contribuir a este resultado. Pero no basta a explicarlo. En efecto, la viudez es una perturbación de la existencia; hasta tiene, en general, consecuencias mucho más dolorosas, puesto que no es deseada por los esposos, mientras que el divorcio es para ellos, lo más a menudo, una liberación. Y, sin embargo, los divorciados que, a causa de su edad, debían matarse dos veces menos que los viudos, se matan en todas partes más y hasta dos veces más en algunos países. Esta agravación, que puede estar representada por un coeficiente comprendido entre 2.5 y 4, no depende de ningún modo de su cambio de estado.

Para encontrar las causas, refirámonos a una de las proporciones que hemos establecido precedentemente. Hemos visto

en el capítulo tercero de este mismo libro que, para una misma sociedad, la tendencia de los viudos por el suicidio era función de la tendencia correspondiente de los casados. Si los segundos están fuertemente protegidos, los primeros gozan de una inmunidad, menor sin duda, pero importante, y el sexo, que el matrimonio preserva mejor, es también el mejor preservado en el estado de viudez. En una palabra, cuando la sociedad conyugal se disuelve por el fallecimiento de uno de los esposos, los efectos que producía con relación al suicidio continúan haciéndose sentir en parte sobre el superviviente.¹³ Pero entonces, ¿no es legítimo suponer que el mismo fenómeno se produce cuando se rompe el matrimonio, no por la muerte, sino por un acto jurídico y que la agravación que sufren los divorciados es una consecuencia no del divorcio, sino del matrimonio al que puso fin? Debe provenir de cierta constitución matrimonial, cuya influencia continúan sufriendo los esposos hasta cuando están separados. Si tienen una tendencia tan violenta al suicidio, es que ya estaban fuertemente inclinados a él cuando vivían juntos y por el hecho mismo de su vida en común.

Admitida esta proposición, la correspondencia de los divorcios y los suicidios se hace explicable. En efecto, en los pueblos en que el divorcio es frecuente, esta constitución *sui generis* del matrimonio, de que es solidario, debe estar necesariamente muy extendida; porque no es especial para las uniones que están predestinadas a una disolución legal. Si en ellos alcanza un máximo de intensidad, debe encontrarse en las otras o en la mayoría de las otras, aunque en menor grado. Porque lo mismo que donde hay muchos suicidios hay muchas tentativas de suicidio, y que la mortalidad no puede crecer sin que la morbidez aumente al mismo tiempo, debe haber muchas uniones más o menos próximas al divorcio donde haya muchos divorcios efectivos. El número de estos últimos no puede,

¹³Véase p. 195.

CUADRO XXVII

Influencia del divorcio sobre la inmanidad de los casados.

PAÍSES	SUICIDIOS POR MILLÓN DE SUJETOS		Coeficiente de preservación de los esposos con relación a los solteros	
	Casados	Solteros de más de quince años		
Donde el divorcio no existe.....	Italia (1884-88).....	145	88	1,64
	Francia (1863-68)(14)	273	245,7	
Donde el divorcio se practica ampliamente..	Baden (1885-93)....	458	460	0,99
	Prusia (1883-90)....	384	498	0,77
	Prusia (1887-89)....	364	431	0,83
Donde el divorcio es muy frecuente (15)....	Sobre 100 suicidios de todos los estados civiles:			0,63
	Solteros	Casados		
	27,5	52,5		
	Sobre los habitantes varones:			
Solteros	Casados			
42,10	52,47			

¹⁴Tomamos este periodo alejado porque el divorcio no existía en absoluto entonces. La ley de 1884, que lo ha establecido, no parece por otra parte haber producido hasta el presente sensibles efectos sobre los suicidios de casados; su coeficiente de preservación no había variado sensiblemente en 1882-1892; una institución no produce sus efectos en tan poco tiempo.

¹⁵Para Sajonia sólo tenemos los números relativos que van arriba, tomados de Oettingen; bastan para nuestro objeto. Se encontrarán en Legoyt (p. 171) otros documentos que prueban igualmente que, en Sajonia, los casados tienen un porcentaje más elevado que los célibes. Legoyt mismo lo hace notar con sorpresa.

pues, elevarse sin que se desenvuelva y generalice en la misma medida ese estado de familia que predispone al suicidio, y, por consiguiente, es natural que los dos fenómenos varíen en el mismo sentido.

Además de que esta hipótesis está conforme con todo lo que se ha demostrado anteriormente, es susceptible de una prueba directa. En efecto, si es fundada, los casados deben tener, en los países donde son numerosos los divorcios, una menor inmunidad contra el suicidio que donde el matrimonio es indisoluble. Esto es, efectivamente, lo que resulta de los hechos, al menos *en lo que concierne a los esposos*, como muestra el cuadro XXVII (página 363). Italia, país católico donde el divorcio es desconocido, es también aquel donde el coeficiente de preservación de los casados es más elevado; éste es menor en Francia, donde las separaciones de cuerpos han sido siempre más frecuentes, y se le ve decrecer a medida que se pasa a sociedades donde el divorcio es más ampliamente practicado.¹⁶

¹⁶Si no comparamos bajo este punto de vista más que esos pocos países, es porque, para los otros, las estadísticas confunden los suicidios de los esposos con los de las esposas, y después se verá cuán necesario es distinguirlos.

Pero no se deberá deducir de este cuadro, que en Prusia, Baden y Sajonia, los casados se matan más que los solteros. Es preciso no perder de vista que estos coeficientes se han establecido con independencia de la edad y de su influencia sobre el suicidio. Ahora bien, como los hombres de veinticinco a treinta años, edad media de los solteros, se matan alrededor de dos veces menos que los hombres de cuarenta a cuarenta y cinco años, edad media de los casados, éstos gozan de cierta inmunidad, aun en los países donde el divorcio es frecuente; pero allí es más débil que en otra parte. Para que se pudiera decir que es nula, haría falta que el porcentaje de los casados, hecha abstracción de la edad, fuese dos veces más grande que el de los célibes, cosa que no ocurre. Esta omisión no altera en nada, por otra parte, la conclusión a que hemos llegado. Porque la edad media de los casados varía poco de uno a otro país, dos

No hemos podido procurarnos la cifra de los divorcios en el Gran Ducado de Oldemburgo. Sin embargo, dado que es un país protestante, se puede creer que son allí frecuentes, sin serlo, con todo, excesivamente, porque la minoría católica es bastante importante. Debe estar, pues, desde este punto de vista, casi al mismo nivel que Baden y que Prusia. Ahora bien, se clasifica también en el mismo plano desde el punto de vista de la inmunidad de que allí gozan los esposos: 100 000 célibes de más de 15 años dan anualmente 52 suicidios, mientras que 100 000 esposos cometen 66. El coeficiente de preservación para estos últimos es, pues, de 0.79, muy distinto, por consiguiente, del que se observa en los países católicos, donde el divorcio es raro o desconocido.

Francia nos suministra ocasión de hacer una observación que confirma las precedentes, tanto mejor cuanto que tiene aún más rigor. Los divorcios son mucho más frecuentes en el Sena que en el resto del país. En 1885 el número de los divorcios pronunciados era allí de 23.99 por cada 10 000 uniones regulares, mientras que para toda Francia el promedio no era más que de 5.65. Ahora bien, basta referirse al cuadro XXII para comprobar que el coeficiente de preservación de los esposos es sensiblemente menor en el Sena que en provincias. En efecto, no alcanza más que tres una sola vez, para un perio-

o tres años solamente, y, por otro lado, la ley según la cual la edad influye sobre el suicidio, en todas partes es la misma. Por consiguiente, al desdeñar la acción de ese factor, hemos disminuido bastante el valor absoluto de los coeficientes de preservación; pero como los hemos disminuido en todas partes según la misma proporción, no hemos alterado el valor relativo, que es el único que nos importa. Porque no tratamos de estimar en su valor absoluto la inmunidad de los esposos en cada país, sino de clasificar los diferentes países bajo el punto de vista de esta inmunidad. En cuanto a las razones que nos han determinado a hacer esta simplificación, obedecen tanto a no querer complicar el problema inútilmente, como también a que no tenemos en todos los casos los elementos necesarios para calcular exactamente la influencia de la edad.

do de veinte a veinticinco años; y aun la exactitud de la cifra es dudosa porque está calculada según un pequeño número de casos, atendiendo a que no hay anualmente casi más que suicidios de esposos en esta edad. A partir de los treinta años, el coeficiente no pasa de 2, pero muy a menudo está por debajo y hasta llega a ser inferior a la unidad entre los 60 y los 70 años. Por término medio es de 1.73. En los departamentos, al contrario, es cinco veces sobre ocho superior a 3; generalmente es de 2.88, es decir, 1.66 veces más fuerte que en el Sena.

Esta es una prueba más de que el número elevado de los suicidios, en los países donde el divorcio está extendido, no se debe a ninguna predisposición orgánica, singularmente a la frecuencia de individuos desequilibrados. Porque si fuese ésta la verdadera causa, debería hacer sentir sus efectos tanto sobre los célibes como sobre los casados. Ahora bien, de hecho son estos últimos los más atacados. Es porque el origen del mal se encuentra, como hemos supuesto, en alguna particularidad del matrimonio o de la familia. Queda por escoger entre estas dos hipótesis. ¿Se debe esta menor inmunidad de los esposos al estado de la sociedad doméstica o al estado de la sociedad matrimonial? ¿Es que el espíritu familiar es menos bueno, o el lazo conyugal no es todo lo fuerte que debe ser?

Un primer hecho que hace improbable la primera explicación es que en los pueblos donde el divorcio es más frecuente, la natalidad es muy crecida, y por consecuencia la densidad del grupo doméstico muy elevada. Y ya sabemos que donde la familia es densa, el espíritu de familia es generalmente fuerte. Hay, pues, sobrada razón para creer que en la naturaleza del matrimonio es donde se encuentra la causa del fenómeno.

En efecto, si fuera imputable a la constitución de la familia, las esposas también deberían estar menos preservadas del suicidio en los países donde el divorcio es de un uso corriente, que allí donde se practica poco; porque ellas están tan atacadas como los esposos por el mal estado de las relaciones domésti-

cas. Es exactamente lo contrario lo que ocurre. El coeficiente de preservación de las mujeres casadas se eleva a medida que el de los esposos desciende, es decir, a medida que los divorcios son más frecuentes, y viceversa. Cuanto más fácilmente y a menudo se rompe el lazo conyugal, más favorecida resulta la mujer con relación al marido. (Véase el cuadro siguiente.)

CUADRO XXVIII

Influencia del divorcio sobre la inmunidad de las casadas (17)

	Suicidios por millón de		Coeficiente de preservación de los		¿Cuántas veces sobrepasa el coeficiente de los casados al de las casadas?	¿Cuántas veces sobrepasa el coeficiente de las casadas al de los casados?
	Solteras de más de 16 años	Casadas	Casadas	Casados		
Italia.....	21	22	0,95	1,64	1,72	
Francia.....	59	62,5	0,96	1,11	1,15	
Baden.....	93	85	1,09	0,99		1,10
Prusia (1887-89).....	120	100	1,29	0,77		1,67
	Por 100 suicidas de todos los estados civiles					
	Solteras	Casadas				
Sajonia.....	35,3	42,6				
	Por 100 habitantes de todos los estados civiles					
	Solteras	Casadas				
	37,97	49,74	1,19	0,63		1,73

La inversión entre las dos series de coeficientes es notable. En los países donde el divorcio no existe, la mujer está menos preservada que el marido; pero su inferioridad es más grande

¹⁷ Los periodos son los mismos que los del cuadro XXVII.

en Italia que en Francia, donde el lazo matrimonial ha sido siempre más frágil. Al contrario, desde que se practica el divorcio (Baden), el marido está menos preservado que la esposa, y la ventaja de ésta crece regularmente, a medida que los divorcios se propagan.

Lo mismo que antes, el Gran Ducado de Oldemburgo se porta, desde este punto de vista, como las demás regiones de Alemania donde el divorcio es de una frecuencia media. Un millón de solteras dan 203 suicidios; un millón de casadas 156; éstas tienen un coeficiente de preservación igual a 1.3, bastante superior al de los esposos, que sólo era de 0.79. El primero es 1.64 veces más fuerte que el segundo, casi como en Prusia.

La comparación del Sena con los otros departamentos franceses confirma esta ley de una manera brillante. En provincias, donde la gente se divorcia menos, el coeficiente medio de las mujeres casadas es sólo de 1.49; no representa, pues, sino la mitad del coeficiente medio de los esposos, que es de 2.88. En el Sena la relación está invertida. La inmunidad de los hombres no es más que de 1.56, y hasta 1.44 si se dejan de lado las cifras dudosas que se refieren al periodo de veinte a veinticinco años; la inmunidad de las mujeres es de 1.79. La situación de la mujer con relación al marido es allí más de dos veces mejor que en los departamentos.

Provincias donde hay por cada 100.000 casados:

De 820 a 405 divorciados	Coeficientes de preservación de las esposas	De 872 a 324 divorciados	Coeficientes de preservación de las esposas	De 229 a 116 divorciados	Coeficientes de preservación de las esposas
Berlín.....	1,72	Pomerania....	1	Posen.....	1
Brandeburgo....	1,75	Silesia.....	1,18	Hesse.....	1,44
Prusia Oriental..	1,50	Prusia Occidental....	1	Hannover....	0,90
Sajonia.....	2,08	Schleswig....	1,20	País del Rhin.	1,25
				Westfalia....	0,80

Se puede hacer la misma comprobación si se comparan las diferentes provincias de Prusia.

Todos los coeficientes del primer grupo son sensiblemente superiores a los del segundo, y es en el tercero donde se encuentran los más débiles.

La única anomalía es la de Hesse, donde, por razones desconocidas, las mujeres casadas gozan de una inmunidad bastante importante, aunque los divorciados sean allí poco numerosos.¹⁸

CUADRO XXIX

Parte proporcional de cada sexo en los suicidios de cada categoría de estado civil en diferentes países de Europa:

PAÍSES Y AÑOS	POR CADA 100 SUICIDIOS DE CE-LIBES HAY		POR CADA 100 SUICIDIOS DE CASADOS HAY		EXCEDENTE MEDIO, POR PAÍS, DE LA PARTE DE LAS	
	Solteros	Solteras	Casados	Casadas	Casadas sobre la de las solteras	Solteras sobre la de las casadas
Italia, 1871.....	87	13	79	21	6,2	
— 1872.....	82	18	78	22		
— 1873.....	86	14	79	21		
— 1884-88.....	85	15	79	21		
Francia, 1863-66.....	84	16	78	22	3,6	
— 1867-71.....	84	16	79	21		
— 1888-91.....	81	19	81	19		
Baden, 1869-73.....	84	16	85	15	1	
— 1885-93.....	84	16	85	15		
Prusia, 1873-75.....	78	22	83	17	5	
— 1887-89.....	77	23	83	17		
Sajonia, 1866-70.....	77	23	84	16		
— 1879-90.....	80	22	86	14	7	

¹⁸Hemos tenido que clasificar esas provincias según el número de los divorcios empadronados, no habiendo encontrado el número de divorcios anual.

A pesar de esta concordancia de pruebas, sometamos esta ley a una última comprobación. En lugar de comparar la inmunidad de los esposos a la de las esposas, busquemos de qué manera, diferente según el país, modifica el matrimonio la situación respectiva de los sexos en cuanto al suicidio. Esta comparación es la que tiene por objeto el cuadro XXIX. Se ve allí que, en los países donde el divorcio no existe o sólo está establecido desde hace poco, la mujer participa en mayor proporción en los suicidios de los casados que en los suicidios de los solteros. Es decir, que el casamiento favorece allí al esposo más que a la esposa, y la situación desfavorable de esta última está más de relieve en Italia que en Francia. El excedente medio de la parte proporcional de las mujeres casadas sobre la de las hijas es, en efecto, dos veces más elevado en el primero de estos dos países que en el segundo. En cuanto se pasa a los pueblos donde la institución del divorcio funciona ampliamente, se produce el fenómeno inverso: es la mujer quien gana terreno, por el mismo hecho que lo hace perder al marido; y el provecho que ella consigue es más considerable en Prusia que en Baden, y en Sajonia más que en Prusia. Alcanza su máximo en el país donde los divorcios, por su parte, tienen su frecuencia mayor.

Se puede, pues, considerar por encima de toda comprobación la ley siguiente: *Tanto más favorece el matrimonio a la mujer bajo el punto de vista del suicidio, cuanto más practicado es el divorcio, y viceversa.*

De esta proposición se deducen dos consecuencias:

La primera es que solamente los esposos contribuyen a esta elevación del porcentaje de los suicidios, que se observa en las sociedades donde los divorcios son frecuentes, matándose en ellas los esposos menos que en otras partes. Así pues, si el divorcio no puede extenderse sin que la situación moral de la familia se mejore, es inadmisibles que está ligado a un mal estado de la sociedad doméstica, de tal naturaleza que agrava la

tendencia al suicidio. Pero esta agravación debería producirse tanto en la mujer como en el marido. Un debilitamiento del espíritu de familia no puede producir efectos tan opuestos sobre los dos sexos: no puede favorecer a la madre y atacar tan gravemente al padre. Por consiguiente, es en el estado de matrimonio y no en la constitución de la familia donde se encuentra la causa del fenómeno que estudiamos. Y en efecto, es muy posible que el matrimonio obre en sentido inverso sobre el marido que sobre la mujer. Porque si en cuanto padres tienen el mismo objetivo, en cuanto cónyuges sus intereses son diferentes y a menudo antagónicos. Puede ocurrir muy bien que, en ciertas sociedades, tal particularidad de la institución matrimonial aprovecha al uno y perjudique a la otra. Todo lo que precede tiende a probar que precisamente el caso del divorcio es éste.

En segundo lugar, la razón que nos obliga a rechazar la hipótesis, según la cual se produce este mal estado del matrimonio en que divorcios y suicidios son voluntarios, consiste simplemente en una frecuencia mayor de las discusiones domésticas; porque tal causa no podría tener por resultado acrecer la inmunidad de la mujer, como tampoco produce el debilitamiento del lazo familiar. Si la cifra de los suicidios, donde el divorcio está en uso, tuviera relación realmente con el número de las querellas conyugales, la esposa debería sufrir las consecuencias tanto como el esposo. No hay en ella nada peculiar para preservarla excepcionalmente. Tal hipótesis es tanto menos sostenible cuanto que en la mayoría de los casos el divorcio se solicita por la mujer contra el marido (en Francia, el 60 por ciento de los divorcios y el 83 por ciento en las separaciones de cuerpos).¹⁹ Ocurre así porque las perturbaciones del

¹⁹ Levasseur, *Population française*, t. II, p. 92. Cf. Bertillon, *Annales de dem. inter.*, 1880, p. 460. En Sajonia, las demandas intentadas por los hombres son casi tan numerosas como las que emanan de las mujeres.

hogar son, en la mayoría de los casos, imputables al hombre. Pero entonces será incomprensible que en los países donde se divorcia mucho el hombre, se mate más porque hace sufrir a una mujer, que la mujer, y ella al contrario, se mate menos porque el marido la hace sufrir más. Por otra parte, no está demostrado que el número de los disentimientos conyugales crezca como el de los divorcios.²⁰

Descartada esta hipótesis, sólo queda una posible. Es preciso que la institución misma del divorcio, por la acción que ejerce sobre el matrimonio, predisponga al suicidio.

Y, en efecto, ¿qué es el matrimonio? Una reglamentación de las relaciones de los sexos, que se extiende no sólo a los instintos físicos que este comercio pone en juego, sino también a los sentimientos de toda clase que la civilización ha injertado, poco a poco, sobre la base de los apetitos materiales. Porque el amor es, en nosotros, un hecho mucho más mental que orgánico. Lo que el hombre busca en la mujer no es simplemente la satisfacción del deseo genésico. Si esa inclinación natural ha sido el germen de toda la evolución sexual, se ha complicado progresivamente con sentimientos estéticos y morales, numerosos y variados, y ya no es hoy más que el menor elemento del proceso total y complejo a que ha dado nacimiento. Al contacto de estos elementos intelectuales, el hombre se ha libertado parcialmente del cuerpo y como intelectualizado. Las razones morales le sugieren tanto como las intelectuales. No tiene ya la periodicidad regular y automática que presenta en el animal. En cualquier época puede despertarlo una excitación psíquica: es de todas las estaciones. Pero precisamente porque estas diversas inclinaciones, así transformadas, no están directamente colocadas bajo la dependencia de necesidades orgánicas, les es indispensable una reglamentación social. Puesto que no hay nada en el organismo que las contenga, es

²⁰Bertillon, *Annales*, etc., 1882, p. 275 y ss.

preciso que sean contenidas por la sociedad. Tal es la función del matrimonio. Regula toda esta vida pasional, y el matrimonio monogámico más estrechamente que cualquier otro, porque al obligar al hombre a no ligarse sino a una mujer, siempre la misma, asigna a la necesidad de amar un objeto rigurosamente definido y cierra el horizonte.

Esta determinación es la que produce el estado de equilibrio moral con que se beneficia el esposo. Porque no puede, sin faltar a sus deberes, buscar otras satisfacciones que las que así le están permitidas, limitando sus deseos. La saludable disciplina a que está sometido le fuerza a encontrar su felicidad en su condición, y, por eso mismo, le suministra los medios de ella. Por otra parte, si su pasión está forzada a no variar el objeto sobre que se fija, está forzado igualmente a no faltarle, porque la obligación es recíproca.

Si sus goces están definidos, también están asegurados, y esta certidumbre consolida su consistencia mental. Completamente distinta es la situación del célibe. Como puede legítimamente ligarse a lo que le plazca, aspira a todo y nada le satisface. Este mal del infinito que la anomia lleva consigo por todas partes, puede alcanzar lo mismo esta zona de nuestra conciencia que cualquiera otra; toma muy a menudo una forma sexual, que Musset ha descrito.²¹ En el momento en que no se está contenido por nada, no se sabe uno detener por sí mismo. Más allá de los placeres que se han experimentado, se imaginan y se quieren otros; si sucede que se ha recorrido casi todo el círculo de lo posible, se sueña en lo imposible, se tiene sed de lo que no existe.²² ¿Cómo no ha de exasperarse la sensibilidad en esta persecución que no puede tener éxito? Para que se llegue a este punto ni siquiera es necesario que se hayan multiplicado hasta el infinito las experiencias amorosas y vivido

²¹V. *Rolla* y en *Namouna* el retrato de Don Juan.

²²V. el monólogo de Fausto en la obra de Goethe.

como un Don Juan. Basta con la existencia mediocre del célibe vulgar. Sin cesar existen esperanzas nuevas que se despiertan y que se marchitan, dejando tras sí una impresión de fatiga y de desencanto. Por otra parte, no podrá fijarse el deseo, puesto que no está seguro de poder guardar lo que le atrae, porque la anomia es doble. Del mismo modo que el sujeto no se entrega definitivamente, no posee nada con título definitivo. La incertidumbre del porvenir, junto a su propia indeterminación, le condena, pues, a una perfecta movilidad. De todo esto resulta un estado de perturbación, de agitación y de descontento que aumenta necesariamente las probabilidades de suicidio.

Ahora bien, el divorcio implica un debilitamiento de la reglamentación matrimonial. Donde está establecido, sobre todo donde el derecho y las costumbres facilitan con exceso su práctica, el matrimonio sólo es una forma debilitada de sí mismo: un menor matrimonio. No podrá, pues, producir sus efectos útiles en el mismo grado. El límite que pone al placer no tiene la misma fijeza; si es cómodamente conmovido y cambiado de lugar, contiene menos enérgicamente a la pasión, y ésta, por consiguiente, tiende más a extenderse por fuera. Se resigna menos fácilmente a la condición que se le ha asignado. La calma, la tranquilidad moral que crea la fuerza del esposo es, pues, menor: ella da lugar, en alguna medida, a un estado de inquietud que impide al hombre conformarse con lo que tiene. Se encuentra, por otra parte, tanto menos atento a ligarse al presente, cuanto que el goce no le está completamente asegurado: el porvenir se halla menos garantizado. No es posible encontrarse fuertemente retenido por un lazo que a cada instante puede ser roto, sea de un lado, sea de otro. No es posible dejar de mirar más allá del punto donde uno se encuentra cuando no se siente firme el terreno que se pisa. Por estas razones, en los países donde el matrimonio está fuertemente atemperado por el divorcio, es inevitable que la inmunidad del hombre casado sea más débil. Como bajo tal régimen se aproxi-

ma al célibe, no puede dejar de perder algunas de sus ventajas. Por consiguiente, el número total de los suicidios se eleva.²³

Pero esta consecuencia del divorcio es especial para el hombre; no alcanza a la esposa. En efecto, las necesidades sexuales de la mujer tienen un carácter menos intelectual porque, en general, su vida psíquica está menos desarrollada. Están más inmediatamente en relación con las exigencias del organismo, las siguen más que adelantarlas y encuentran en eso, por consiguiente, un freno eficaz. Porque la mujer es un ser más instintivo que el hombre, para encontrar la calma y la paz no tiene más que seguir sus instintos. Una reglamentación social tan estrecha como la del matrimonio, y sobre todo del matrimonio monogámico no le es, pues, necesaria. Ahora bien, tal disciplina, aun donde es útil, no deja de tener inconvenientes. Al fijar para siempre la condición conyugal, impide salir de ella suceda lo que suceda. Al limitar el horizonte cierra las salidas y corta todas las esperanzas, aun las legítimas. El hombre mismo no deja de sufrir con esta inmutabilidad; pero le está ampliamente recompensado el mal con los beneficios que obtiene por otro lado. Además, las costumbres le conceden ciertos privilegios que le permiten atenuar, en alguna medida, el rigor del régimen. Para la mujer, al contrario, no hay compensación. Para ella la monogamia es de obligación estricta, sin atenuantes de ninguna especie, y, por otro lado, el matrimonio no le es útil, en el mismo grado, para limitar sus deseos, que son naturalmente limitados, y enseñarla a conformarse con su suerte;

²³Pero se dirá: ¿es que donde el divorcio no atempera el matrimonio, la obligación estrictamente monogámica no tiene el riesgo de conducir al hastío? Sí; sin duda; este resultado se producirá necesariamente si ya no se siente el carácter moral de la obligación. Lo que importa, en efecto, no es tan sólo que la reglamentación exista, sino que esté aceptada por las conciencias; de otro modo, no tiene autoridad moral, no se mantiene más que por la fuerza de la inercia y no puede ya desempeñar un papel útil. Molesta, sin servir mucho.

pero la impide cambiarlos y se le hace intolerable. La regla es, pues, para ella una molestia sin grandes ventajas. Por consiguiente, todo lo que la ablande y aligere, ha de mejorar, por fuerza, la situación de la esposa. He aquí por qué el divorcio la protege y por qué recurre a él de buen grado.

Es, pues, el estado de anomia conyugal, producido por la institución del divorcio, el que explica el desarrollo paralelo de los divorcios y los suicidios. Por consiguiente, estos suicidios de esposos que, en los países donde hay muchos divorcios, elevan el número de las muertes voluntarias, constituyen una variante del suicidio anómico. No tienen su origen en que en esas sociedades haya peores esposos y peores mujeres y, por lo tanto, más hogares desgraciados. Resultan de una constitución moral *sui generis* que tiene por causa un debilitamiento de la reglamentación matrimonial; es esta constitución, adquirida durante el matrimonio, la que, al sobrevivirle, produce la excepcional tendencia al suicidio que manifiestan los divorciados. Desde luego, no se entienda que decimos que este enervamiento de la regla está completamente engendrado por el establecimiento legal del divorcio. El divorcio no se ha declarado nunca más que para consagrar un estado de las costumbres que le era anterior. Si la conciencia pública no hubiese llegado poco a poco a juzgar que la indisolubilidad del lazo conyugal no tiene razón de ser, el legislador no hubiera ni siquiera soñado en aumentar su fragilidad. La anomia matrimonial puede, pues, existir en la opinión, sin estar todavía inscrita en la ley. Pero, por otro lado, solamente cuando ha tomado una forma legal es cuando puede producir todas sus consecuencias. En tanto que el derecho matrimonial no sea modificado, sirve, a lo menos, para contener materialmente las pasiones; sobre todo se opone a que el gusto de la anomia gane terreno sólo porque la reprueba. Por esto no tiene efectos característicos y fácilmente observables más que allí donde ha llegado a ser una institución jurídica.

Al mismo tiempo que esta explicación da cuenta del paralelismo observado entre los divorcios y los suicidios,²⁴ y de las variaciones inversas que presenta la inmunidad de los esposos y de las esposas, se halla confirmada por muchos otros hechos:

1º Solamente bajo el régimen del divorcio puede haber una verdadera inestabilidad matrimonial; porque sólo él rompe completamente el matrimonio, mientras que la separación de cuerpos no hace más que suspender parcialmente ciertos defectos, sin devolver a los esposos su libertad. Si esta anomia especial agrava realmente la tendencia al suicidio, los divorciados deben tener una aptitud bastante superior a la de los separados. Esto es, en efecto, lo que resulta del único documento que conocemos sobre este punto. Según un cálculo de Legoyt,²⁵ en Sajonia, durante el periodo 1847-1856, un millón de divorciados había dado un promedio anual de 1 400 suicidios y un millón de separados solamente 176. Este último porcentaje es inferior al de los esposos (318).

2º Si la tendencia tan fuerte de los célibes proviene en parte de la anomia sexual en que viven de una manera crónica, es sobre todo en el momento en que el sentimiento sexual esté más en eferescencia cuando la agravación que sufren debe ser más sensible. En efecto, de los veinte a los cuarenta y cinco años, el porcentaje de suicidios de los célibes crece mucho más aprisa que después; en el curso de este periodo se cuadruplica, mientras que de los cuarenta y cinco años a la edad máxima (después de los ochenta años), no hace más que duplicarse.

²⁴ Puesto que donde la inmunidad del esposo es menor, la de la mujer es más elevada, se preguntará cómo no se establece la compensación. Pero es que siendo muy débil la parte de la mujer en el número total de suicidios, la disminución de los suicidios femeninos no es sensible en el conjunto y no compensa el aumento de los suicidios masculinos. Por esto es por lo que el divorcio se acompaña finalmente de una elevación en la cifra general de los suicidios.

²⁵ *Op. cit.*, p. 171.

Pero del lado de las mujeres no se encuentra la misma aceleración; de los veinte a los cuarenta y cinco años, el porcentaje de las solteras ni siquiera se eleva al doble; pasa tan sólo de 106 a 171 (véase cuadro XXI). El periodo sexual no afecta, pues, a la marcha de los suicidios femeninos. Esto es lo que debe ocurrir si, como hemos admitido, la mujer no es muy sensible a dicha forma de anomia.

3º En fin, muchos de los hechos establecidos en el capítulo III de este mismo libro encuentran una explicación en la teoría que acaba de ser expuesta, y, por eso mismo, pueden servir para comprobarla.

Hemos visto en otro lugar que, por sí mismo e independientemente de la familia, el matrimonio, en Francia, confería al hombre un coeficiente de preservación igual a 1.5. Sabemos ahora a qué corresponde este coeficiente. Representa las ventajas que el hombre obtiene de la influencia reguladora que ejerce sobre él el matrimonio, de la moderación que impone a sus inclinaciones y del bienestar moral que de él resulta. Pero hemos comprobado, al mismo tiempo, que en este mismo país la condición de la mujer casada estaba, por el contrario, agravada, hasta tanto que la presencia de los hijos no venía a corregir los malos efectos que tiene para ella el matrimonio. Acabamos de decir la razón. No es que el hombre sea, por naturaleza, un ser egoísta y malvado, cuyo papel en el hogar consista en hacer sufrir a su compañera. Es que en Francia, donde, hasta los tiempos recientes, el matrimonio no estaba debilitado por el divorcio, la regla inflexible que imponía a la mujer era para ella un yugo muy pesado y sin provecho. Mas, generalmente, véase a qué causa es debido este antagonismo de los sexos, que hace que el matrimonio no pueda favorecerlos igualmente;²⁶ es que sus intereses son contrarios: el uno tiene necesidad de contención, el otro de libertad.

²⁶V. p. 185.

Parece, por otra parte, que el hombre, en cierto momento de su vida, está afectado por el matrimonio del mismo modo que la mujer, aunque por otras razones. Si, como lo hemos señalado, los esposos demasiado jóvenes se matan mucho más que los célibes de la misma edad, es, sin duda, porque sus pasiones son entonces demasiado tumultuosas y demasiado confiadas en sí mismas para poder someterse a una regla tan severa. Esta les aparece como un obstáculo insoportable, contra el que sus deseos vienen a chocar y romperse.

Es por esto por lo que es probable que el matrimonio no produzca sus efectos bienhechores sino cuando la edad ha venido a calmar un poco al hombre y a hacerle sentir la necesidad de una disciplina.²⁷

En fin, hemos visto en este mismo capítulo III que donde el matrimonio favorece a la esposa con preferencia al esposo, la separación entre los dos sexos es siempre menor que donde el caso inverso tiene lugar.²⁸ Esta es la prueba de que hasta en las

²⁷Hasta es probable que el matrimonio, por sí solo, no empiece a producir efectos profilácticos sino más tarde, después de los treinta años. En efecto, hasta entonces, los casados sin hijos dan anualmente, en cifras absolutas, tantos suicidios como los casados con hijos, a saber: 6,6 de veinte a veinticinco años para los unos y para los otros; 33 de un lado y 34 del otro, de los veinticinco a los treinta años. Sin embargo, es claro que los hogares fecundos son, aun en este periodo, mucho más numerosos que los estériles. La tendencia al suicidio de estos últimos debe, pues, ser muchas veces más fuerte que la de los esposos con hijos; por consiguiente, debe acercarse mucho en intensidad a la de los célibes. Desgraciadamente, sobre este punto no podemos hacer más que hipótesis; porque como el padrón no da para cada edad la población de los esposos sin hijos, distinguida de los esposos con hijos, nos es imposible calcular separadamente el porcentaje de los unos y de los otros para cada periodo de la vida. Nos limitamos a dar las cifras absolutas, tales como las hemos obtenido del Ministerio de Justicia, para los años 1891-1899. Las reproducimos en un cuadro especial que se encontrará al fin de la obra. Esta laguna del censo es de las más lamentables.

²⁸V. p. 177 y pp. 197 y 198.

sociedades donde el estado matrimonial se da en todo en favor de la mujer, le presta menos servicios que al hombre, cuando este último es quien más se aprovecha de él. Ella puede sufrirlo si le es contrario, más que beneficiarse con él si está de acuerdo con sus intereses. Y es porque ella lo necesita menos. Así lo supone la teoría que se acaba de exponer. Los resultados que hemos obtenido anteriormente y los que se derivan del presente capítulo se reúnen y se prestan a comprobación mutua, como a continuación podemos verlo.²⁹

Llegamos así a una conclusión bastante alejada de la idea que se tiene generalmente del matrimonio y de su papel. Pasa por haber sido instituido en consideración a la esposa y para proteger su debilidad contra los caprichos masculinos. La monogamia, especialmente, es representada como un sacrificio que el hombre ha hecho de sus instintos polígamos para realzar y mejorar la condición de la mujer en el matrimonio. Su realidad, cualesquiera que sean las causas históricas que le han determinado a imponerse esta restricción, es a él a quien más aprovecha. La libertad, a la que así ha renunciado, sólo podía ser para él una fuente de tormentos. La mujer no tenía los mis-

²⁹Se cree, por las consideraciones que preceden, que existe un tipo de suicidio que se contraponen al suicidio anómico, como el suicidio egoísta y el altruista se contraponen entre sí. Es el que resulta de un exceso de reglamentación: el que cometen los sujetos cuyo porvenir está implacablemente limitado, cuyas pasiones están violentamente comprimidas por una disciplina opresiva. Es el suicidio de los esposos demasiado jóvenes, de la mujer casada sin hijos. Para completar, deberíamos constituir un cuarto tipo de suicidio. Pero tiene tan poca importancia y, fuera de los casos que acabamos de citar, es tan difícil encontrar ejemplos que nos parece inútil detenernos en él. Sin embargo, pudiera ocurrir que ofreciese un interés histórico. ¿No se relacionan con este tipo los suicidios de esclavos, que se dice que son frecuentes en ciertas condiciones (v. Corre, *Le crime en pays créoles*, p. 48), y todos

mos motivos para abandonarla, y a este respecto se puede decir que, al someterse a la misma regla, es ella la que se ha sacrificado.

los que, en una palabra, pueden ser atribuidos a las intemperancias del despotismo material o moral? Para mostrar claramente el carácter inevitable e inflexible de la regla, contra la que nada se puede, y por oposición a esta expresión de anomia que acabamos de emplear, podría llamarse el suicidio fatalista.